

BICENTENARIO
DEL PERÚ



ENSAYOS DESDE LA
PANDEMIA PARA IMAGINAR EL

Perú
Bicentenario

- SEGUNDO VOLUMEN -

Índice

- 6** **PRESENTACIÓN**
Gabriela Perona Zevallos
- 7** **AUTORES**
- 18** **DOSCIENTOS AÑOS DE PLAGAS**
Por Fred Rohner
- 24** **NUEVAS MIRADAS DE ANTIGUAS DESIGUALDADES**
Por Sharún Gonzales Matute
- 31** **EL PERÚ YA NO ESTÁ DE MODA**
Por Álvaro Henzler
- 39** **NACIXN INVISIBLE**
Por Alex Hernández
- 46** **EL PESIMISMO COMO OPORTUNIDAD**
Por Eduardo Dargent
- 53** **FELIZ NO CUMPLEAÑOS, PERÚ**
Por Daniel Amaru Silva
- 59** **CARTA A MI PADRE**
Por Danny Nugkuag
- 69** **HACIA UN NUEVO CONTRATO SOCIAL**
Por José Carlos Saavedra
- 76** **TRANSGREDIR OTRAS FRONTERAS PARA VIAJAR JUNTOS**
Por Adriana Urrutia
- 83** **LAS VIDAS NEGRAS IMPORTAN**
Por Rocío Muñoz Flores
- 93** **PODER INTERCULTURAL**
Por Tania Pariona Tarqui

- 100** **AMAZONÍA, PANDEMIA Y BICENTENARIO**
Por Iñigo Maneiro Labayen
- 109** **LIBRES, SEÁMOSLO SIEMPRE**
Por Andrea de la Piedra
- 115** **AGENDA SOCIAL PARA EL BICENTENARIO**
Por Norma Correa
- 122** **LEGADO DEL PUEBLO HAKBUT**
Por Héctor Sueyo
- 136** **UN BICENTENARIO DESCENTRALISTA**
Por Paulo Vilca Arpasi
- 142** **MEMORIA COVID-19**
Por José-Carlos Mariátegui
- 148** **MIRAR A TODOS Y TODO POR IGUAL**
Por Andrés Garay
- 154** **CIUDADES PARA EL BICENTENARIO**
Por Aldo Facho Dede
- 161** **COVID -19 Y CULTURA CÍVICA**
Por Boris Espezúa Salmón
- 172** **UNA EDUCACIÓN CON PROPÓSITO**
Por Inés Kudó
- 180** **CLASES, ESTADO Y SAZÓN EN EL PERÚ**
Por José Carlos Requena
- 190** **CÓMO FORMAR CIUDADANOS DESDE LA COCINA**
Por Karissa Becerra
- 196** **SOMOS NUESTROS ALIMENTOS**
Por Elmo León
- 204** **EL PERÚ COMO CREACIÓN COLECTIVA**
Por Paloma Carpio Valdeavellano

- 211** **MI VIEJO 28: UN DIÁLOGO ENTRE NIÑOS Y ANCIANOS**
Por Manuel Eyzaguirre
- 218** **LA PATRIA ES ESO QUE NOS UNE**
Por Rafaella León
- 223** **UN NUEVO COMIENZO**
Por Brus Rubio
- 230** **2054: BICENTENARIO AFROPERUANO**
Por Mónica Carrillo
- 238** **LUCHAS DE AMOR Y ORGULLO**
Por Vero Ferrari
- 245** **BICENTENARIO, KUYAYLLAPAQ ASUYKAMUY**
(Carta de bienvenida al Bicentenario)
Por Luz Gladis Vila

PRESENTACIÓN

Han pasado 4 meses desde que convocamos a un grupo de 25 de intelectuales a ensayar algunas ideas sobre las consecuencias de la pandemia y su relación con el momento histórico que vivimos, tan próximo a los 200 años de nuestra independencia. El libro *25 ensayos desde la pandemia para imaginar el Perú Bicentenario* tuvo el reto de transformar la incertidumbre generada por la COVID-19 en una oportunidad para repensar el pasado e imaginar un país en el que podamos construir un nosotros. Sus autores abrieron la puerta para el inicio de una conversación más extensa sobre los retos de cara al futuro, mientras la vida en estado de emergencia se instalaba en los hogares peruanos.

La publicación de este segundo volumen nos encuentra en el día 172 de la emergencia nacional y con un largo camino por delante. Por tal motivo, en el marco de la agenda de conmemoración del bicentenario, asumimos la tarea indispensable de continuar la reflexión sobre las circunstancias que estamos afrontando como país, no solo como un medio para registrar nuestra memoria colectiva sino como una herramienta fundamental para fortalecer el diálogo nacional.

Estos libros comparten una serie de potentes reflexiones y argumentos sobre por qué nuestra vieja "normalidad" no da para más. Buscan llamar nuestra atención sobre la urgencia de que la escucha y el respeto entre peruanos sean las bases que requerimos fortalecer para superar una crisis sin precedentes. En esa línea, nuestro bicentenario es el marco histórico propicio para poner en perspectiva que lo que nos está sucediendo no tiene una sola solución, una respuesta única o un solo culpable.

El presente volumen nos trae una diversidad de miradas que nos hablan de la urgencia del cambio, pero también nos dan luces sobre cómo, con respeto y empatía, podemos reconocer los errores y las oportunidades de cambio en la memoria y experiencia de cada una de nosotras y nosotros. Las situaciones de injusticia a las que hemos llegado también vienen acompañadas de fortalezas que, compartidas, pueden permitirnos empezar a construir un nuevo futuro.

El bicentenario nos recuerda que no solo nos necesitamos unidos en la conmemoración y en la celebración sino, sobre todo, en la transformación. Para hacer de este país un lugar más justo, igualitario, íntegro y ecológicamente sostenible es indispensable que todos los actores sociales asuman una corresponsabilidad en la configuración de una nueva normalidad. No tendremos mejor oportunidad que nuestro bicentenario para asumir ese compromiso.

El Proyecto Especial Bicentenario de la Presidencia del Consejo de Ministros se compromete a continuar promoviendo estos espacios de encuentro y reflexión ciudadanas y agradece a los 31 autores que participaron en el presente volumen por ser parte de este proceso. Invitamos a nuestros lectores a tomar la ruta de sus reflexiones y hacer que esta conversación siga creciendo.

Gabriela Perona Zevallos

Directora ejecutiva del Proyecto Especial
Bicentenario de la Independencia del Perú

Autores

Click para ver biografía



Fred Rohner



Sharún Gonzales Matute



Álvaro Henzler



Alex Hernández



Eduardo Dargent



Daniel Amaru Silva



Danny Nugkuag



José Carlos Saavedra



Adriana Urrutia



Rocío Muñoz Flores



Tania Pariona Tarqui



Iñigo Maneiro Labayen



Andrea de la Piedra



Norma Correa



Héctor Sueyo



Paulo Vilca Arpasi

Click para ver biografía



José-Carlos Mariátegui



Andrés Garay



Aldo Facho Dede



Boris Espezúa Salmón



Inés Kudó



José Carlos Requena



Karissa Becerra



Elmo León



Paloma Carpio Valdeavellano



Manuel Eyzaguirre



Rafaella León



Brus Rubio



Mónica Carrillo



Vero Ferrari



Luz Gladis Vila

Fred Rohner

Subdirector del Instituto de Etnomusicología y coordinador del Grupo de Investigación en Musicología de la PUCP. Es profesor del Departamento de Artes Escénicas y de la Maestría de Musicología de la PUCP. Ha dirigido, junto con Gérard Borrás, la Colección de Grabaciones Históricas de la Música Peruana (IDE-IFEA), dentro de la cual ha editado *Montes y Manrique. 100 años de música peruana; Los archivos de la Victor Talking Machine. Lima-Arequipa 1913-1917* y *La música en tiempos de Martín Chambi*. Entre sus publicaciones destacan *La Guardia Vieja: el vals criollo y la formación de la ciudadanía en las clases populares: estrategias de representación y de negociación en la consolidación del vals popular limeño (1885-1930)*, *Las tradiciones musicales de Abajo del Puente* e *Historia Secreta del Perú*.

⊕ Leer artículo:

DOSCIENTOS AÑOS DE PLAGAS

Álvaro Henzler

Es movilizador estratégico de visiones y vehículos de transformación social para América Latina. Cofundador de Convergencia, Enseña Perú y Mosaico. Actualmente es Presidente Ejecutivo de Mosaico Lab Creativo, articuladora y aceleradora para la transformación en América Latina. Ha sido *Research Fellow* en el Ash Center para la Democracia e Innovación de Harvard University. Fue asistente y asesor económico para el embajador del Perú en Estados Unidos durante la firma del TLC con ese país y director de InLider, Centro de Liderazgo de Intercorp. Miembro de directorio de Transparencia, CARE Perú y Enseña Perú. Es bachiller en Economía por la Universidad del Pacífico, tiene una maestría en Administración Pública de la escuela de gobierno de Harvard University y estudios de liderazgo de Georgetown University.

⊕ Leer artículo:

EL PERÚ YA NO ESTÁ DE MODA

Sharún González Matute

Es magíster en Ciencias Políticas y en Estudios Latinoamericanos por la Universidad del Sur de la Florida, Tampa. Licenciada en Periodismo por la PUCP, donde fue una de las creadoras del Grupo Impulsor AfroPUCP en el 2012. Ha sido miembro activa de diversas organizaciones y proyectos enfocados en la visibilización de poblaciones diversas y en la construcción de la ciudadanía con niños, niñas, adolescentes y mujeres afrodescendientes e indígenas. Sus investigaciones sobre racismo en los medios de comunicación y representación política de mujeres afroperuanas se encuentran en publicaciones del Ministerio de Cultura y en revistas académicas.

⊕ Leer artículo:

**NUEVAS MIRADAS DE ANTIGUAS
DESIGUALDADES**

Alex Hernández

Es licenciada en Psicología, tiene estudios de Género y una maestría en Neuropsicología. Trabaja como investigadora en temas de violencia basada en género y salud mental. Es activista bisexual y actualmente se desempeña como directora y coordinadora de investigación de la asociación Más Igualdad Perú. También es *partner* del proyecto *Out of the Margins* con la organización *Stonewall* (Reino Unido).

⊕ Leer artículo:

NACIXN INVISIBLE

Eduardo Dargent

Abogado por la PUCP, magíster en Filosofía Política por la Universidad de York, Reino Unido y doctor en Ciencia Política por la Universidad de Texas, en Austin. Sus temas de investigación son la política de las políticas públicas, economía política, el Estado en América Latina y partidos políticos. En el 2009 publicó *Demócratas Precarios* (Lima IEP) y en el 2012 *El Estado en el Perú: Una Agenda de Investigación* (Lima: Escuela de Gobierno y Políticas Públicas PUCP). Su libro *Technocracy and Democracy: The Experts Running Government* (Nueva York: CUP) se publicó en el 2016.

⊕ Leer artículo:

EL PESIMISMO COMO OPORTUNIDAD

Daniel Amaru Silva

Dramaturgo, director y comunicador de la PUCP. Nació en el Hospital del Empleado y creció en el distrito de Jesús María, convirtiéndose en autor de obras como *¿Eres tú, pequeño?* (Premio del Concurso de Dramaturgia del Centro Cultural Peruano Británico), *Salir* (Premio Sala de Parto) y *Cruzar la calle* (Premio del Ministerio de Cultura). En cine ha sido asistente de dirección de *Magallanes* (de Salvador del Solar), *El soñador* (de Adrián Saba), *La última tarde* (de Joel Calero) y *Retablo* (de Álvaro Delgado-Aparicio). Actualmente, se dedica a la docencia.

⊕ Leer artículo:

FELIZ NO CUMPLEAÑOS, PERÚ

Danny Inguagua

Pertenece a la comunidad nativa de Napuruka, del distrito de Nieva, provincia de Condorcanqui, Amazonas, del pueblo indígena awajún. Estudio derecho y ciencias políticas en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Ha trabajado en organizaciones indígenas como la Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (AIDSESP), en la Federación Nativa del Río Madre de Dios y Afluentes (FENAMAD), en la Organización Regional de Pueblos Indígenas de la Amazonía Norte del Perú (ORPIAN-P) y en instituciones como la Secretaría General de la Comunidad Andina de Naciones (CAN). Actualmente es coordinador regional de la Dirección General de Derechos de los Pueblos Indígenas del Ministerio de Cultura.

⊕ Leer artículo:

CARTA A MI PADRE

José Carlos Saavedra

Es socioeconomista principal de Apoyo Consultoría. Dirige al equipo de análisis macroeconómico del Servicio de Asesoría Empresarial (SAE). Es especialista en macroeconomía, política económica, mercado laboral y proyecciones. Es director y vicepresidente de IPAE Asociación Empresarial, director del Instituto Apoyo y miembro del Consejo Consultivo de Crea+. Anteriormente, fue analista en Políticas de Crecimiento Económico en el Banco Central de Reserva del Perú. Tiene especializaciones en finanzas internacionales en países emergentes, estadística y regulación de servicios públicos.

⊕ Leer artículo:

HACIA UN NUEVO CONTRATO SOCIAL

Adriana Urutia

Politóloga y magíster en Política Comparada por el Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences Po-Paris). Es fundadora de la Plataforma Comadres, un espacio que busca promover la presencia de mujeres jóvenes de las ciencias sociales. También es miembro del Grupo de Trabajo creado por el Ministerio de Salud para asesorar en materia sociocultural respecto al impacto por la COVID-19. Hoy es directora de la Escuela Profesional de Ciencia Política de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, estudiante del doctorado en Salud Pública de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y asumió la presidencia de la Asociación Civil Transparencia por el periodo 2020-2023.

⊕ Leer artículo:

TRANSGREDIR OTRAS FRONTERAS PARA VIAJAR JUNTOS

Rocío Muñoz Flores

Afroperuana, feminista, comunicadora social, investigadora, miembro de Perú Afro. Ha sido directora general de Ciudadanía Intercultural (e) del Viceministerio de Interculturalidad del Ministerio de Cultura y miembro de la Mesa de Trabajo de la Mujer Afroperuana del Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables.

⊕ Leer artículo:

LAS VIDAS NEGRAS IMPORTAN

Tania Pariona Targui

Ayacuchana, activista indígena, feminista y excongresista de la república. Es trabajadora social por la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga y ex becaria del Alto Comisionado para los Derechos Humanos del Programa de Formación para líderes indígenas en la Universidad de Deusto en Bilbao. Desde niña ha participado de procesos organizativos de índole regional y nacional. Fue una de las fundadoras, en 2010, de la Organización de Mujeres Andinas y Amazónicas del Perú (ONAMIAP) y actualmente es miembro del consejo directivo del Centro de Culturas Indígenas del Perú (CHIRAPAQ).

⊕ Leer artículo:

PODER INTERCULTURAL

Jñigo Manero Labayen

Estudió Agronomía y Teología en España y una maestría en Estudios Amazónicos en Perú. Ha vivido ocho años con los awajún y wampis del Alto Marañón trabajando en desarrollo y conservación ambiental, y ha residido en diferentes lugares del Perú, vinculado siempre al turismo sostenible y desarrollo comunitario. Ha sido profesor universitario y coordinador nacional de Turismo Rural Comunitario del Mincetur. Actualmente trabaja en la frontera con Ecuador como especialista en un organismo internacional público y se desempeña como periodista, fotógrafo de viajes y consultor en Amazonía y turismo.

⊕ Leer artículo:

AMAZONÍA, PANDEMIA Y BICENTENARIO

Andrea de la Piedra

Periodista, conferencista internacional y especialista en género, es CEO y cofundadora de Aequales, empresa social encargada de asesorar y concientizar a diversas organizaciones en equidad de género. Es conferencista internacional y especialista en género. Fue seleccionada como una de las 101 personas que están cambiando la forma de trabajar en el mundo por la BBC y reconocida como The Most Creative People 2020 por la revista *Fast Company*. Es miembro de la red del programa de Liderazgo Competitivo de la Universidad de Georgetown y *speaker* en TedxLima y TedxWomen.

⊕ Leer artículo:

LIBRES, SEÁMOSLO SIEMPRE

Norma Correa

Científica social dedicada a construir puentes entre la antropología, las políticas públicas, la economía y la innovación para avanzar en la reducción de pobreza y la ampliación de oportunidades en contextos urbanos y rurales. Investigadora principal y profesora del Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP. Es promotora de la aplicación de metodologías etnográficas y cualitativas para el diseño, implementación y evaluación de políticas, programas y servicios en el sector público y en el sector privado. Es miembro fundador del Grupo Sofía-Mujeres Profesionales en Ciencias Sociales del Perú y miembro del Grupo Temático en Ciencias Sociales convocado por el Ministerio de Salud, creado en el marco de las acciones del gobierno del Perú para hacerle frente a la pandemia de la COVID-19.

⊕ Leer artículo:

AGENDA SOCIAL PARA EL BICENTENARIO

Héctor Suenzo

Nació en la Misión Dominica San Miguel de Shintuya en 1968 y pertenece al pueblo Harakbut. Fue becado con fondos del gobierno noruego para asistir a la universidad y en 1990 ingresó a la Escuela de Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), estudiando Sociología de forma paralela en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. En 1997 recibió, a nombre de la Federación Nativa del Río Madre de Dios y Afluentes (Fenamad), el galardón internacional Bartolomé de las Casas de manos del entonces príncipe de Asturias, Felipe de Borbón, por la labor de dicha organización en defensa de los pueblos indígenas en aislamiento. Hoy dicta las cátedras de Antropología y Etnografía Amazónica, Cosmovisión Indígena y Lenguas Indígenas en la Universidad Nacional Amazónica de Madre de Dios (Unamad), y es director de la Dirección Desconcentrada de Cultura del Ministerio de Cultura en la misma región.

⊕ Leer artículo:

LEGADO DEL PUEBLO HARAKBUT

Paulo Vilca Arpasi

Abogado, magíster en Gobierno y Administración Pública por la Universidad Menéndez Pelayo y el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, y en Ciencia Política y Gobierno por la PUCP. Es miembro del Consejo Editorial de Noticias SER. Integró la Comisión Consultiva para el Desarrollo Minero Sostenible. Ha sido viceministro de Interculturalidad del Ministerio de Cultura y director general de Interculturalidad, funcionario de la Defensoría del Pueblo y asesor parlamentario. Es autor de investigaciones sobre partidos políticos, movimientos regionales, conflictos socioambientales, pueblos indígenas, descentralización y política local y regional. Su última publicación es *Puno en el siglo XXI. Desarrollo, ambiente y comunidades*.

⊕ Leer artículo:

UN BICENTENARIO DESCENTRALISTA

José-Carlos Mariátegui

Es escritor y curador en cultura, arte y tecnología. Tiene una maestría y doctorado en Sistemas de Información e Innovación, ambos por la London School of Economics and Political Science (LSE), en Londres. Fundador de Alta Tecnología Andina (ATA), dedicada al desarrollo de proyectos en arte, ciencia y tecnología en América Latina. Es miembro del Comité Editorial de la Leonardo Series, libros sobre arte, ciencia y tecnología publicados por MIT Press (Estados Unidos), del *Advisory Board de AI & Society* (Reino Unido), miembro del Consejo Directivo del Museo de Arte de Lima (MALI) y Fellow del RSA (Royal Society of Arts, Reino Unido). Recientemente ha coeditado con M. Hernández y J. Villacorta *El mañana fue hoy. 21 años de videocreación y arte electrónico en el Perú* (2018) y *Del cero al infinito: escritos de arte y lucha de Rasheed Araeen* (2019). Ha sido curador de importantes exhibiciones y proyectos de arte y tecnología a nivel internacional por más de dos décadas.

⊕ Leer artículo:

[**MEMORIA COVID-19**](#)

Andrés Garay

Investigador de fotografía peruana. Recientemente ha publicado *Guillermo Montesinos Pastor. Fotografías, 1916-1924*, en coautoría con Jorge Villacorta (KWY Ediciones, 2020) y *Cusco revelado. Fotografías de Max T. Vargas, Max Uhle y Martín Chambi* (Instituto Iberoamericano de Berlín y Universidad de Piura, 2017). Tiene un doctorado por la Universidad de Navarra, España, y es profesor principal en la Universidad de Piura. Forma parte del Registro Nacional Científico, Tecnológico y de Innovación Tecnológica del Perú (Renacyt). Obtuvo el Premio Nacional de Fotografía de la Pontificia Universidad Católica del Perú en el 2006.

⊕ Leer artículo:

[**MIRAR A TODOS Y TODO POR IGUAL**](#)

Aldo Facho Dede

Arquitecto urbanista por la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI) y magíster en Desarrollo Sustentable por la Universidad de Lanús (Argentina). Tiene estudios de doctorado en la Universidad Politécnica de Cataluña (España) y cursos de especialización en urbanismo en el Lincoln Institute of Land Policy. Es profesor del área de urbanismo de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo (Chiclayo). Está asociado a FD Arquitectos y Urbanistas, es fundador y editor principal de la Red Latinoamericana de Urbanistas y colaborador de la plataforma de opinión *HacerPeru.pe*. Escribe periódicamente sobre temas relacionados al desarrollo urbano.

⊕ Leer artículo:

[**CIUDADES PARA EL BICENTENARIO**](#)

Boris Espezuja Salmón

Nació en Juli (Puno). Fue ganador del Premio Copé de Oro 2009 y es autor de poemarios como *A través del ojo de un hueso*, *Tránsito de Amautas*, *Tiempo del Cernícalo*, *Alba del pez*, *Gamaliel y el oráculo del agua* y *Máscaras en el Aire*. Es promotor cultural y docente ordinario de la Universidad Nacional del Altiplano de Puno. Ha participado en diversos festivales de poesía en países como Cuba, Colombia, Chile y México. Estuvo en el festival de poesía *La Huaca es poesía* en el año 2019.

⊕ Leer artículo:

[**COVID -19 Y CULTURA CÍVICA**](#)

Inés Kudó

Especialista en educación. Psicóloga de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y magíster en Política Educativa Internacional por la Universidad de Harvard. Durante 10 años tuvo a su cargo el portafolio de educación del Banco Mundial en Perú, trabajando en la mejora de la calidad de la educación pública, el bienestar socioemocional, la prevención de la violencia escolar, el desarrollo docente y la gestión descentralizada con enfoque en resultados. Fundó *Tinkuy Marka Academy*, una alternativa al colegio, para ofrecer a su hijo, y a quienes busquen lo mismo, una educación a la altura de sus expectativas y de los retos de estos tiempos.

⊕ Leer artículo:

UNA EDUCACIÓN CON PROPÓSITO

José Carlos Requena

Es socio fundador de las consultoras *Público y 50+1*, columnista del diario *El Comercio* y miembro del Consejo Consultivo del Consejo Privado Anticorrupción. Es magíster en Humanidades por la North Carolina State University (NCU), Estados Unidos; magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y comunicador social por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

⊕ Leer artículo:

CLASES, ESTADO Y SAZÓN EN EL PERÚ

Karissa Beerra

Bachiller en Filosofía con especialización en estudios antropológicos. Es fundadora y directora de La Revolución, asociación sin fines de lucro que enseña a niños y adultos a comer y pensar a través de una metodología innovadora de educación alimentaria. Es autora de *Cocina de Colores: empezando a cocinar* (2009) y del libro *Café de las nubes, café del Perú* (2010), reconocidos ambos con el prestigioso *Gourmand Awards*. También ha publicado *Riquisísimo, cocina peruana para niños*, obra que promueve el fortalecimiento de la identidad usando la cocina, los alimentos y las sobremesas como camino para explorar quiénes somos. En el 2018 fue finalista del *Basque Culinary World Prize* y actualmente coordina el programa de Gastronomía de la PUCP.

⊕ Leer artículo:

CÓMO FORMAR CIUDADANOS DESDE LA COCINA

Elmo León

Ph.D en Filosofía por la Universidad de Bonn, Alemania, en especialidades como arqueología, antropología y etnología. Actualmente está enfocado en la etnofarmacología e investiga sobre el potencial bioactivo de los alimentos nativos de los Andes en la salud humana. Es docente de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), investigador científico de la Universidad San Martín de Porres y del Ministerio de Cultura. Ha publicado *Orígenes Humanos en los Andes del Perú; 14,000 años de alimentación en el Perú* y *Alimentos del Perú: Propiedades Nutricionales y Farmacológicas*, todos ellos editados por la USMP.

⊕ Leer artículo:

SOMOS NUESTROS ALIMENTOS

Paloma Carpio Valdeavellano

Magíster en Desarrollo Humano: Enfoques y Políticas y licenciada en Artes Escénicas por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Con más de quince años de experiencia en diseño y facilitación de procesos de creación colectiva, tanto en el ámbito artístico como en proyectos asociados a cultura, participación, desarrollo e incidencia pública. Es miembro y fundadora de Tránsito-Vías de Comunicación Escénica, colectivo de artistas que impulsa proyectos que vinculan arte y ciudadanía desde el año 2005. Como creadora escénica, ha dirigido más de diez obras colectivas, entre las que destacan *Partido Perú Partido*, *P.A.T.R.I.A.*, *El día en que cargué a mi madre*, *RECONSTRUCCIÓN Nombre Femenino* y *MUROS*. Hoy participa activamente en la articulación del Movimiento Independiente de Artes Escénicas del Perú.

⊕ Leer artículo:

EL PERÚ COMO CREACIÓN COLECTIVA

Rafaella León

Es licenciada en Periodismo por la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). A los 22 años integró el equipo de periodistas del diario *Liberación*, donde hizo entrevistas, investigación y crónica literaria. Fue reportera en los programas de televisión *Hasta aquí nomás* y *A las 11 con Hildebrandt*. Retomó la prensa escrita el año 2002 como editora de la sección Policiales y luego Crónicas del diario Correo. Conoció el oficio revistero dos años después, cuando empezó a trabajar como editora adjunta del semanario *Somos*, del diario *El Comercio*, donde actualmente es editora. En sus ratos libres escribe perfiles. Es autora de *Vizcarra, retrato de un poder en construcción* (Debate, 2019) y coautora de *El código García* (Debate, 2020).

⊕ Leer artículo:

LA PATRIA ES ESO QUE NOS UNE

Manuel Eyzaguirre

Es bachiller en Artes y licenciado en Comunicación por la Universidad de Piura. Fue director de la Escuela de Comunicación de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo (Chiclayo). Profesor universitario con 17 años de experiencia en el área audiovisual. Promotor del cine lambayecano desde el 2003, con 15 cortometrajes y una serie documental, explorando la memoria familiar y cotidiana en el cine de no ficción. Ha recibido premios del Ministerio de Cultura del Perú por dos de sus obras y un guion de largometraje. Es miembro fundador de NORCINEMA, donde organiza eventos de formación cinematográfica.

⊕ Leer artículo:

MI VIEJO 28: UN DIÁLOGO ENTRE NIÑOS Y ANCIANOS

Bruce Rubio

Es un pintor autodidacta que nació en la comunidad de Pucaurquillo, ubicada en la cuenca del río Ampiyacu, en Loreto. Es descendiente de los pueblos originarios huitoto y bora. Cuando terminó el colegio pasó tres años en un estudio guiado por el antropólogo Jürg Gasche, enfocado en los abuelos y sabios de su pueblo. Inspirado por esa experiencia, comenzó a pintar empleando tintes naturales y pinceles de tallos de hierba. Su obra es también una expresión de las urgencias y necesidades de la Amazonía. Ha llevado su arte a varios países del mundo. Como él dice, "he amazonizado Lima, París, Wahington, La Habana y Shanghai".

⊕ Leer artículo:

UN NUEVO COMIENZO

Mónica Cavillo

Poeta, investigadora y activista afroperuana. Fue organizadora comunitaria del Museo de Queens de Nueva York y actualmente trabaja en el ámbito de la filantropía y cooperación internacional. Fundó y fue directora de LUNDU Centro de Estudios y Promoción Afroperuanos. Como poeta y compositora ha participado en diversas producciones, como la del disco de música afrocolombiana *Magin Diaz, El Orisha de la Rosa*, ganador del Grammy y Latin Grammy. Como artista de crochet ha presentado sus instalaciones en galerías y centros culturales de la ciudad de Nueva York.

⊕ Leer artículo:

[2054: BICENTENARIO AFROPERUANO](#)

Vero Ferrari

Lingüista por la UNMSM. Tiene estudios de maestría en Género y Desarrollo (UNMSM) y Estudios Culturales (PUCP). Activista lesbiana feminista, fue directora y presidenta del Movimiento Homosexual de Lima. Ha sido columnista en diversos medios de comunicación y conferencista sobre derechos de las mujeres y LGTBIQ+. Es autora del cuento infantil *¿Camila tiene dos mamás?* También es editora general del portal web *Mano Alzada* y la revista cultural *Crónicas de la Diversidad*. Es facilitadora en la Escuela Feminista Itinerante y coordina la Biblioteca Miguelina Acosta, ubicada en el Centro Histórico de Lima.

⊕ Leer artículo:

[LUCHAS DE AMOR Y ORGULLO](#)

Luz Gladis Vila

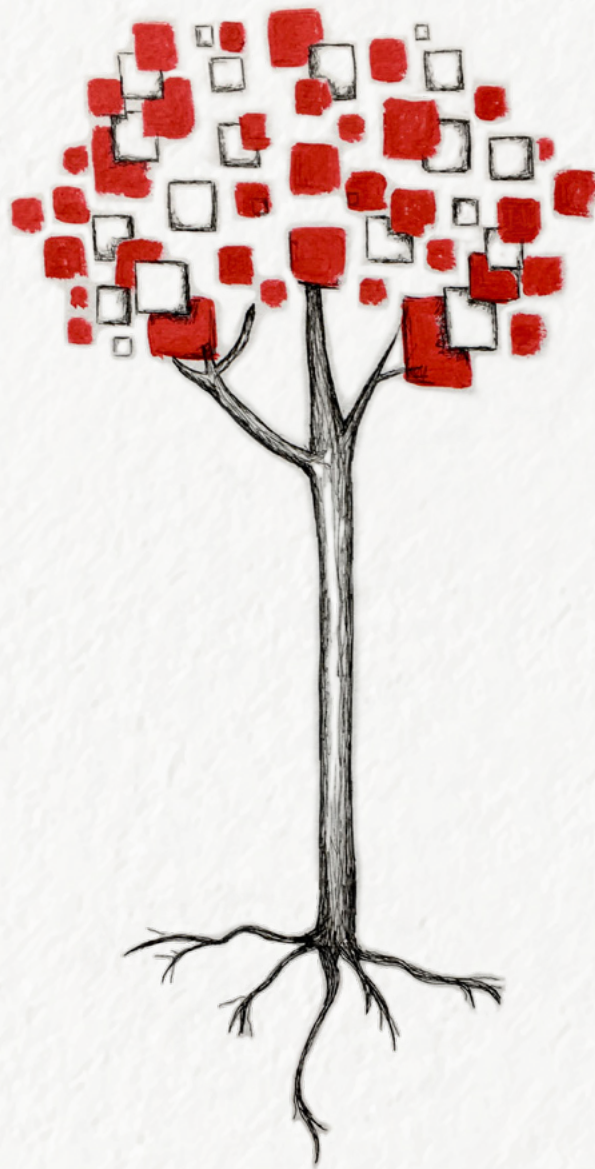
Lideresa indígena, traductora e intérprete en lengua originaria con especialidad en quechua chanka, reconocida por el Registro Nacional de Intérpretes y Traductores de Lenguas Indígenas (Renitle) del Ministerio de Cultura. Fundadora y expresidenta de la Organización Nacional de Mujeres Indígenas Andinas y Amazónicas del Perú (ONAMIAP), cofundadora y coordinadora del Pacto de Unidad de las organizaciones indígenas del Perú. Impulsora incansable de procesos organizativos con énfasis en mujeres y pueblos indígenas.

⊕ Leer artículo:

[BICENTENARIO, KUYAYLLAPAQ ASUYKAMUY](#)
[\(Carta de bienvenida al Bicentenario\)](#)

DOSCIENTOS AÑOS DE PLAGAS

Fred Rohner



No he compartido el optimismo de mis mayores, de los que me precedieron en esta tarea de pensar desde la pandemia el país hacia el bicentenario. No tuve la fe que varios de mis colegas tuvieron en las palabras que, durante las primeras semanas, de manera diaria, nos ofrecía el presidente. No he tenido la confianza que tuvieron algunos de mis maestros en que “las grandes crisis nos otorgan grandes posibilidades”. No. Las posibilidades surgen de pactos sociales que nosotros nunca establecimos. Nos aproximamos al bicentenario de una república y la mayor parte de nosotros, más vergonzoso aún, de nuestras autoridades y nuestros representantes no tienen idea de lo que esa palabra significa. Nos enfrentamos a una celebración vacía, sin resonancias y sin estridencias porque el Perú sigue siendo un ente sin organicidad, sostenido sobre buenas intenciones, sobre pequeñas solidaridades, sobre luchas y negociaciones por derechos básicos y sobre la resignación de muchos que nos dejan sin vislumbrar grandes victorias.

Con desazón, escribo estas líneas solo unas horas después de que un nuevo Congreso de la República (al que todos esos títulos le huelgan) le ha negado la confianza a un gabinete torpemente articulado. En medio de una crisis sin precedentes, ese Congreso nos ha negado, incluso, las pequeñas posibilidades. ¿Qué optimismo es viable en estas circunstancias? ¿Qué fe es posible en un país con las arcas llenas y los estómagos vacíos? ¿Qué confianza se sostiene sobre un Estado que en tres meses pudo triplicar el equipamiento médico con el que no abasteció en décadas a su población?

Hemos mirado miopemente lo que significó el 28 de julio de 1821. Nos hemos quedado con la efeméride y el taratachín de la banda militar (o, más espeluznante aún, con el Te Deum) y hemos olvidado la médula de lo conseguido, de lo ganado, de aquello que hay que celebrar. Durante años, por ello, la escuela nos ha animado a mirar el 28 de julio como el día en el que ganamos nuestra independencia sin reparar en lo que eso realmente comprendía:

“ El bicentenario podría ser más que una celebración ‘obligada’ en la agenda del gobierno de turno. Si algo deberíamos extraer como enseñanza de todos estos meses de reclusión es la necesidad de establecer, de una vez por todas, un verdadero pacto social en el que se reconozcan, sin distinciones, los derechos de todos los peruanos ”

dejar de ser súbditos y convertirnos en ciudadanos. Arribar a la ciudadanía nos ha tomado –y nos sigue tomando—más tiempo del previsto por cualquier legislación. Si algo ha demostrado la pandemia es justamente eso: lo lejos que hemos estado de ser considerados ciudadanos todos los peruanos en su conjunto durante estos doscientos años de “vida independiente”.

Aunque esto pueda sonarles a muchos como una mirada demasiado descarnada de nuestra historia, temo que un repaso de lo acontecido, no desde 1821 sino desde las celebraciones del centenario, no haga más que ratificar estos juicios. Las mujeres (y solo las letradas) tuvieron que esperar hasta 1956 para ser ciudadanas con plenitud de derechos. La población analfabeta –en la práctica, la población indígena—tuvo que esperar hasta 1979. Sin embargo, se trató de ciudadanía ganadas de manera inestable porque esa población analfabeta fue la más diezmada en los años de violencia política y las peruanas siguen siendo víctimas diarias del machismo enraizado en nuestro Estado y en nuestras instituciones, incluida la familia.

A decir verdad, los peruanos deberíamos celebrar que hemos sobrevivido doscientos años a pesar del Estado. No obstante, el bicentenario podría ser más que una celebración “obligada” en la agenda del gobierno de turno. Si algo deberíamos extraer como enseñanza de todos estos meses de reclusión para la salvaguarda de nuestras vidas y las de nuestros seres queridos, es la necesidad de establecer de una vez por todas un verdadero pacto social en el que se reconozcan, sin distinciones, los derechos de todos los peruanos; un pacto social en el que se asuman las responsabilidades sobre lo hecho y sobre lo dejado de hacer.

La ciudadanía no se construye con decretos y reglamentos. Se construye con el reconocimiento del otro como un igual. La ciudadanía se otorga prodigando a todos los peruanos posibilidades semejantes, acceso a los mismos bienes. La construcción de esa ciudadanía, de esa igualdad frente al Estado, no debería suponer,

“ No habrá diálogo donde no existe la consciencia de que el otro también puede tener razones contundentes y verdades más plausibles. Dialogar supone eliminar de un plumazo la idea errónea de que uno tiene la razón y debe persuadir al otro a como dé lugar ”

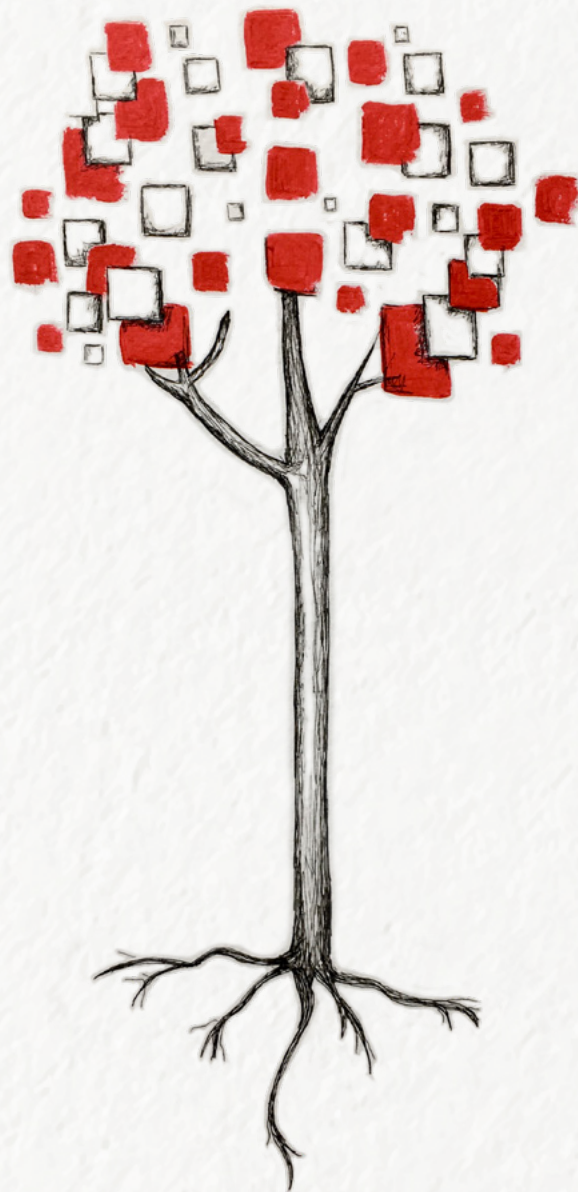
sin embargo, la abolición de nuestras diferencias; sino, más bien, el respeto de las mismas, haciéndolas confluir hacia el bien común sobre la base del diálogo. No obstante, no habrá diálogo donde no existe la consciencia de que el otro también puede tener razones contundentes y verdades más plausibles. Dialogar supone eliminar de un plumazo la idea errónea de que uno tiene la razón y debe persuadir al otro a como dé lugar.

Lo triste es que un vistazo a nuestro acontecer diario, aun en estos tiempos de plagas, parece predecir que ese pacto social es inviable y que la construcción de un país justo con todos también. Nuestras autoridades, nuestras fuerzas del orden, nuestros intelectuales e incluso los medios de comunicación nos hablan como “padres”, como “hermanos mayores”, nos repiten que “no entendemos” y suponen que la transgresión se asienta en una poca o nula capacidad de convivir socialmente. Lo dicen esos mismos medios que aplauden la cachetada de un agente del orden en lugar de reclamar una sanción dentro del marco de la ley para el transgresor, porque nos hemos acostumbrado a la violencia del Estado contra sus ciudadanos; porque hemos presumido que la violencia alecciona desde el lugar que ostenta uno dentro de las jerarquías sociales.

En un país en el que dichas jerarquías no son cuestionadas y sometidas a escrutinio constante, entablar un pacto social es imposible. Por eso, el bicentenario debería ser la oportunidad para acabar con esa penosa expresión de nuestra realidad como sociedad. Dejemos de una vez de pensar en el “Somos libres” y apostemos, mejor, por comprender qué significa ser ciudadanos de un país como el que se fundó con la instauración del primer Congreso liberal y con la Constitución de 1823.

NUEVAS MIRADAS DE ANTIGUAS DESIGUALDADES

Sharún González Matute



*“No hay revolución sin evolución
y eso se gesta al interior de cada uno de nosotros”*

Victoria Santa Cruz Gamarra

En una famosa acuarela de Pancho Fierro aparece un grupo de afrodescendientes con un estandarte de la bandera del Perú, celebrando la independencia con la que habían contribuido. Relatos alternativos del 28 de julio de 1821, sin embargo, indican que José de San Martín tuvo que mantener al ejército de negros y pardos fuera de la ciudad para poder proclamar la independencia en Lima. Para las autoridades limeñas de entonces, aunque el grueso del ejército que luchó por la república hubiera estado comprometido con la misma patria, no merecía los mismos derechos. Doscientos años luego de este suceso, en medio de una pandemia mundial, el lugar de los afrodescendientes en el país continúa entre la igualdad formal y las desigualdades materiales.

En la actualidad, algunas y algunos (pocos) de nosotros alcanzamos pequeños logros en una estructura que naturaliza barreras. Con esfuerzo, he podido estudiar en una prestigiosa universidad peruana y completar estudios de posgrado en el extranjero. Ambas metas hubieran sido un delirio para mis ancestros. No obstante, entre un relativo progreso individual y el progreso colectivo, hoy existe un puente conformado por 828 mil 840 experiencias, por lo menos, que son producto de nuestros siglos de existencia en este territorio. Esas experiencias representan el 3,6% de población peruana que se autoidentifica como negra, morena, zamba, mulata o parte del pueblo afroperuano y es afectada por históricas desigualdades socioeconómicas. Para este grupo, el empobrecimiento y la marginación son las condiciones preexistentes que les hicieron más vulnerables a la pandemia.

“ La comunidad de El Carmen, en Ica, se ha organizado para cuidarse mutuamente mediante la desinfección del pueblo y la difusión del lavado de manos. Formas colectivas de resistencia como estas nos enseñan que es posible construir desde lo colectivo y existir desde lo ancestral ”

Antes

La abolición de la esclavitud en 1854 fue la última vez que el Estado peruano actuó respecto a los derechos colectivos de las personas afrodescendientes. Desde entonces, la relación entre el Estado y los descendientes de africanos estuvo mediada por la invisibilización y el silencio. Las políticas que promueven y protegen a la población afroperuana surgieron solo a partir del siglo XXI. Esto incluye la creación de una Dirección de Políticas para Población Afroperuana en el Ministerio de Cultura y la aprobación del Plan Nacional de Desarrollo para Población Afroperuana. Medidas como estas, aunque robustas, no parecen haber mejorado sustancialmente las condiciones de vida de esta población.

En el 2017, el Estado dio un primer paso hacia la visibilización estadística de las y los afrodescendientes mediante la inclusión de la variable étnica racial en los Censos Nacionales. Con los resultados, mucho antes de ser declarado el estado de emergencia por la COVID-19, conocimos que el 16,8% de afroperuanos viven en zonas rurales, algunos de ellos y ellas en Puno y Huancavelica. También supimos que Lima, Piura y La Libertad son los tres departamentos con mayor población afrodescendiente. Una brecha notable respecto a este sector es su acceso a educación superior universitaria: solo el 11,5% de afrodescendientes llegan a este nivel educativo, a diferencia del 19,7% del promedio nacional. El desarrollo sostenible de la población afroperuana rural y urbana ya era un reto antes de la pandemia.

Durante

Carecemos de data desagregada por variable étnico racial para determinar el impacto de la pandemia sobre la población afrodescendiente, aunque en otras partes del mundo esta indica que las poblaciones indígenas y afrodescendientes han sido

“ Es preciso construir una nueva idea de ‘nosotros’, como peruanos y peruanas, que reconozca nuestras limitaciones racistas y nos permita crear el espacio para resolverlas. Pensarnos, tal vez, como un pueblo que trabaja activa y colectivamente para derribar el racismo con equidad ”

afectadas de forma desproporcional. Información como esa es importante para contrarrestar la invisibilización histórica de estas poblaciones y sus condiciones de vida. Por ejemplo, mediante la información censal previa, hoy sabemos que más de la mitad de afrodescendientes trabaja en ocupaciones elementales y de servicios, exactamente el tipo de empleos más expuestos al contagio durante la pandemia.

La visibilización estadística también añade matices al giro hacia la educación básica a distancia. El 30% de la población afroperuana cuenta con una computadora, laptop o tablet en casa, en relación con el 38,2% de la población nacional. Mientras el 32,2% de la población nacional tiene acceso a internet, el 26,3% de afrodescendientes cuenta con ese tipo de conexión. La brecha digital es un problema amplio y está profundamente ligado a la variable étnica y racial.

Enfermedades crónicas prevalentes en población afrodescendiente incluyen la hipertensión arterial, diabetes y enfermedades del corazón, todas enumeradas como condiciones vulnerables a la COVID-19. La discriminación racial solo acentúa sus consecuencias. Un estudio de la Defensoría del Pueblo encontró que las y los afroperuanos prefieren no buscar asistencia médica, aun cuando la necesitan, porque perciben discriminación racial en los centros de salud. Las comunidades afroperuanas, por otro lado, han sabido responder a estos y otros retos del contexto que vivimos.

En Yapatera, Piura, las familias usan la medicina natural y ancestral por prevención. La comunidad de El Carmen, en Ica, se ha organizado para cuidarse mutuamente mediante la desinfección del pueblo y la difusión del lavado de manos. Formas colectivas de resistencia como estas nos enseñan que es posible construir desde lo colectivo y existir desde lo ancestral.

Y después...

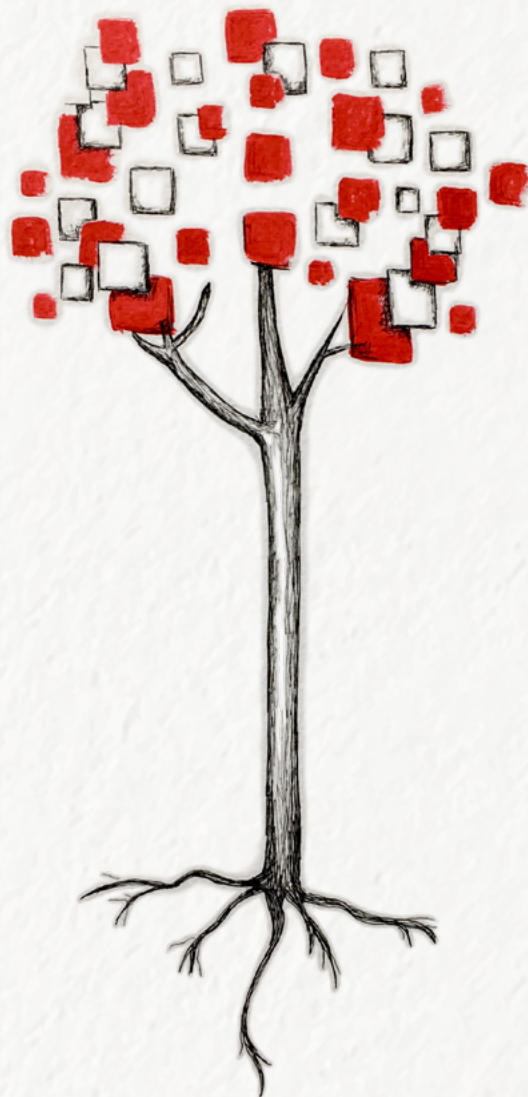
Mis ancestros y ancestras, que lucharon por la independencia de este país, no vieron realizados sus sueños de libertad. Nosotras y nosotros, su legado, seguimos a la expectativa de tener vidas dignas y libres de estigmas. Este momento histórico denominado “la pandemia” ha contribuido a hacer visibles antiguas desigualdades desde una perspectiva que es nueva para el Perú. Las consecuencias de la pandemia en minorías étnicas y raciales, junto a la mediatización de la violencia policial vía el asesinato de George Floyd, son oportunidades para visibilizar las desigualdades peruanas como problemas estructurales y vinculados a la racialización¹ de ciertos grupos sociales. La clasificación racial es una ficción social con efectos reales en el acceso a educación, salud o tecnología.

Es preciso construir una nueva idea de “nosotros”, como peruanos y peruanas, que reconozca nuestras limitaciones racistas y nos permita crear el espacio para resolverlas. Pensarnos, tal vez, como un pueblo que trabaja activa y colectivamente para derribar el racismo con equidad. De lo contrario, continuará siendo difícil aterrizar banderas del Bicentenario como la igualdad de oportunidades, el diálogo, la identidad y la diversidad. “Que no me diga nadie que no es racista antes de serlo, hay que serlo primero”, dijo Victoria Santa Cruz alguna vez, y sus palabras son tan pertinentes hoy como lo fueron entonces.

1 El término “racialización” se refiere al proceso mediante el cual se asignan categorías y significados raciales a una persona o grupos de personas. Esta categorización se traduce en trato favorable o discriminatorio según la raza que la sociedad atribuye.

EL PERÚ YA NO ESTÁ DE MODA

Álvaro Henzler



El Perú estuvo de moda. Por el turismo, para experimentar nuestra cultura milenaria. Por la gastronomía, para disfrutar nuestra diversidad. Por la economía, gracias a inversiones, TLCs y un crecimiento que logró una baja singular en los niveles de pobreza. En los últimos 25 años, el Perú se puso de moda por una extraña combinación de disciplina macroeconómica e indisciplina institucional con dosis de orgullo y emprendimiento nacional. Las alertas sobre la fragilidad de “estar de moda” en foros empresariales, encuentros comunitarios y marchas ciudadanas no fueron suficientes para actuar con convicción en una serie de reformas pendientes. La moda del modelo económico (cómo generar riqueza sostenible) y sus omnipotentes bondades despreciaba la urgente construcción de un modelo institucional (qué estructura y cultura nos garantiza disfrutar a todos de la riqueza) y un modelo social (para qué y para quiénes generamos riqueza). Hoy, el Perú ya no está de moda, al menos por ahora. Se vuelve a hablar de nosotros, pero por el devastador impacto de la pandemia entre nuestros ciudadanos y por ofrecer, en este contexto, uno de los peores desempeños económicos a nivel global.

El proceso de dejar de estar de moda comenzó hace casi un lustro. Un póquer de cuatro movidas empezó a evidenciar con claridad nuestras mayores falencias. Lava Jato y Cuellos Blancos hicieron pública la conocida pero encubierta corrupción en esferas públicas y privadas. Esta se constituye como la movida corrupta. El fenómeno de “El Niño costero” y sus cientos de miles de damnificados -aún damnificados- se constituye como la movida improvisada: no estábamos preparados para tal desastre, a sabiendas de su probabilidad y de su ocurrencia en el pasado. Los pedidos de vacancia, el revanchismo parlamentario, la caída de un presidente y el cierre del Congreso fueron un diario vivir lamentable que continúa hasta hoy. Esta es la movida confrontacional. Finalmente, la COVID-19 se extendió por el mundo y llegó al país para coronar

“ Si existen planes de gobierno, estudios e investigaciones sobre qué y cómo hacer, ¿cuáles podrían ser las causas estructurales en nuestra alma nacional que sabotean nuestro deseo de desarrollo de todos y todas? Comparto una hipótesis: nuestro apego a celebrar modas dirigidas por caudillos y nuestra indiferencia a construir movimientos ciudadanos ”

las tragedias del último lustro. El invisible virus visibilizó con potencia todas nuestras falencias sociales, sanitarias e incluso económicas. Esta es la movida informal, y lo es en un doble sentido: económico, laboral y cívico por nuestras facciones de “vivos”, “criollos” y “recurseros”; e institucional por una burocracia estatal de desempeño no formal, no adecuado, no eficiente, no ágil.

Las cuatro movidas -corrupta, improvisada, confrontacional e informal- han estado presentes, lamentablemente, desde inicios de la república. Y aunque se han hecho esfuerzos en pos de movidas éticas, estratégicas, de unidad y formales para una sociedad más justa, libre y próspera, claramente no han tenido la convicción suficiente para transformar idearios e intentos en mentalidades y hábitos ciudadanos e institucionales. ¿Por qué? Si contamos con talento, recursos y experiencias, ¿qué nos impide lograr victorias consistentes en estos frentes? Si existen planes de gobierno, estudios e investigaciones sobre qué y cómo hacer, ¿cuáles podrían ser las causas estructurales en nuestra alma nacional que sabotean nuestro deseo de desarrollo de todos y todas? Comparto una hipótesis de respuesta: la predominancia de estas movidas se debe a nuestro apego a celebrar modas dirigidas por caudillos y a nuestra indiferencia a construir movimientos ciudadanos.

A nuestra historia le sobran caudillos, pero cuánta falta le han hecho verdaderos movimientos. Es más, teniendo la oportunidad, nuestros caudillos no forjaron movimientos sino que se dieron por satisfechos con una especie menor: las movilizaciones. Quizás por falta de humildad, generosidad y paciencia. Ni Belaunde ni Velasco transformaron los profundos reclamos campesinos y populares en movimientos de justicia de larga duración, efectivos en armonizar la dignidad del trabajador, lo sagrado de la tierra y lo productivo de su uso. Ni Vargas Llosa ni Fujimori hicieron lo propio a partir de las demandas de las que fueron catalizadores. El arranque entusiasta del Movimiento Libertad no superó la

derrota electoral para construir un movimiento sostenido en el tiempo en pro de la libertad económica y política del país. Y la movilización de “honradez, tecnología y trabajo” logró mayor trabajo y paz, aunque deshaciéndose con rapidez de la honestidad. El respaldo fujimorista que aún existe no es el que corresponde a un movimiento social, sino el que, más bien, caracteriza nuestra historia: multitud entregada a un caudillo.

Ni Toledo ni García aprovecharon la oportunidad —y el desafío— de consolidar la alianza entre crecimiento económico e institucionalidad republicana. Toledo no transformó la Marcha de los Cuatro Suyos y el Informe Final de la CVR para marcar un antes y un después para la nación y así construir un movimiento de reconciliación. García promovió excesiva o únicamente la economía hasta fragmentar aún más el tejido social de nuestro complejo país, debilitando así cualquier posibilidad de impulsar un movimiento de unidad. Paradójico reconocer, además, que García lideró el que ha sido uno de los pocos movimientos duraderos de nuestra historia, que se hizo partido y fue dos veces gobierno. Pero encabezándolo, también lo descabezó, llevándolo a algo parecido a la ruina.

Pero no solo fallaron nuestros líderes, también lo hicimos nosotros. En esencia, porque los movimientos no se sostienen en ciudadanos conformistas. Y nosotros nos conformamos. Quizás la moda de elegir un caudillo y su capacidad de armar un gabinete para que ellos hicieran el trabajo; con asegurar que se protegiera el modelo económico (que trae, efectivamente, muchos beneficios) pero menospreciando el modelo institucional y social. Nos conformamos, en el mejor de los casos, con comprometernos por episodios temporales y luego dejar que otros hicieran ciudadanía por nosotros. Asumimos nuestro rol de emprendedores y consumidores, pero abandonamos el de ciudadanos. Criticamos desde fuera con vehemencia, pero fuimos indiferentes a entrar y criticar desde adentro. Quizás no solo les faltó humildad, generosidad y paciencia a nuestros líderes, sino a nosotros.

“ Asumimos nuestro rol de emprendedores y consumidores, pero abandonamos el de ciudadanos. Criticamos desde fuera con vehemencia, pero fuimos indiferentes a entrar y criticar desde adentro. Quizás no solo les faltó humildad, generosidad y paciencia a nuestros líderes, sino a nosotros ”

Apuntodeiniciar nuestrotercer siglo como república independiente, no necesitamos buenos candidatos ni gabinetes de lujo. Requerimos de movimientos que trasciendan individualidades y construyan iniciativas, plataformas y partidos libres de caudillos e intereses particulares, unidos por una visión compartida que sostenga su acción colectiva en el tiempo con convicción. Es precisamente eso lo que define a un movimiento social, según señala Jeff Goodwin, profesor de la New York University: “esfuerzos conscientes, concertados y sostenidos de la gente común para cambiar algunos aspectos fundamentales de su sociedad mediante el uso de medios extra-institucionales”. Su revisión de casos en la historia nos enseña que los cambios profundos no solo requieren del actuar valiente de héroes o líderes sino, sobre todo, del actuar colectivo consistente que pasa de un grupo diverso de ellos a instituciones trascendentes.

Hay tres características esenciales de un movimiento social. Primero, personas en unidad: un grupo amplio, diverso y creciente de hombres y mujeres, redes y organizaciones que se conocen, comparten y construyen juntos. Se trata de un equipo de pares para el servicio, no de un líder con seguidores a su servicio. Segundo, problema en comunidad: falencias y dolores estructurales de una sociedad que, antes de saltar a solucionarlos, debe propiciar un espacio de honra de los sentimientos de ira, frustración y dolor que estos nos generan a muchos. Es decir, un espacio seguro para transitar de la indignación a la inspiración en acción. Tercero, propósito en común: una visión inspiradora del futuro con vehículos concretos que conviertan el sueño en una realidad tangible. Ambos -visión y vehículos- deben ser construidos por muchos para ser compartidos por todos, con paciencia y tiempo.

Mientras que una moda es la decisión pasajera para tentar alguna mejora dirigida por un caudillo, un movimiento es la convicción firme de la impostergable necesidad de orquestar y concretar una

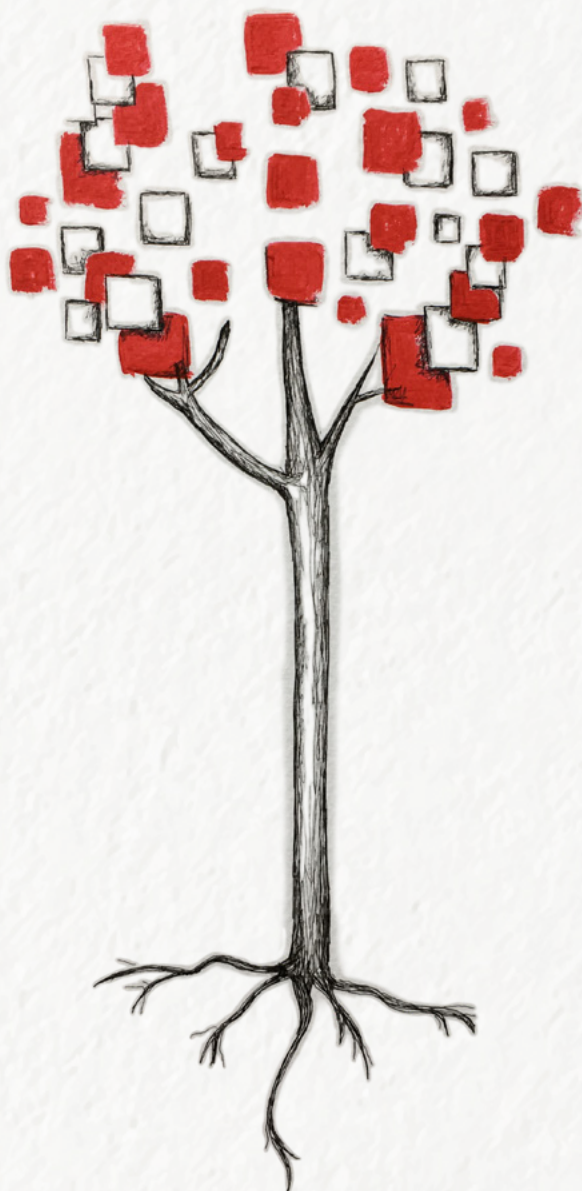
transformación social por parte de una colectividad organizada. Implica, por lo tanto, más humildad que ego, más paciencia que carisma, más desprendimiento que encumbramiento y más resiliencia que brillo.

No conozco el alma de nuestros últimos líderes políticos. Quizás quisieron construir dichos movimientos. Quizás el poder, efectivamente, lo corrompe todo y las movidas de corrupción, improvisación, confrontación e informalidad fueron demasiado difíciles de vencer. No podemos saberlo. Pero sobre lo que sí podemos responder es sobre nuestra persistente apuesta por caudillos y modas superficiales antes que por verdaderas transformaciones institucionales. Sí podemos retar a nuestra conciencia, a nuestra comunidad y entornos cercanos a preguntarnos con sinceridad si hemos sido consistentemente indiferentes a construir y ser parte de un movimiento liderado por ciudadanos.

Soy optimista al apreciar, en varios lugares del país, movidas educativas, culturales, deportivas y ciudadanas que me dan esperanza en el futuro. Hoy puede ser el momento histórico ideal para que no solo elijamos al candidato o candidata de moda como presidente o congresista, sino para exigirnos a nosotros, a cada uno de nosotros y nosotras, ser parte de un movimiento real que traiga justicia, libertad, desarrollo y unidad para nuestro amado Perú.

NACIXN INVISIBLE

Alex Hernández



Fui criada en una familia que respeta y valora todas las tradiciones típicas que la clase media celebra en nuestro país: la comida, Fiestas Patrias, panetón en Navidad, los feriados santos. Sin embargo, el orgullo patrio es algo que nunca entendí, incluso habiendo sido la chancona en las clases de Historia, aprendiendo sobre los héroes de guerra -siempre en masculino- que nos valieron una independencia ficticia, cargada de injusticias y desigualdad, hace 200 años.

El Perú es distinto para todas las personas que nacimos en su territorio: el Perú de los afroperuanos es distinto del Perú de los blancos; el Perú de quienes viven en situación de pobreza es distinto del Perú de los ricos; el Perú de las mujeres es distinto del Perú de los hombres; el Perú de las personas heterosexuales/cis es distinto del Perú de esos 1,8 millones de personas LGBTI que nacimos en el Perú.

Cada una de las condiciones que marcan nuestra identidad determinan la experiencia que tenemos en nuestro país: el color de piel, las capacidades y formas de nuestros cuerpos, la seguridad económica, la educación pública o particular, la orientación sexual, ser trans. Bajo la peruanidad se esconden muchas realidades -y distancias- que dejan a muchas personas en los márgenes de lo que nuestra constitución dice proteger: la vida, la identidad, la integridad moral, psíquica y física, el libre desarrollo y bienestar.

Vivimos así, en un continuo de violencias y privilegios de unas y de otros, atravesados por la celebración de una república que no termina de ser nación para quienes somos invisibles en las leyes, en la historia, en la salud y en la educación.

Ser *millennial* y saberte disidente en términos de orientación sexual e identidad de género en el Perú implica haberte reconocido gay, lesbiana, trans, intersex o bisexual -como es mi caso- en medio de una prensa que banaliza tu identidad o tu forma de amar; de

“ Muchas personas LGBTI no nos sentimos parte de un país incapaz de mirarnos a la cara, de reconocer su historia violenta, de cuestionar sus espacios de poder. Es un país donde no hemos podido participar de manera activa y en el que tampoco se ha discutido cómo garantizar y promover nuestros derechos fundamentales ”

poderes del Estado que se han negado a gobernar reconociendo tus vivencias; y de familias y escuelas violentas que te obligan a buscar una cura para lo que nunca fue enfermedad. Mi generación hereda un Perú de 200 años que arrastra un serio problema de identidad, lo que impacta en el bienestar de los peruanos y peruanas más vulnerables.

Creer LGBTI en el Perú es, inevitablemente, usar el clóset como estrategia de supervivencia. Es un espacio al que nos alientan a entrar de manera indirecta con comentarios, insultos, burlas y la promesa de nunca poder ser feliz. Casi como una cuarentena de vida, el clóset te ofrece seguridad pero también ansiedad, depresión y culpa. Salir de él implica exponerte al virus del odio y la discriminación.

Contra la cuarentena interior

La pandemia ha sido el escenario más terrible para volvernos visibles. Ante la declaración de una cuarentena obligatoria, las organizaciones y activistas trans comenzaron a alertar sobre la necesidad de medidas específicas para quienes viven y trabajan de manera precaria -o simplemente no pueden acceder al mercado formal- debido a la discriminación y al no reconocimiento de sus identidades.

Para muchas personas LGBTI, sobrevivir a la cuarentena implica depender de la caridad de quienes tienen más, un trabajo asegurado, riqueza acumulada, interés en hacer una distribución más justa de sus ingresos. Por ello, al iniciar la cuarentena varios activistas organizaron distintas acciones para recolectar donativos, siempre insuficientes para quienes no tienen un contacto, amigos, un colectivo u organización de referencia.

Ninguna de las medidas de respuesta del Ejecutivo ha llegado de manera efectiva a personas trans excepto, claro, aquella que

“ Sin un bicentenario que nos celebre y nos reconozca como parte fundamental de nuestra nación, estamos destinados a darle la espalda a niños, niñas y adolescentes que crecen condenados a una cuarentena crónica de la que solo podrán salir de la mano de una educación y políticas que promuevan -no solo incluyan- la diversidad sexual ”

indicó que la circulación dependía del sexo asignado al nacer y consignado en nuestro Documento Nacional de Identidad. Esta fue la excusa perfecta para que la transfobia fuera el criterio único para detener, humillar y maltratar a personas LGBTI. A pesar de algunas buenas intenciones, 200 años de prejuicios solo se combaten con trabajo activo, presupuesto y voluntad política.

La pandemia ha vuelto a poner en el escenario las brechas históricas de desigualdad en las que vivimos, especialmente aquellas ligadas al sistema de salud, educación y de trabajo. Para quienes no tenemos una identidad de género u orientación sexual “esperadas”, la garantía de nuestros derechos se vuelve un proceso violento, lo que nos condena a la precarización y a la desatención si no tenemos solvencia económica o no nos beneficiamos de ser percibidos dentro de los márgenes de la hegemonía del cuerpo y del color de piel.

A 200 años de república existen uniones y familias que aún no son reconocidas. Existen ciudadanos y ciudadanas que no son reconocidos por ser quienes son. Estos son peruanos y peruanas que no pueden desarrollarse de manera plena porque esta falta de normativas no son más que la cereza del pastel de la discriminación cotidiana que vivimos en las calles, en nuestros hogares y escuelas, en redes sociales, cuando exigimos justicia o cuando formamos vínculos.

Creo que por eso muchas personas LGBTI no nos sentimos parte de un país que no es capaz de mirarnos a la cara, de reconocer su historia violenta, de cuestionar sus espacios de poder. Es un país donde no hemos podido participar de manera activa y en el que tampoco se ha discutido cómo garantizar y promover nuestros derechos fundamentales.

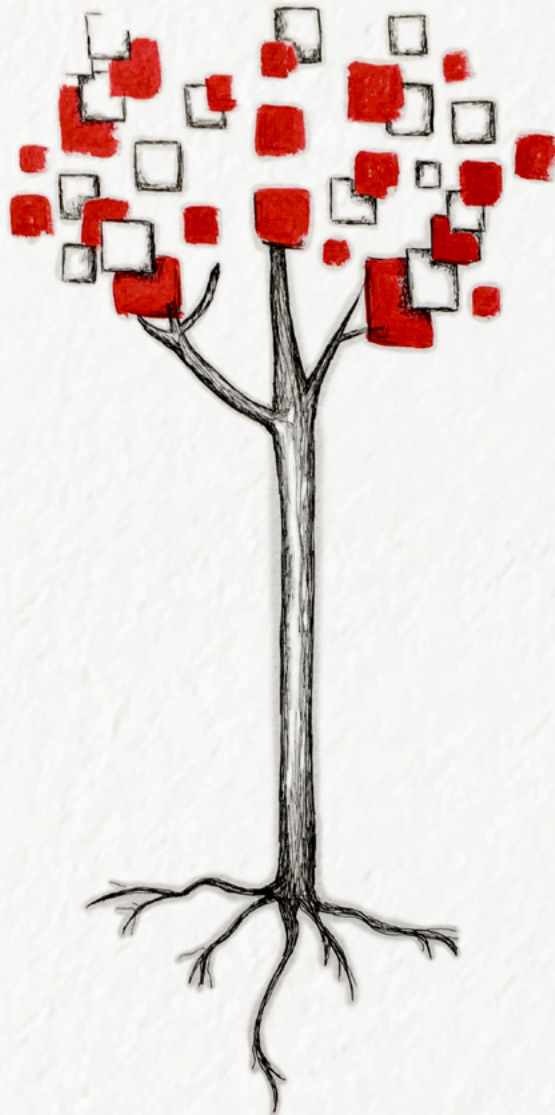
Hemos tenido que crear nuestra propia nación marica: un espacio de lucha, de marchas, de respuesta ante la discriminación, de

diversidad y disidencia. Es un espacio cuestionador, crítico, de muchas capas y contradicciones, que se niega a llamarse minoría porque esos casi dos millones de peruanas y peruanos solo representan a quienes somos visibles y alcanzamos la mayoría de edad.

Sin un bicentenario que nos celebre y nos reconozca como parte fundamental de nuestra nación, estamos destinados a darle la espalda a niños, niñas y adolescentes que crecen condenados a una cuarentena crónica de la que solo podrán salir de la mano de una educación y políticas que promuevan -no solo incluyan- la diversidad sexual.

EL PESIMISMO COMO OPORTUNIDAD

Eduardo Dargent



En estos días de pandemia se nos ha recordado más de una vez la sentencia de Jorge Basadre sobre las “dos fallas esenciales” del Perú que nos condujeron a la derrota en la guerra con Chile: el Estado empírico y el abismo social. Fallas que, de no ser solucionadas, llevarán con seguridad a nuevos fracasos. El Estado empírico, “inauténtico, frágil, corroído por impurezas y por anomalías”, es incapaz de ejercer su autoridad de forma efectiva y legítima. Innecesario machacar la validez del diagnóstico cuando observamos la dificultad de entregar ayudas, compras amañadas y un sistema de salud desbordado. El “abismo social” apunta a lo que Basadre denominaba el problema indígena, pero el diagnóstico es más amplio y aplicable a distintas formas de desigualdad: la ausencia de una comunidad capaz de creer que todos estamos en el mismo barco. También es ocioso resaltar la permanencia de esta deuda histórica cuando la desigualdad, de clase y étnica, es un determinante abrumador de enfermedad y muerte.

Ante este fracaso podemos atribuir, una vez más, la responsabilidad que demanda Basadre a los que nos gobernaron desde la independencia. Sobre todo, después de décadas en las que estas élites políticas y económicas cayeron en corruptelas escandalosas. Mirar a otros Estados con similares condiciones socioeconómicas resalta todavía más la tragedia nacional, pues muchos respondieron mejor al virus, incluso sin una bonanza tan amplia en años previos.

Solucionar ambas fallas sigue siendo, sin duda, nuestro principal reto nacional. Lo que quiero discutir en este ensayo es, aunque suene obvio, la titánica dificultad de superarlas. Enfrentar estas fallas no pasa por tratarlas como retos separados, sino reconocer que ambas están íntimamente ligadas y se nutren mutuamente. Este diagnóstico pesimista no busca deprimirlos ni inmovilizarlos, sino construir un sentido común que nos permita evaluar y

“Reducir el abismo social requiere fortalecer el Estado para hacerlo más autónomo y efectivo. Pero esa autonomía y efectividad deben enfocarse en combatir la desigualdad y construir capacidades para explotar oportunidades”

cuestionar, tanto a candidatos que buscarán vendernos soluciones rápidas como a quienes nos gobiernen.

¿Por qué están ligadas estas fallas? Diversos autores han resaltado cómo las bases económicas en las que se sostiene nuestra sociedad desigual son la causa de que hayamos construido un Estado empírico tras la independencia. Julio Cotler, Rosemary Thorp, Geoffrey Bertram, Maritza Paredes, James Mahoney o Marcus Kurtz han vinculado el sistema económico imperante de inicios de la república, centrado en la extracción de materias primas y la existencia de una mano de obra servil, con nuestra fallida construcción estatal. No tengo espacio para detallar cada una de estas teorías, pero en general resaltan cómo élites que defienden intereses vinculados a este tipo de actividades económicas se opondrán a proyectos de construcción de un Estado que gane autonomía, extraiga recursos propios y sea capaz de regular a las élites. Para colmo, los casos exitosos (o más exitosos, mejor dicho) de construcción estatal en la región se dieron hasta las primeras décadas del siglo XX: Chile, Costa Rica, Uruguay. Por diversas razones, construir un mejor Estado parece más complicado en nuestros días que en el pasado.

Por otro lado, sin un Estado fuerte será muy difícil enfrentar el abismo social. No solo por lo que sabemos bien: un mejor Estado tendrá mayor presencia en el territorio, construirá una institucionalidad efectiva, controlará actividades ilegales, reducirá la corrupción y brindará mejores servicios, todo lo cual es importante para construir una mejor sociedad. También porque, según una serie de trabajos recientes, empujar el desarrollo en el mundo contemporáneo requiere, precisamente, de un Estado capaz de construir capacidades en la población y reducir las diversas causas de desigualdad. Es decir, atacar efectiva y directamente el abismo social. Esas capacidades permitirán aprovechar mejor las oportunidades en un mundo donde los viejos modelos de desarrollo

“ La pandemia, por duro que suene, nos puede ayudar a tomar conciencia de estas urgencias y a actuar en la dirección correcta... El pesimismo de comprender nuestras limitadas oportunidades puede ayudar a ponerle realismo, urgencia y dirección a la esperanza ”

industrializador son ya imposibles. Un Estado, entonces, que invierte en su gente a la vez que observa pragmáticamente cómo promover posibilidades de desarrollo productivo que aumenten el empleo y bienestar.

Vemos así que el abismo social conspira contra un Estado fuerte, y a su vez la debilidad estatal perpetúa un abismo social que debemos enfrentar para promover el desarrollo. Un claro ejemplo de lo difícil que es romper estas tendencias estructurales se vio en el reciente *boom* de recursos minerales, cuando el país creció de forma superlativa. No es poco lo hecho en el Perú entre el 2003 y el 2015: tantos kilómetros de carreteras como en casi toda su historia previa, más y mejores programas sociales, inversión en escuelas y comisarías, entre otros. Criticar las fallas de lo que tenemos como institucionalidad requiere reconocer lo que se logró. Pero cualquier observador crítico verá el vaso más vacío que lleno: no se aprovechó la abundancia para reformar aspectos que permitirían un mejor Estado en épocas de vacas flacas. Varias voces alertaron en esos años de los límites del modelo, pues no se producían cambios que ayudarían al país a escapar de la trampa del ingreso medio. Y para colmo, como hoy sabemos, se volvió a robar a manos llenas.

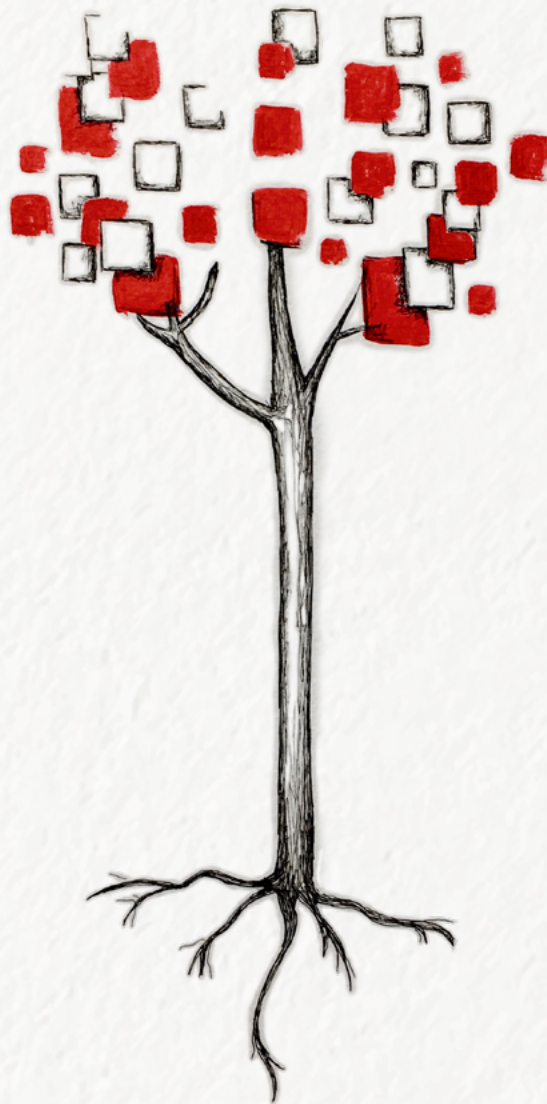
Reconocer la magnitud de nuestro reto histórico, entonces, pasa por comprender que debemos combatir ambas fallas a la vez. Reducir el abismo social requiere fortalecer el Estado para hacerlo más autónomo y efectivo. Pero esa autonomía y efectividad deben enfocarse en combatir la desigualdad y construir capacidades para explotar oportunidades. Técnica y política deben ser combinadas de forma tan virtuosa que nuestra situación actual hacen esta posibilidad muy poco probable.

Sin embargo, la pandemia, por duro que suene, nos puede ayudar a tomar conciencia de estas urgencias y a actuar en la dirección correcta. Al habernos mostrado estas dos fallas en

toda su magnitud, nos da una nueva oportunidad de politizarlas y exigir mejores respuestas. De ese Shock histórico puede salir una mejor política que resalte lo difícil del camino y que demande, respetando las diferencias, una agenda de reforma tan profunda como prudente. El pesimismo de comprender nuestras limitadas oportunidades puede ayudar a ponerle realismo, urgencia y dirección a la esperanza.

FELIZ NO CUMPLEAÑOS, PERÚ

Daniel Amaru Silva



Hace varios años que no festejo mi cumpleaños. O, en todo caso, hace varios años que no festejo cumplir años. De niño la pasaba bien, comiendo torta y rompiendo piñatas. Pero, durante la adolescencia, solo estuve esperando el número dieciocho. Y, después de convertirme legalmente en un adulto, dejé de tenerlos en cuenta. Tanto los míos como los de las demás personas. Esto ha sucedido por dos razones.

Primero, porque no me gusta que mis pensamientos o emociones dependan de una fecha. Entiendo que, hasta cierto punto, es inevitable, pero hago lo posible para que no sea así. Quiero que mis pensamientos y mis emociones provengan de mí y no de un calendario. Por eso, trato de festejar solamente cuando tengo algo que festejar. Nunca celebro porque eso es lo que me marca la fecha. De hecho, me da miedo pensar que las fechas nos pueden manipular a su conveniencia. Me da miedo que una fecha pueda alegrarnos o entristecernos.

La otra razón por la cual no festejo los cumpleaños es porque no los entiendo. O sea, no entiendo qué es exactamente lo que se celebra. ¿Que estamos vivos? O, lo mismo en otras palabras, ¿celebramos que no estamos muertos? Lo entiendo, pero me parece que eso habría que celebrarlo todos los días. La vida se merece mucho más que un solo cumpleaños. La vida se merece varias celebraciones de "no cumpleaños".

En *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, Humpty Dumpty dice:

- A ver: ¿cuántos días tiene el año?
- Trescientos sesenta y cinco- respondió Alicia.
- ¿Y cuántos días de cumpleaños tienes tú?
- Uno.
- Bueno, pues si le restas uno a esos trescientos sesenta y cinco días, ¿cuántos te quedan?

- Trescientos sesenta y cuatro, naturalmente.
- Hay trescientos sesenta y cuatro días para recibir regalos de “no cumpleaños”...
- Desde luego- asintió Alicia.
- ¡Y solo uno para regalos de cumpleaños! Ya ves. ¡Te has cubierto de gloria!

Me parece que el cumpleaños le quita importancia a los otros trescientos sesenta y cuatro días. No debería ser así, pero percibo que tiende a suceder de esa manera. Aparece gente que casi nunca ves, te dicen cosas que casi nunca te dicen y luego desaparecen, tan rápido como aparecieron. Hay muchos deseos esperanzadores y demasiadas palabras positivas, pero casi nada se sostiene al día siguiente. Eso es lo peligroso. O lo triste. A veces, hasta me dan ganas de prohibir los cumpleaños para que así podamos dedicarle más esfuerzo a celebrar nuestros “no cumpleaños”.

Entiendo que se celebren los nacimientos, eso sí. La maravilla de las células organizadas y del proceso evolutivo. Lo increíble que resulta la aparición de una vida que, hace solo unos meses, no existía. La infinitud de posibilidades que esa nueva vida puede significar para el mundo que la rodea. Pero no entiendo por qué, luego, se sigue celebrando el aniversario de ese nacimiento. Así sea el primer aniversario o el décimo. Así sea el aniversario número cincuenta o el número doscientos.

El único cumpleaños cuya celebración entiendo es el número cero. Aunque no es realmente un cumpleaños, ¿no? Porque estos implican que pasan los años. Y ese es otro problema que encuentro: no veo motivo de celebración en cumplir un año más. Me hace sentir que, simplemente, festejamos el paso del tiempo. Eso es como celebrar que la gravedad atrae los objetos hacia el suelo. O que el fuego quema lo que toca. Si no celebramos la gravedad o el fuego, ¿por qué sí celebramos el tiempo?

“ El Perú quiere celebrar su cumpleaños número doscientos y estamos invitados a la fiesta. Valoremos que sigue vivo. Que no está muerto. Celebremos que nació. Pasemos por los rituales, agradezcamos, recordemos y conmemoremos. Reunámonos y alegrémonos. Pero siempre con una reflexión sincera de por medio ”

He apuntado los distintos motivos que he escuchado y observado. Y, de hecho, estoy de acuerdo con todos. El cumpleaños es un lindo ritual simbólico. Es una excelente ocasión para agradecer. Nos sirve para recordar y conmemorar. Es una buena excusa para reunirnos y alegrarnos. Pero lo simbólico puede darse cualquier día. El agradecimiento también. La memoria hay que ejercitarla constantemente. Lo mismo hay que hacer con el respeto. Y no deberíamos necesitar excusas para reunirnos. Menos para alegrarnos.

La verdad es que las canciones se pueden cantar en cualquier momento. Y los regalos se pueden dar cuando el deseo lo motive (y cuando el bolsillo lo permita). El cumpleaños es una tradición innecesaria. Entiendo que una vez al año es mejor que nada. Pero también entiendo que una vez al año también es casi igual a nada. He ahí el peligro. Dejemos de enfocarnos en los cumpleaños, habiendo tantos "no cumpleaños". Una fecha es solamente eso: una fecha.

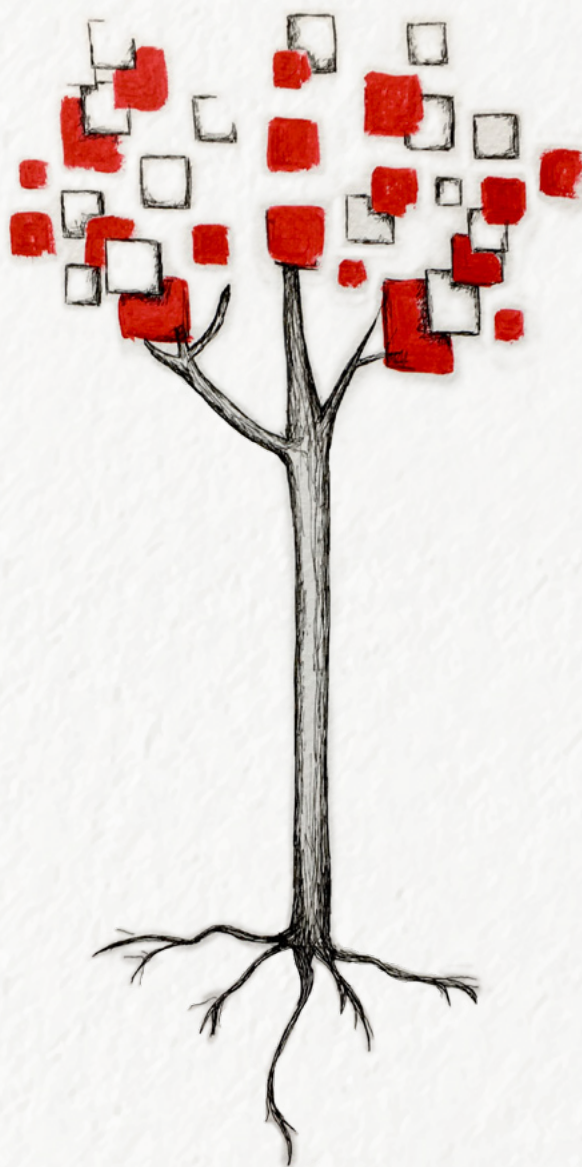
Aunque una fecha no debe obligarnos a celebrar nada, sí puede motivarnos a reflexionar y tratar de formarnos una opinión. Quizás, hasta puede ayudarnos a trazarnos un plan. Porque las fechas siempre nos ubican en un "ahora", son una marca entre un antes ya vivido y un después que aún tocará vivir. Agarrándonos de una fecha, podemos mirar hacia atrás y hacia adelante. Podemos ver si estamos como quisiéramos estar. Si somos como queremos ser. Podemos aprovechar para mirarnos con sinceridad, desde el hoy. Y, sin duda, vamos a encontrar varias cosas para celebrar. Pero la reflexión solo es sincera si apunta, también, a encontrar elementos para mejorar y corregir.

El Perú quiere celebrar su cumpleaños número doscientos y estamos invitados a la fiesta. Valoremos que sigue vivo. Que no está muerto. Celebremos que nació. Pasemos por los rituales, agradezcamos, recordemos y conmemoremos. Reunámonos

y alegrémonos. Pero siempre con una reflexión sincera de por medio. Tenemos la libertad de festejar lo que queremos festejar (o no). Y eso puede ser cada hora, cada día, cada semana, cada mes o cada año. Celebremos, si tenemos algo que celebrar. Pero no lo hagamos si al día siguiente nos vamos a olvidar. El país es una cuestión de todos los días, no de algunas fechas. Si he confirmado algo durante la cuarentena, es eso: todos los días son importantes.

CARTA A MI PADRE

Danny Inukkuq



Lima, 28 de julio del 2020

Querido padre:

Espero que al recibir la presente te encuentres mejorando en tu salud. No sé seguirás en la Comunidad Nativa de Wawaim (Cenepa) o en Tampe-Napuruka (distrito de Nieva), pero quiero que estés bien. No estás solo, la cadena de solidaridad ha permitido que muchas personas que no sabían de ti puedan enviar mensajes de preocupación y apoyos para tu salud por tu historia, esfuerzo y compromiso, que muchos conocen y otros han olvidado. Así es la historia, llega y se va, creemos que todo es un inicio pero hay una trocha ya trazada. Ese monte bosquesino creció y nos toca ahora mejorar o hacer una nueva trocha, porque los tiempos cambian pero muchos de sus problemas son recurrentes.

Te cuento que en el mes de junio nos avisaron que estabas delicado de salud, débil y con fiebre en Tampe. La comunicación es difícil porque no hay cobertura telefónica ni internet. El teléfono Gilat que está instalado ya no funciona, ni ahí ni en ninguna comunidad, debido a la no renovación de contrato a nivel nacional. Es lo que tengo entendido, y solo ha quedado el monumento a la comunicación sin efecto. Solo algunos profesores tienen internet de manera particular y la vienen pagando mensualmente, por eso es que luego de tener esa información logramos conocer tu estado de salud. Felizmente pudimos enviarte medicamentos con anticipación, para que los utilices dependiendo de la gravedad que pudieras tener. En un papel, mi hermanos Eduardo y Glenn anotaron algunas indicaciones para que tengas en cuenta.

Para tu tranquilidad, nosotros en Lima estamos procurando no salir desde la quincena de marzo, cuando se declaró la emergencia por la pandemia. Los mercados y centros comerciales se saturaron

de personas que hacían colas inmensas para ingresar y comprar menestras, verduras y carnes pero, sobre todo, gran cantidad de papel higiénico. Realmente, el caos fue algo generalizado. Mi madre no sale para nada, la estamos cuidando y es por su bien y seguridad. Nosotros, de igual manera, vamos a la tienda o al mercado bien protegidos. Al inicio de la pandemia sí se generó especulación y alza de los precios, pero ya la situación se ha regularizado. En fin, siempre hay personas que quieren sacar provecho ante las crisis, pero también es cierto que muchas tienen trabajos “informales” y se ven forzadas a generar un ingreso para tener algo que comer en sus hogares. La situación es compleja y nada sencilla.

Una medida que se estableció fue el toque de queda, que se decretó con horarios restringidos para transitar y teniendo en cuenta que solo un familiar -el menos vulnerable- podía salir a realizar las compras debidamente protegido con una mascarilla, ya sea a la farmacia, al mercado o algún trámite en los bancos. Si se tratase de una emergencia de salud, la restricción es flexible y se podrá acudir a un hospital. Los casos sanitarios, desde fines de marzo y en el mes de abril, ya estaban llegando a un nivel de falta de camas y de respiradores mecánicos. Los teléfonos 106 y 113 sonaban, pero era muy difícil tomar contacto con alguien ante alguna emergencia o para señalar algún síntoma que pudiera dar sospecha de ser un caso de COVID-19.

Otra situación que ha venido ocurriendo es que los casos de salud ajenos a este virus seguían llegando; niñas gemelas con el intestino fuera, bebés con ano imperforado o pacientes de algún pueblo indígena que están desde el año 2019 llevando un tratamiento o a la espera de una operación que la pandemia ha hecho retrasar. Sumado a ello está lo que implica buscar alojamiento y qué comer por parte de los familiares cuando no les permiten quedarse en el hospital por estar en un área UCI o por la misma pandemia.

“ En las últimas semanas hemos tenido las muertes de Arturo Kinin, Gerardo Shimpukat, Santiago Manuin, Eduardo Weepiu, Sabino Petsa, Francisco Quiaco y Francisco Juwao. A todos ellos los conocí desde niño y sé la valía que representan al colectivo como pueblo indígena awajún que somos. A ellos se suman muchos más, pero dependerá de todos nosotros no olvidarnos y perennizar su legado ”

Si hablamos de morir, en esta época es otra situación. Resolver el costo del ataúd (el pago es en efectivo), el mismo que luego de algunos meses será reembolsado, es uno de los mismos problemas que había antes pero exponenciados e invisibilizados por la COVID-19, que no solo es el enemigo invisible sino que distrae, agobia e invisibiliza las otras emergencias y necesidades de salud.

En mi caso, particularmente, desde la segunda quincena del mes de marzo ya no asistimos a trabajar al Ministerio de Cultura (Mincul). Estamos realizando trabajo remoto desde nuestros hogares, sosteniendo reuniones vía Zoom y coordinaciones por Whatsapp, así como por correo electrónico. Es la nueva dinámica que nos lleva a utilizar estas herramientas y continuar los trabajos pendientes. Desde fines de mayo me tocó ir a la comunidad shipiba de Cantagallo, ubicada en el distrito del Rímac, a la altura del Mercado de Flores en la vía de Evitamiento, al costado de Setame y del centro comercial ferretero. Sucede que se realizaron pruebas rápidas a las familias de Cantagallo y se obtuvo como resultado que alrededor del 80% eran positivas, por lo que se tomaron medidas por parte de Minsa y Diris Norte, con el involucramiento del Ministerio de Cultura *in situ*, para evitar que los casos críticos colapsaran y sean atendidos oportunamente, pues ya se han conocido tres casos de personas que presuntamente fallecieron de COVID-19. Por eso, desde fines de mayo hasta fines de junio hemos estado todos los días en Cantagallo desde las 8:30 am hasta las 5:00 pm. La idea es que los apoyos de los diferentes sectores y colectivos puedan canalizarse a través del Mincul, y en este caso soy yo quien estará coordinando con los dirigentes de las asociaciones shipibas de Cantagallo.

Una primera medida que se tomó fue cercar el espacio con vallas de metal y poner efectivos militares y policiales para resguardar a la población de Cantagallo. Esta medida fue saludada por la gran mayoría, pero otros la tomaron mal, como una intervención

que afectaría sus derechos cuando eso no fue así. Justamente, mi presencia como sector Cultura fue para coordinar que la cuarentena fuera llevada de la mejor manera y que se atendieran los problemas que iban surgiendo en el camino, desde cobro de bonos, embarazos, partos, conflictos internos, situaciones de consumo de alcohol e incumplimiento del toque de queda, así como el cuidado que deben tener. He concluido que Cantagallo tiene los mismos defectos y virtudes, vicios, ilusiones y postergaciones de compromisos como la construcción de sus viviendas después del incendio de noviembre del 2016, el cual pude asistir. En ese momento también nos unimos para hacerla renacer, porque un segundo renacimiento es lo que se vive ahora.

El apoyo a Cantagallo ha sido solidario, masivo, constante y, sobre todo, ordenado y transparente. Normalmente, en tiempos precovid se daban bolsas de víveres y se hacían colas que se congestionaban, lo cual en tiempos de pandemia ya no debe suceder. Logramos gestionar con la Municipalidad de Lima que se ubicara una carpa para almacenar todas las donaciones, así como baños ecológicos y una carpa para que los médicos y profesionales de salud atendieran a la población. En los casos en los que estuvieran imposibilitados de acercarse, el equipo de salud se acercaría; y si la situación escalaba, también estaba la posibilidad de que los pacientes pudieran ser trasladados a un hospital o a la Villa Panamericana. Esta última propuesta no fue bien recibida por la población de Cantagallo debido a la desconfianza y temor. Ellos señalan que se vienen tratando con sus plantas medicinales, como matico, eucalipto, kion, ajo, limón y miel de abeja. Vienen realizando vaporizaciones y preparados, con los cuales han venido defendiéndose contra el enemigo invisible.

A pesar de estar recibiendo víveres de manera constante, una gran preocupación en Cantagallo al inicio de la pandemia fue que muchos de ellos han perdido sus trabajos, ya no pueden realizar sus ventas o transitar como normalmente lo hacían. Es el caso,

“ No tengamos miedo a la COVID-19. Tengamos miedo a la exclusión y a la corrupción porque son la muerte lenta en la que hemos vivido y debemos desterrarlas ahora o nunca... Si es en el próximo bicentenario, que así sea. Pero que sea real esa nueva trocha hacia una ciudadanía intercultural vigente, sin ser reconocidos como minorías sino como ciudadanos ejerciendo nuestros derechos ”

principalmente, de las mujeres artesanas shipibas y los pintores shipibos. Desde el Ministerio de Cultura hemos canalizado para que se incorporen en la tienda virtual de Ruraq Maki con sus artesanías y obras de arte, y estaremos a la expectativa de cómo viene dándose esta nueva posibilidad de generar ingresos, ya que el arte ha servido en la educación y en la alimentación de las familias como principal herramienta de lucha contra la pobreza. Su conocimiento ancestral sigue vigente y ninguna pandemia la desaparecerá. Incluso, ya están a la venta las mascarillas con diseño kené.

En esta “nueva normalidad”, el pueblo shipibo asumió el reto de adaptarse y afrontarla. A pesar de ello, no podemos bajar la guardia. Algunos creen que son inmortales y ya no están usando las mascarillas que donamos, y eso me preocupa. Debemos seguir reforzando los mensajes porque ahora me toca estar viajando más continuamente a Condorcanqui y Bagua para articular esfuerzos en la atención de salud frente a la pandemia que nos golpea cada día. En las últimas semanas hemos tenido las muertes de Arturo Kinin, Gerardo Shimpukat, Santiago Manuin, Eduardo Weepiu, Sabino Petsa, Francisco Quiaco y Francisco Juwao. A todos ellos los conocí desde niño, compartí almuerzos, reuniones y sé la valía que representan al colectivo como pueblo indígena awajún que somos. A ellos se suman muchos más que siguen cayendo, pero dependerá de todos nosotros no olvidarnos y perennizar su legado.

Luego de estos dos meses de permanencia en Cantagallo, he corroborado que la articulación interinstitucional es lo más frágil y débil que tenemos desde el Ejecutivo. Pero eso se puede revertir teniendo voluntad, capacidad de gestión, liderazgo y los recursos (plata). Como sociedad tampoco estamos ajenos a ello y he visto salir lo mejor de uno, el espíritu solidario, pero también lo peor: egoísmo, violencia y corrupción en tiempos de necesidad, vidas que se ahogan no solo por oxígeno sino, sobre todo, por una deuda histórica que se convierte en un cáncer enquistado que no fue

extraído, cauterizado ni atendido. Venimos viviendo históricamente no solo el olvido, sino el desinterés o falta de priorización, o quizás no somos considerados un bolsón electoral para algunos.

El Estado en todos sus niveles y la sociedad nos han tenido en aislamiento social, poniéndonos en una situación de inequidad, exclusión y postergación. Los pueblos indígenas aparecemos o somos noticia de manera coyuntural, como Saweto (titulación de tierras); Mayuriaga (derrame de petróleo); Santa Rosa (derrame de petróleo); Hospital Santa María de Nieva (muerte de exministro de Defensa); Wayampiak (helicóptero caído); Monte Salvado (aparición de pueblos en aislamiento y contacto inicial); Cantagallo (incendio y pandemia COVID-19). Y así podemos enumerar muchas más.

Papá, espero que nos veamos pronto, poder abrazarte y decirte lo mucho que te quiero y extraño. A pesar de esta situación crítica te puedo asegurar que hay personas que, desde diferentes trincheras -funcionarios, estudiantes, profesionales independientes, hombres y mujeres de distinta condición social, económica, política y religiosa- se han permitido mirar más allá de su metro cuadrado, de su burbuja, y se han visto reconocidas, identificadas o simplemente quieren devolver alguna experiencia en territorios indígenas. La gratitud, la solidaridad y la reciprocidad sí existen. Están vivas y vigentes, solo hay que despertarnos de ese sueño profundo de comodidad y de ese insomnio de indiferencia.

No tengamos miedo a la COVID-19. Tengamos miedo a la exclusión y a la corrupción porque son la muerte lenta en la que hemos vivido y debemos desterrarlas ahora o nunca.

Que el Ajutap nos proteja e ilumine para que las actuales y nuevas generaciones recordemos y tengamos siempre memoria. Lo nuevo no es nuevo, se repite a lo largo de la historia y dependerá de la sociedad diversa hacer un real pacto en el que todos y todas nos reconozcamos con nuestras diferencias, que son el potencial para

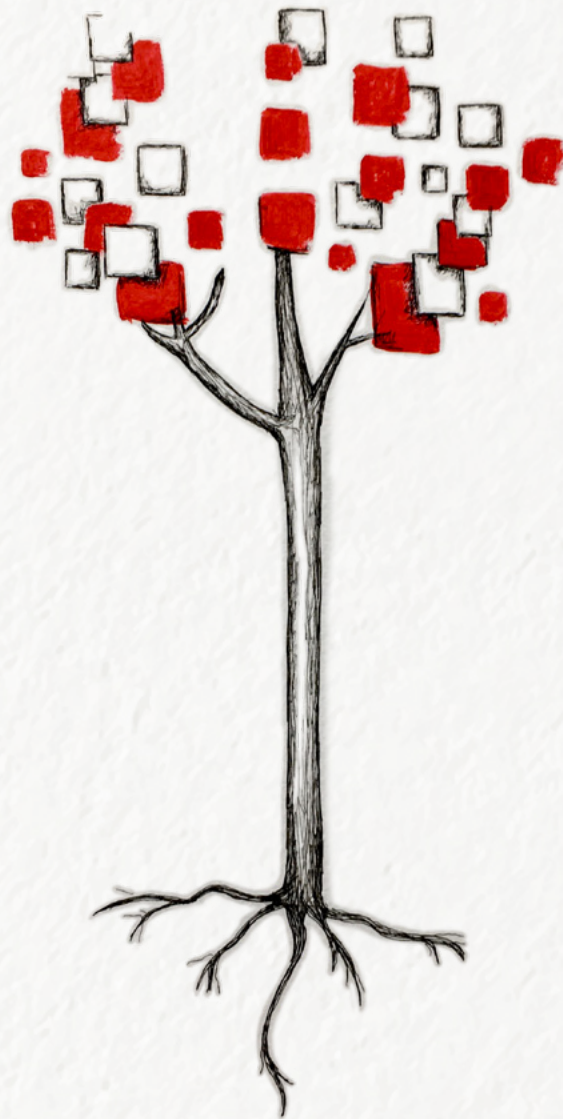
resolver los grandes problemas, cerrar y desaparecer brechas. Si es en el próximo bicentenario, que así sea. Pero que sea real esa nueva trocha hacia una ciudadanía intercultural vigente, sin ser reconocidos como minorías sino como ciudadanos ejerciendo nuestros derechos.

Tu hijo,

Danny Nugkuag Cabrera

HACIA UN NUEVO CONTRATO SOCIAL

José Carlos Saavedra



El bicentenario, al cual llegaremos tras una de las peores crisis que ha vivido el país en su historia republicana, nos obliga a tomar conciencia de dónde estamos y hacia dónde queremos ir como sociedad. Las crisis, por definición, son momentos disruptivos y suelen ser hitos clave de los procesos de cambio. Por eso, hoy nos encontramos ante un momento de quiebre, muy doloroso y traumático, pero que también se configura como una oportunidad para reconstruir, desde acuerdos mínimos, a partir de lo que funciona y mejorando lo que no.

Durante los recientes 30 años se logró impulsar el crecimiento económico y mejorar las condiciones de vida de millones de peruanos, reconstruyendo la economía desde los escombros dejados por la crisis de finales de los años 80. Logramos el ciclo más largo de crecimiento de los últimos 100 años, una economía pujante y una de las inflaciones más bajas de América Latina. Sin embargo, tales mejoras no fueron integrales. El esfuerzo y el ingenio sirvieron para salir adelante, pero tanto o más el lugar de nacimiento, la lengua materna, la educación de los padres, el apellido o el color de piel.

Se podría decir que nos “vacunamos” bien contra algunos males del pasado muy nocivos. Luego del desastre de los 80, nos protegimos de la irresponsabilidad en el manejo del presupuesto público, poniendo límites a lo que puede hacer el Estado. Después de la crisis de los países emergentes de 1998 –que redujo a la mitad el número de bancos–, se fortaleció el sistema financiero; y en los 2000 reforzamos la apertura económica con tratados de libre comercio frente a las presiones proteccionistas y mercantilistas de algunos sectores empresariales. Todos estos esfuerzos dieron frutos: entre el 2005 y el 2019, 10 millones de peruanos salieron de la pobreza, el salario promedio se duplicó, el presupuesto público se multiplicó por más de tres y la mortalidad infantil bajó de 24 a 15 por cada mil niños menores a un año.

“ Esta es la oportunidad para que el sector empresarial deje el silencio cómplice y asuma como suyas causas justas e importantes para la ciudadanía como la equidad, la inclusión, el cuidado del medio ambiente, la seguridad ciudadana o la lucha contra la corrupción ”

Para lograr esas “vacunas” nos apoyamos en el libre mercado y desarrollamos instituciones muy sólidas como el Banco Central o la Superintendencia de Banca y Seguros, las cuales nos permitieron crecer con estabilidad macroeconómica. Sin embargo, no fuimos igual de eficaces para formar instituciones que permitieran atender las necesidades más básicas de los vulnerables o que los protegieran frente a los riesgos más cotidianos: una enfermedad, un desastre natural, la delincuencia, la pérdida de empleo o la falta de ingresos durante la vejez.

Crecimos, pero arrastrando desigualdades económicas y sociales inaceptables. Si bien la desigualdad de los ingresos laborales disminuyó durante los últimos años, el 10% de la población aún concentra el 34% de los salarios. Esto no toma en cuenta la concentración de activos ni las rentas que estos generan, ni la enorme desigualdad en el acceso a servicios públicos como la educación, la salud, la justicia y la seguridad. Por ejemplo, el porcentaje de alumnos urbanos de segundo grado de secundaria que logra un nivel satisfactorio en comprensión lectora es seis veces mayor al observado en alumnos de zonas rurales.

Esas cifras dan cuenta de un desbalance en nuestro contrato social y de la necesidad de mejorarlo. Es importante mantener el libre mercado, la seguridad jurídica e instituciones sólidas para asegurar que la producción, el empleo y los ingresos sigan creciendo. Pero eso debe ser complementado con un rol más efectivo del Estado y del sector empresarial para asegurar que dicho crecimiento genere el máximo de bienestar en la población. Con el camino recorrido durante las últimas tres décadas ganamos eficiencia y sostenibilidad financiera, pero ya es momento de sumar equidad y legitimidad social.

Hay, al menos, tres ámbitos que requieren de un mejor balance entre el sector privado, el Estado y la sociedad civil:

“ No podemos tener un sistema político sin partidos, sin rendimiento de cuentas ni filtros pertinentes, que no permite atender adecuadamente las demandas ciudadanas. Es clave que la representación política sea plural e inclusiva para asegurar que las políticas públicas respondan al bien común y no a intereses particulares que generen rentas a costa de la población sin voz ”

Primero, no podemos tener un capitalismo convenientemente a medias. El mercantilismo, los monopolios, carteles u otras prácticas anticompetitivas son tan dañinas para el crecimiento y la equidad como lo es tener un impuesto mal diseñado o un proceso inflacionario. Sin embargo, cuando se sabe de una mala práctica empresarial no tenemos la misma solidez de instituciones para evitarla ni la misma intensidad de reclamos desde el sector privado.

La población exige que las empresas hagan mucho más que crear empleos y pagar impuestos. Por eso, esta es la oportunidad para que el sector empresarial deje el silencio cómplice y asuma como suyas causas justas e importantes para la ciudadanía como la equidad, la inclusión, el cuidado del medio ambiente, la seguridad ciudadana o la lucha contra la corrupción. No es sostenible tener un sector empresarial financieramente sólido pero desprestigiado frente a la población, que considera que 7 de cada 10 empresarios son corruptos.

Segundo, no podemos tener un Estado injustamente desproporcional a las necesidades de la ciudadanía. Es gigante en burocracia para fiscalizar a los que cumplen con las normas y atemorizar al buen funcionario público que quiere usar el sentido común en beneficio de la gente, pero es diminuto e ineficiente cuando se trata de asegurar la meritocracia y que los servicios públicos lleguen con la calidad adecuada.

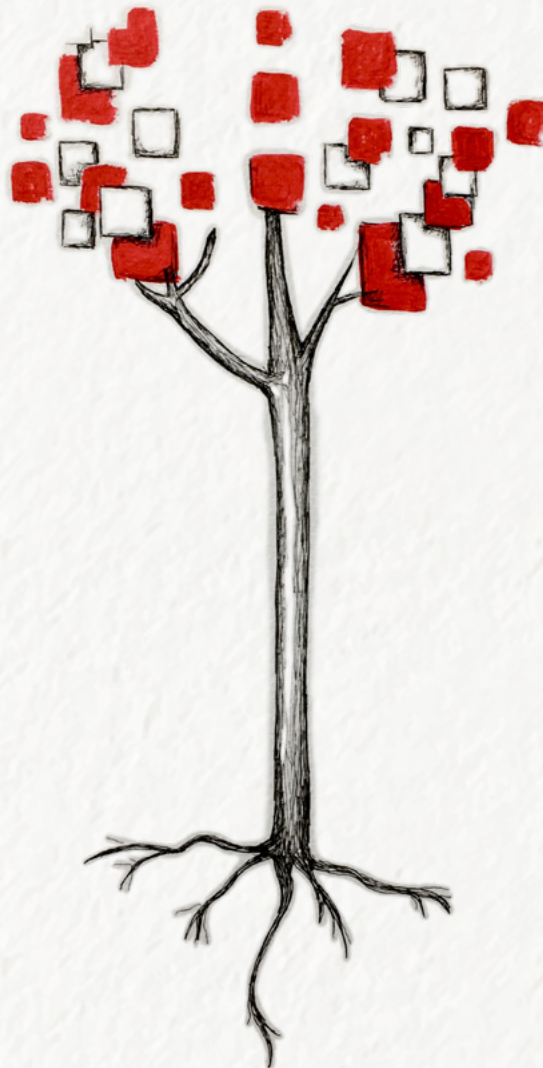
El Estado tendrá que mejorar significativamente el sistema de protección social y los servicios públicos clave que permitan igualar oportunidades. Al 2020 llegamos como uno de los países con la macroeconomía más sólida, pero también con uno de los sistemas más precarios de salud y serios problemas de gestión que lo hicieron incapaz de aprovechar los abundantes recursos para proteger a la población de una crisis sanitaria.

Tercero, no podemos tener un sistema político sin partidos, sin rendimiento de cuentas ni filtros apropiados, que no permite canalizar ni atender adecuadamente las demandas ciudadanas. Es clave que la representación política sea plural e inclusiva para asegurar que las políticas públicas respondan al bien común y no a intereses particulares que generen rentas a costa de la población sin voz.

Así, la crisis generada por la COVID-19 y el bicentenario de la república nos confrontan como sociedad. En un año vamos a retroceder una década de logros sociales y lo que tenemos al frente, una vez más en nuestra historia, es un reto enorme de reconstrucción. Construyamos una sociedad mejor de la que tuvimos.

TRANSGREDIR OTRAS FRONTERAS PARA VIAJAR JUNTOS

Adriana Urutia



Toda idea de país se construye sobre la base, imaginada y defendida, de la existencia de sus fronteras como delimitación de su unicidad. El Perú firmó por última vez un tratado de demarcación fronteriza hace solo 22 años, en 1998. Las fronteras constituyen ese primer vínculo nacional con el territorio que resguardamos y al que pertenecemos: somos el espacio que no pertenece a otros. Nuestra definición territorial parte de aquello que no es, un negativo espacial.

Pero en nuestro país, hoy, las fronteras son más complejas y son internas. Son aquellas invisibles que hemos trazado socialmente como consecuencia de una diversidad no celebrada sino, más bien, temida. Esas fronteras son territoriales: persisten los conflictos por demarcación distrital². Son físicas: muros y rejas construidos en la megaurbe limeña y en grandes ciudades del país. Son económicas: 1 de cada 5 peruanos es pobre³. Son raciales y culturales: más del 55% de la población considera que hay discriminación hacia afrodescendientes, quechuas, aymaras, indígenas y nativos de la Amazonía⁴. Y también son psicológicas: 1 de cada 5 peruanos adultos sufre de algún trastorno de salud mental, siendo la ansiedad y la depresión los principales problemas, seguidos del consumo de alcohol⁵.

Ser peruano es ubicarse en la intersección de las múltiples barreras socialmente construidas e institucionalizadas a lo largo de la vida republicana.

2 Según la Defensoría del Pueblo, al mes de mayo del 2020, 4 conflictos de 189 reportados estaban asociados a la demarcación territorial, aunque la cifra asciende a más de 50 cuando se reportan estos conflictos desde la PCM.

3 INEI, 2020.

4 I Encuesta Nacional "Percepciones Y Actitudes Sobre Diversidad Cultural Y Discriminación Étnico-Racial".

5 Estudio Epidemiológico del Instituto Nacional de Salud Mental.

“ Los jóvenes que transitan de múltiples formas ahora son más vulnerables frente a las consecuencias de la COVID-19. Se estima que casi el 30% de ellos perdió su empleo tras la pandemia, siendo los más afectados los que no poseen estudios superiores ”

Las fronteras no solo tienen que ver con la pertenencia, sino con el acceso a un conjunto de servicios que deberían ser, a 200 años de nuestra vida independiente, derechos básicos que el Estado es capaz de retribuir. La principal frontera para acceder a servicios públicos es inicialmente geográfica, la que ahora permite trazar la línea para la capacidad de intervención del Estado entre el ámbito urbano y rural. Para dar una idea, 1 de cada 5 viviendas rurales no cuenta con ningún servicio básico⁶.

Todas estas fronteras se han exacerbado con la llegada de la pandemia al país y han creado nuevas demarcaciones que responden a necesidades sanitarias: las comunidades indígenas protegiéndose del virus, los territorios urbanos de mayor afectación frente a aquellos de menor afectación, fronteras de edad, fronteras entre personas con prevalencias.

Todo eso hace de las fronteras normas invisibles que han institucionalizado la fragmentación nacional. Para renovar la idea de país es necesario que estas no dividan, sino recorran nuestras complejidades. Así como generan instituciones, también deben recoger dinámicas y reconfigurarse para generar nuevas identidades a partir de los múltiples movimientos de los peruanos y, en particular, de la generación de peruanos que serán jóvenes en la celebración del bicentenario.

Los movimientos laborales son los más numerosos. Hoy por hoy, muchos ciudadanos tienen una doble presencia: habitan más de un lugar, deconstruyen fronteras. Representantes de esa doble presencia son los trabajadores entre 15 y 29 años. Ellos están deconstruyendo la frontera urbano rural, dibujando un vaivén con sus idas y venidas entre su comunidad de origen y espacios urbanos donde acumulan capital territorial que les permite acceder

6 Urrutia, C y Trivelli, C. Lima, Juventud rural en el Perú: lo que nos dice el Censo 2017, IEP, 2019, Documento de Trabajo, 257. Estudios sobre el desarrollo, 32.

“ Para acompañar los viajes de quienes van a construir el futuro del país, es necesario entender que la emancipación se gesta en los tránsitos y movimientos, que las fronteras deben derribarse o atravesarse y que la sociedad precisa ser cuestionada desde sus cimientos, acompañando dinámicas locales que deben reconocerse a nivel nacional ”

a nuevas oportunidades. También derriban fronteras territoriales al buscar insertarse en dinámicas económicas que traspasan los límites de una región. Jóvenes que transitan desde Satipo, en la selva de Junín, hacia Sepahua, en Ucayali, para luego irse hasta la Convención, en Cusco, porque es en ese corredor económico en el que encontrarán nuevas oportunidades de trabajo⁷. Lo hacen entre múltiples vaivenes territoriales que resignifican el vínculo con el territorio⁸.

Hay jóvenes que también transitan las fronteras de las diferentes economías⁹, entre la informal, la formal y la delictiva.

Recorren las fronteras urbanas, por ejemplo, desde los márgenes de la megaurbe limeña hacia esa zona céntrica que ofrece servicios educativos para acceder al capital humano y social que les permitirá diseñar futuros distintos, al ser los primeros integrantes de sus familias en ir a la universidad. La misma dinámica ocurre entre las capitales regionales y las ciudades intermedias o menores en otras regiones.

En esos tránsitos se generan nuevas identidades, múltiples y dinámicas. Entre otras, las dinámicas culturales resignificadas desde su práctica urbana, como el movimiento musical urbano que se origina en la música quechua, afro o cumbia.

También existen migraciones y viajes más individuales, como el de aquellos jóvenes que transitan entre un género y otro. Se estima que son cerca de 22 mil 500 mujeres trans en Lima y que alrededor de 1 de cada 3 vive con VIH¹⁰.

7 Las epidemias COVID en perspectiva regional, Informe del Grupo Temático de Ciencias Sociales, Ministerio de Salud, junio 2020.

8 Trivelli, C y Urrutia, A. Geografías de la Resiliencia, Instituto de Estudios Peruanos, 2018.

9 Durand, Durand, Francisco. El Perú fracturado: formalidad, informalidad y economía delictiva. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República, 2007.

10 Universidad Peruana Cayetano Heredia, 2010.

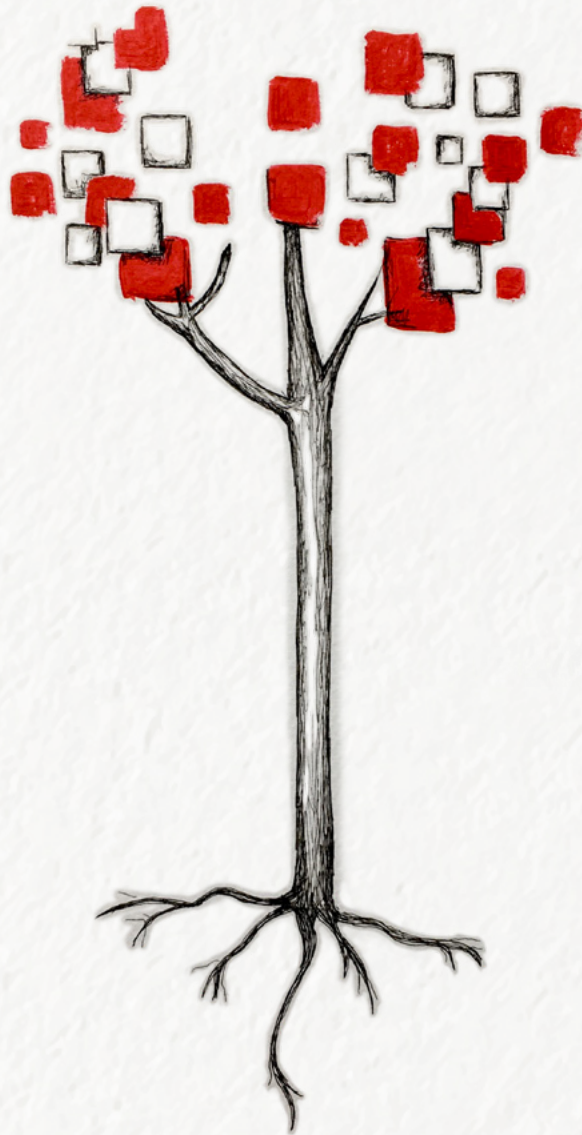
De cara al futuro y a partir de esos relatos, la dificultad es que el Estado no está acompañando estos viajes y que no siempre acompaña a la sociedad. Los jóvenes que transitan de múltiples formas ahora son más vulnerables frente a las consecuencias de la COVID-19. Se estima que casi el 30% de ellos perdió su empleo tras la pandemia¹¹, siendo los más afectados los que no poseen estudios superiores. Asimismo, más de 65 mil entre ellos han perdido la posibilidad de estudiar. Eso, sin contar con las vulnerabilidades frente a la salud que afectarán gravemente sus posibilidades y aspiraciones.

Para acompañar los viajes de quienes van a construir el futuro del país, es necesario entender que la emancipación se gesta en los tránsitos y movimientos, que las fronteras deben derribarse o atravesarse y que la sociedad precisa ser cuestionada desde sus cimientos, acompañando dinámicas que existen a nivel local y que deben ser reconocidas a nivel nacional. Debemos entender la diversidad social, cultural, neurológica, racial y étnica como un capital para construir otro futuro. Debemos empezar a aprovechar los recursos que esa diversidad nos brinda y la nueva generación tiene ahí una responsabilidad.

11 INEI, 2020. Se trata de jóvenes entre 14 y 24 años en Lima Metropolitana. Y Fundación Forge, 2020. ¿Los jóvenes son un grupo de riesgo?

LAS VIDAS NEGRAS IMPORTAN

Rocío Muñoz Flores



En las últimas semanas, y en plena cuarentena por la COVID-19, se ha hablado mucho de racismo, discriminación y representaciones. Una imagen terrible y devastadora nos alertaba nuevamente de la violencia policial en Estados Unidos contra la población afroamericana y nos encendía, una vez más, las alertas sobre el racismo y su repercusión en poblaciones afrodescendientes. Mucha gente en nuestro país expresó su solidaridad con las víctimas y su rechazo al racismo a través de las redes sociales. La frase “las vidas negras importan” se repitió insistentemente y ello nos permitió pensar en un escenario de mayor consciencia respecto a la gravedad del racismo y su relación con la pobreza y la exclusión. Sin embargo, tan rápido como llegó el intenso frío limeño, llegó el olvido y el silencio; un silencio extraño porque había más ruido en la calle, pero nos faltaban voces. Algunos negocios empezaron a reabrirse, las personas necesitan sobrevivir y ya no era posible esta cuarentena, esta extraña cuarentena en la que cumplir cada una de las indicaciones suponía tener un conjunto de condiciones que buena parte de los peruanos y peruanas no tienen ni pueden sostener. La pobreza y la exclusión son determinantes en este contexto, el punto de quiebre entre vivir o morir. Sobre ello, la población afrodescendiente en el Perú tiene mucho que decir.

En los últimos años, varios estudios han dado cuenta de las desigualdades que afectan a la población afrodescendiente y el impacto de las mismas en el ejercicio de sus derechos fundamentales. Se ha advertido, también, que es necesaria una lectura interseccional que nos permita develar la afectación en las mujeres racializadas¹², quienes en la intersección del género, raza, clase, orientación sexual y otras categorías de opresión experimentan complejas desigualdades y opresiones que necesitamos señalar.

12 El término “racializado” alude a una persona que es tratada de manera favorable o discriminatoria de acuerdo a la raza que la sociedad le atribuye.

En nuestro país, el censo de población y vivienda ha sido un avance importante en la medida en que incorpora una pregunta de autoidentificación étnica que ha permitido, luego de 77 años, generar información censal respecto a la población afroperuana. Sin embargo, aún existen deficiencias; por ejemplo, en la armonización del sistema estadístico nacional a fin de contar con registros administrativos e información desagregada que pueda ser insumo para el diseño de políticas públicas que terminen impactando favorablemente en la población afrodescendiente.

De otro lado, también reconocemos que la información existente no siempre es usada en el diseño de políticas públicas y eso repercute en la desatención del pueblo afrodescendiente, sobre todo en un contexto de pandemia como el que estamos viviendo actualmente. Por tanto, cuando hablamos de la existencia de un racismo estructural en el país estamos dando cuenta de una organización que sostiene un conjunto de mecanismos que normalizan un trato discriminatorio y excluyente, omitiendo la atención de poblaciones que se han visto impactadas por la ausencia de reconocimiento y una posición de menor privilegio en la estructura de poder. Está claro que en nuestro país no se ha logrado reflexionar ni atender las consecuencias del sistema esclavista ni la colonización en los cuerpos racializados, particularmente los de las poblaciones negras.

Pero intentemos darle mayor sentido a estas reflexiones. La encuesta nacional sobre percepciones de la diversidad cultural y discriminación étnico racial¹³ señala que el 53% de las personas entrevistadas considera que el Perú es racista y muy racista, mientras que el 8% se considera racista. Sumado a ello, el 60% de personas entrevistadas percibe que la discriminación a los y las afroperuanas tienen como causas el color de la piel y el fenotipo. Además, se les

13 | Encuesta Nacional. Percepciones y Actitudes sobre Diversidad Cultural y Discriminación Étnico-Racial. MINCUL – IPSOS, 2018.

“ ¿Por qué el abordaje del racismo no ha tenido medidas más eficaces que pongan el acento en su relación con la pobreza y la exclusión? Hoy, más que nunca, el racismo y el capitalismo son dos fenómenos que tienen que leerse juntos para identificar cómo funcionan y a quiénes benefician ”

asocia con la delincuencia. Estos datos van en la misma línea de los obtenidos en el marco del estudio especializado para población afroperuana, que advierte que el 43% de las y los entrevistados había presenciado discriminación a la población afroperuana. En ese sentido, son las zonas urbanas y la ciudad de Lima los lugares de mayor incidencia (48,3% y 54,6%, respectivamente)¹⁴. Ambas evidencias sostienen que la discriminación por razones étnicas y raciales es una situación constante y determinante en la experiencia de vida de las mujeres y hombres afrodescendientes, normalizada e instalada en la estructura social.

Reconocer la existencia de esta práctica no hace más que reafirmar la aceptación de un sistema racista sobre el que no se opera y que se sostiene a pesar de un mayor avance en la institucionalidad pública para su abordaje. ¿Por qué, entonces, el abordaje del racismo no ha tenido medidas más eficaces que pongan el acento en su relación con la pobreza y la exclusión? ¿Por qué insistir en un modelo que sostiene estas asimetrías? Hoy, más que nunca, el racismo y el capitalismo son dos fenómenos que tienen que leerse juntos para identificar cómo funcionan y a quiénes benefician.

La última información censal muestra que la población afroperuana de 12 años a más que tiene acceso al Seguro Integral de Salud (SIS) es el 62,7%¹⁵. Este dato nos permite inferir que la mayoría de la población afroperuana no tiene un contrato de trabajo y responde a lo que conocemos como “informal”. También informa que la mayoría asume ocupaciones elementales (27,2%) y que el 32,6% de las mujeres afrodescendientes son trabajadoras de servicios, vendedoras de comercio y mercados¹⁶. Es evidente, entonces, que el actual contexto tiene entre sus principales afectadas a la

14 Estudio especializado para población afroperuana EEPA, MINCUL y GRADE, 2015.

15 Censos Nacionales 2017: XII de Población, VII de Vivienda y III de Comunidades Indígenas. Instituto Nacional de Estadística e Informática.

16 Información elaborada por la Dirección de Políticas para la Población Afroperuana (DAF) -Ministerio de Cultura en base a los Censos Nacionales 2017.

población afrodescendiente y las mujeres. Por tanto, las medidas impulsadas tendrían que incorporar un enfoque étnico racial para identificar cómo la intersección de categorías como el género, la clase y la raza constituyen una estructura de mayor afectación y exclusión que no podemos obviar en el país. Seguir insistiendo en que la exclusión está determinada únicamente por un tema de clase es no reconocer los procesos sociohistóricos que configuran nuestro país y su actual realidad.

Como se ha venido advirtiendo desde diversas voces, la pandemia nos vuelve a abrir una ventana de situaciones complejas y discriminatorias que reconocemos pero que, al mismo tiempo, no han sido cerradas sino naturalizadas. Es necesario apuntar que solo el 11,5% de las y los afroperuanos tienen acceso a la educación superior, es decir, casi once puntos por debajo de la población blanca y mestiza, que llega al 22,1%. Estos datos son altamente preocupantes porque tienen una relación directa con el derecho al acceso al empleo y a la no discriminación. Sin embargo, no será el único obstáculo para una mayor movilidad ocupacional.

Si bien es cierto que la igualdad y la no discriminación son principios fundamentales contemplados en la Constitución del Perú, carecemos de un conjunto de acciones orientadas al abordaje y al impacto del racismo y la discriminación interseccional que puedan reducir las prácticas de discriminación y que acorten las brechas de desigualdad que afectan, principalmente, a los cuerpos racializados. Anotemos que algunos estudios impulsados por la Universidad del Pacífico terminan revelando la existencia de un conjunto de representaciones y prácticas discriminatorias respecto a la población afroperuana que tiene un impacto negativo en su acceso al mercado laboral:

“En el caso de empleos profesionales, los afroperuanos reciben 38% menos de llamadas que los peruanos de origen blanco, a pesar de poseer ambos grupos similares niveles de capital

humano. Dicho de otro modo, por cada 10 currículos que envía un profesional peruano de origen blanco, el profesional de origen afroperuano tiene que enviar 16 CV para aspirar a tener similares posibilidades de acceder a un puesto calificado”¹⁷.

Este estudio nos advierte la complejidad de la discriminación en un escenario donde no existen medidas adecuadas para garantizar el acceso al empleo sin discriminación de la población afrodescendiente. En este contexto, las representaciones juegan un papel central en la medida en que evidencian una serie de estereotipos y prejuicios que complejizan las experiencias de exclusión. Anótese que el estudio *Profesionales afroperuan@s en Lima: un drama anunciado*¹⁸ concluye que “el reclutamiento a profesionales para puestos medios y gerenciales a través de *headhunters* oculta prácticas de discriminación racial relativamente abiertas, ya que las empresas confesarían a los reclutadores su preferencia de contratar ‘gente como uno’, es decir, profesionales que sean blancos, entre otros requisitos”.

Por otro lado, se evidencia que, a pesar de la estandarización de las prácticas de reclutamiento y el alto grado de capacitación de los *headhunters*, estos no podrían escapar de los estereotipos y prejuicios raciales (Kogan 2014:49).

Las representaciones que existen respecto a la población afroperuana tienen directa relación con la discriminación y el racismo estructural. No es posible seguir sosteniendo que el racismo es un problema de personas ni, lo que es más grave aún, señalar que es un problema de autoestima que se resuelve con mayor aceptación y una aparente cuestión de orgullo. Caminar al bicentenario debe generar la posibilidad de un diálogo crítico

<?> *Empleo y discriminación racial: afrodescendientes en Lima*, Perú. Francisco B. Galarza, Gustavo Yamada y Carlos J. Zelada. Universidad del Pacífico, (46: 2015).

<?> *Profesionales afroperuan@s en Lima: un drama anunciado*; Liuba Koban, Universidad del Pacífico, 2014.

“ Lo intercultural como propuesta estatal aún no ha logrado responder a las demandas de los 828 mil 894 hombres y mujeres afrodescendientes que convivimos en una coyuntura adversa que tiene nombre, rostro, color e historia. Nuestras historias son más que el número censal y están cargadas de diversos sentidos y experiencias de resistencia ”

y transparente que siga evidenciando que no podemos atender la desigualdad sin aceptar el papel que juega la raza y el racismo como estructurador de las relaciones sociales.

En ese contexto, es impostergable reconocer que somos parte de una estructura que normaliza el racismo y no ha logrado dar pasos sustanciales para erradicarlo. La existencia de esta ambigüedad entre la negación y el reconocimiento, la invisibilidad y las representaciones negativas, merecen llamar la atención de quienes apuestan por un nuevo modelo de país. Es obvio que lo intercultural como propuesta estatal aún no ha logrado responder a las demandas de los 828 mil 894 hombres y mujeres afrodescendientes que convivimos en una coyuntura adversa que tiene nombre, rostro, color e historia. Nuestras historias son más que el número censal y están cargadas de diversos sentidos y experiencias de resistencia.

La escuela, el barrio, los lugares públicos, el trabajo y la universidad -para quienes logran llegar a ella- son espacios de permanente tensión, de luchas constantes entre la confrontación de las representaciones y el aprender a vivir con ellas; entre la búsqueda de ejercer derechos fundamentales y la superación de los múltiples obstáculos para lograrlos; entre la exigencia sistemática de la visibilidad y la normalización de una representación sesgada, estereotipada y violenta. El racismo estructural requiere de medidas complejas, estratégicas y de gran escala. Superar el plano de lo simbólico es de vital importancia para avanzar en una discusión necesaria respecto a los privilegios, el poder y la desigualdad.

Camino al bicentenario, y en medio de esta pandemia, no solo debemos preguntarnos acerca del Perú que queremos, sino del que estamos dispuestos y dispuestas a construir; de lo que podemos ser capaces de desmontar y desaprender. Lo sistémico del racismo ha generado importantes respuestas desde los pueblos

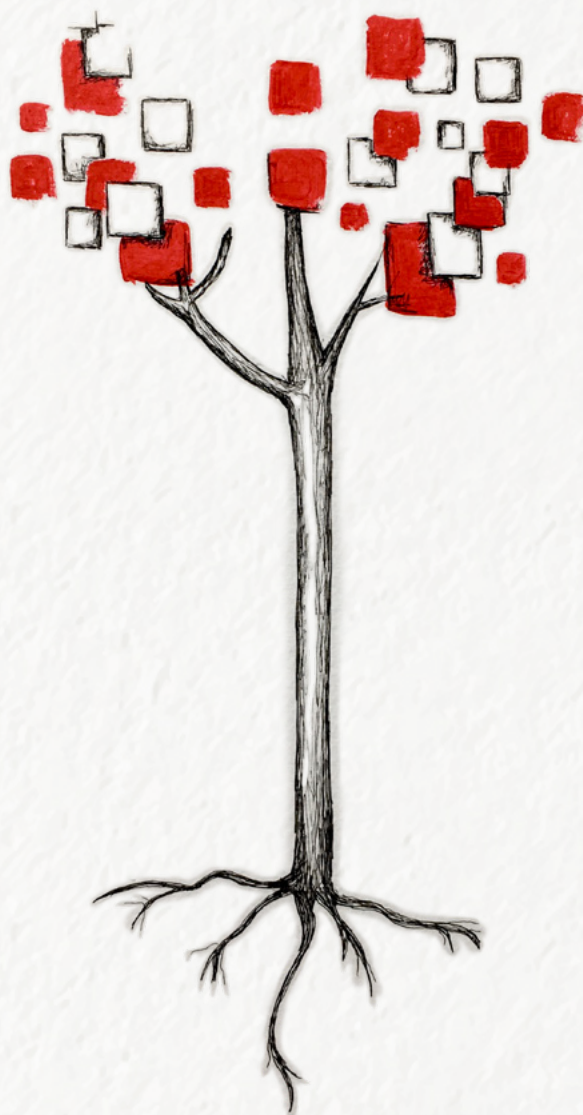
afrodescendientes, como los grandes aportes epistemológicos y políticos de las mujeres negras, el feminismo negro y el reciente *Black Lives Matter*. Todos estos aportes han exigido, también, respuestas más eficaces desde los Estados que se traduzcan en medidas orientadas a combatir la estructura sociopolítica que sostiene el racismo y su práctica.

Sabemos que es urgente una apuesta antirracista en la agenda por los derechos humanos, pero esta no puede ser performática. Demanda una reflexión profunda sobre privilegios y el lugar de su enunciación para generar un diálogo transparente y autocrítico que reconozca su posición en la estructura social y contribuya a un proceso necesario en la formación de ciudadanías antirracistas. De esta manera, el Estado tiene la gran responsabilidad de avanzar en la lucha contra las desigualdades y el racismo es una batalla pendiente que demanda tomar decisiones.

¡Las vidas negras importan!

PODER INTERCULTURAL

Tania Pariona Tarqui



La memoria de un pueblo, nación o país se construye a partir de las voces que pueden ser escuchadas. Esta posibilidad depende de muchos factores pero, principalmente, del poder. Un poder que es esquivo para los pueblos indígenas y que, sin embargo, abre las posibilidades al ejercicio pleno de derechos y a una vida digna.

Santiago Manuin, líder awajún sobreviviente del Baguazo¹⁹, murió por la COVID-19 en el hospital de Chiclayo el primero de julio del 2020. Su sabiduría es profundamente aleccionadora sobre cómo se pueden conjugar los conocimientos indígenas y occidentales para la defensa del “bien común”, promoviendo el diálogo antes que el enfrentamiento o cualquier forma de violencia. Lamentablemente, todos y todas fuimos testigos de cómo se dieron los acontecimientos.

Su sabiduría es un buen ejemplo de visión intercultural y su ejemplo debe formar parte de nuestra retórica histórica como país, al igual que incontables líderes y lideresas indígenas, del ande y de la Amazonía, que han dedicado años de sus vidas al trabajo en favor de sus pueblos, defendiendo nuestros derechos y dando cátedra con ejemplos de vida.

¿Por qué hablar de la muerte de Santiago Manuin y de los líderes que caminaron largos años de su vida en el activismo indígena en un contexto como el del bicentenario?

La muerte de Manuin se ha dado en medio de la precariedad que caracteriza la situación general de los pueblos indígenas, a lo cual se suman décadas de abandono en la implementación,

19 Protesta amazónica liderada por organizaciones indígenas en contra de los decretos legislativos aprobados por el gobierno peruano con el fin de implementar el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, el cual afectaba sus derechos a la tierra. El conflicto de Bagua estalló el 5 de junio del 2009 con resultados lamentables. De acuerdo al Informe Defensorial sobre las actuaciones en los acontecimientos de Bagua y Utcubamba, fueron 33 personas muertas: 23 policías, cinco indígenas y cinco pobladores de Bagua; un desaparecido y 200 personas heridas.

“ Liderazgos andinos y amazónicos han generado resiliencia y capacidad para transformar la historia de sufrimiento, hambre y silencio en dignidad, libertad y empoderamiento político cultural. Por ello, es necesario tomar en cuenta las luchas y las voces de quienes nos antecedieron y que su visibilización en el relato de nuestra memoria esté siempre presente ”

mejora y alcance de nuestros servicios públicos: el Estado ha sido cada vez más ausente en la inversión en calidad y cobertura de servicios sociales, dando paso a una mayor presencia de gestores e inversores privados. Esta situación se ha vuelto tan normal que imaginar lo contrario parece un sueño o un contrasentido. La pandemia ha puesto de manifiesto nuestras profundas carencias a todo nivel.

No es la primera vez que los pueblos indígenas, y en particular los de la Amazonía, viven los embates de una pandemia. Todos estos años han resistido un conjunto de enfermedades endémicas, además de explotaciones de varios tipos, que desde la época del caucho se han venido sucediendo imparablemente. La vida de un indígena es una lucha constante por sobrevivir al abandono del Estado en el sistema de salud, educación y seguridad alimentaria, entre otros derechos. Sin embargo, liderazgos andinos y amazónicos han generado resiliencia y capacidad para transformar la historia de sufrimiento, hambre y silencio en dignidad, libertad y empoderamiento político cultural. Por ello, es necesario tomar en cuenta las luchas y las voces de quienes nos antecedieron y que su visibilización en el relato de nuestra memoria esté siempre presente.

Esta oportunidad de diálogo nacional sobre el país que queremos ser rumbo al bicentenario nos motiva a compartir sueños y esperanzas, sin duda, necesarias. Pero también es importante reflexionar sobre la estructura colonial con la que se fundó la república, la cual estuvo marcada por un racismo étnico y un esquema de dominación y opresión que Aníbal Quijano definió como “la colonialidad del poder”. Es una ocasión, entonces, para cuestionarnos sobre la forma desigual en la que nos relacionamos entre peruanos y peruanas.

Como dice Róger Rumrill, las pandemias no siempre son enfermedades endémicas. Él explica que, con frecuencia, son ideologías, políticas, sistemas de pensamiento, concepciones

“ La ciudadanía intercultural implica el ejercicio de los derechos sociales, culturales, económicos y políticos... En ese sentido, debemos recordar que las mujeres indígenas tuvimos que esperar hasta 1980 para ejercer nuestro derecho al voto, veinticuatro años después de que se reconociera el derecho al voto de las mujeres peruanas mayores de edad y alfabetizadas en castellano ”

del mundo y de la vida que invaden nuestras sociedades y se convierten en un “sentido común”. Para los pueblos indígenas, el racismo, la discriminación, la xenofobia y el machismo también son devastadores y son la causa de otros problemas estructurales que urgen ser abordados.

El 50% de los peruanos conoce, en cierta medida, el término “diversidad cultural”²⁰. Este porcentaje demuestra que estamos muy lejos de aceptarnos como somos y de donde venimos para poder valorar nuestra riqueza cultural y lingüística. Por tanto, construir un Perú desde el “nosotros”, que para los quechuahablantes es el Ñuqanchik, necesitamos abordar la diversidad cultural y el problema del racismo en todos los niveles de educación, haciéndolos un eje central en la formación ciudadana intercultural.

Los niños y niñas, desde su primera experiencia educativa, deben tener la oportunidad de conocer los aportes de la diversidad de pueblos que existimos, de nuestras culturas vivas y de nuestras lenguas originarias, para así aprender de ellas. No se trata de enseñarles danzas, música y trajes coloridos, mucho menos si son parte de una visión paternalista, de ayuda, protección, incorporación o inclusión. La interculturalidad debe contribuir a vernos como personas con iguales derechos, con capacidades y con sueños, sabiendo que las diferencias son motivo de orgullo y de dignidad.

La ciudadanía intercultural a la que nos referimos implica el ejercicio de los derechos sociales, culturales, económicos y también políticos. Ese ejercicio debe transformarse en el poder de decidir nuestro propio destino y construir nuestra propia actoría. En ese sentido, debemos recordar que las mujeres indígenas tuvimos que esperar hasta 1980 para ejercer nuestro derecho al

20 | Encuesta Nacional de Percepciones de la Diversidad Cultural - IPSOS 2017.

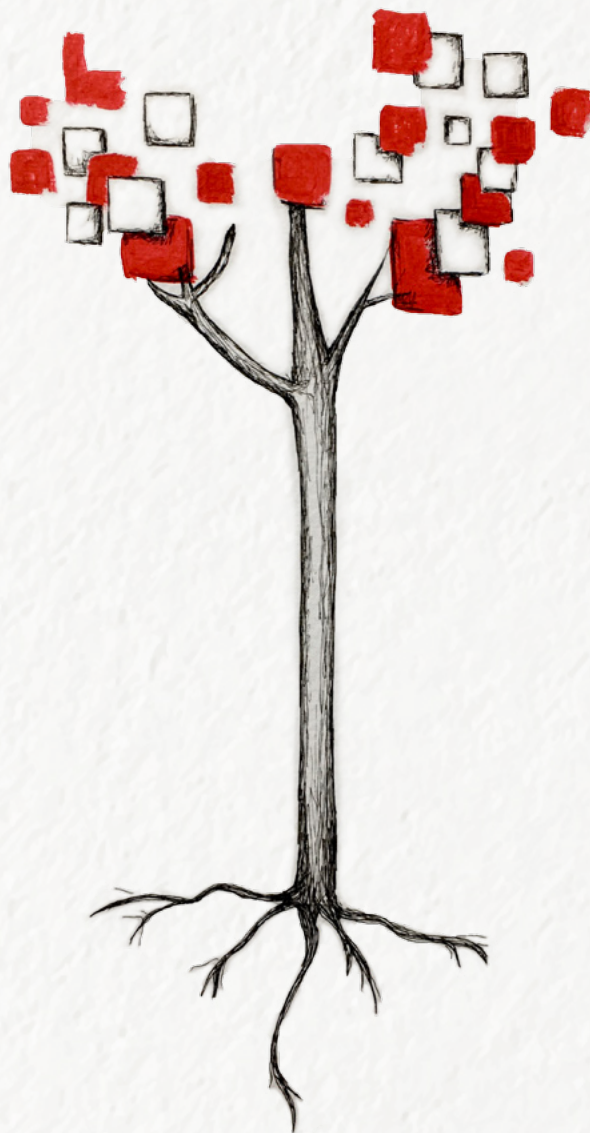
voto, veinticuatro años después de que se reconociera el derecho al voto de las mujeres peruanas mayores de edad y alfabetizadas en castellano.

La historia ofrece lecciones mixtas y una de ellas tiene que ver con la postergación de los derechos políticos de las mujeres, por ejemplo, pues del 2001 al 2020 solo seis mujeres andinas logramos llegar al Congreso y ninguna hermana amazónica consiguió acompañarnos. Eso es algo que debemos cambiar.

¿Qué debería ocurrir en el bicentenario? Que las promesas de escuelas equipadas, centros de salud con personal médico, viviendas dignas, agua de calidad y canasta básica alimentaria no sean nunca más un montón de palabras, sino hechos concretos en las comunidades del Perú profundo, para todos y todas. Necesitamos una educación para una ciudadanía intercultural que permita luchar contra la pandemia del racismo, la discriminación, el machismo y la xenofobia. Y también es necesario que podamos acceder al poder: que la presencia indígena de hombres y mujeres quechuas, aymaras, shipibos, asháninkas, awajún, shawi y otros pueblos de la Amazonía no sean el resultado de dádivas o alianzas precarias, sino de contar con voz propia, de ser reconocidos y reconocidas con actoría política propia en el Parlamento, asumiendo roles de conducción y decisión en el Poder Ejecutivo y teniendo un rol en el Poder Judicial. El bicentenario podría ser el inicio de una nueva era en la que los derechos sean, efectivamente, de todos y todas. Una era en la que nadie se quede atrás.

AMAZONÍA, PANDEMIA Y BICENTENARIO

Jñigo Maneiro Labayen



Me encontraba remando en una canoa en el centro del lago Sandoval, contemplando los últimos momentos del Sol y, a la vez, de una gran Luna llena. Eran las cinco de la tarde de un mes de mayo y los dos astros coincidían sobre la selva de Madre de Dios. Los loros y las garzas regresaban a sus lugares de pernocte y los shanshos, con sus característicos y ruidosos graznidos, se acomodaban torpes entre la vegetación de las orillas. De pronto, una suave y silenciosa lluvia de mariposas muertas comenzó a cubrir mis hombros, la canoa y la superficie del lago. Era un universo de infinitas y pequeñas efeméridas que se desvanecía tras reproducirse en el único día que dura su existencia.

Los lepidópteros viniéndose abajo eran la imagen recurrente ante el avance imparable de la COVID-19 en la Amazonía y pronosticaba lo que estaba por suceder: el colapso de los servicios básicos amazónicos y, también, el sentimiento de que la relación excluyente e ineficiente que tiene el Perú con su selva ya no se sostiene más. La autopsia que ha supuesto el coronavirus nos revela la irresuelta democracia de estos 200 años de independencia y la embriaguez que ocasionó la pirotecnia de un crecimiento económico desigual para lograr un mejor país para todos.

Los apuntes de este texto nacen de mis vínculos personales y profesionales con la cuenca media del río Marañón. Esta es la selva de los pueblos awajún y wampis, además de colonos y mestizos. Incluye a Aramango, Imaza y Condorcanqui en Amazonas, y Manseriche y Morona en Loreto. Mi vida en ese territorio, definido por la majestuosa geografía de los últimos contrafuertes orientales de la cordillera andina, me permitió aprender e interiorizar una perspectiva indígena del mundo con la que me siento más completo y peruano. Me pregunto si no debemos abrazar esa diversidad de culturas y paisajes como la personalidad de la gestión del país, condición necesaria para el desarrollo sostenible.

Por lo menos tengo yuca y río

Los ya de por sí precarios sistemas de salud y educación se vienen abajo a medida que el virus llega hasta los últimos confines de la Amazonía, como el remoto Purús. En territorio awajún y wampis, el contagio es masivo en sus más de 500 comunidades nativas y las muertes trascienden la frialdad del número anónimo. Adquieren un poderoso efecto emocional por los estrechos vínculos sociales y familiares que configuran la selva y por los que *todos* se conocen; por la identidad de los fallecidos –dirigentes, profesores, líderes, ancianos, sanitarios–; y por la actividad generada en redes sociales, sobre todo grupos de Whatsapp. En estas redes se agrupan autoridades y dirigentes, jóvenes nativos, colectivos de solidaridad o instituciones públicas y privadas. Y en ellas, los nombres y las esquelas cargadas de sentimiento por los fallecidos circulan a la velocidad con la que avanza el virus.

Pero el primer impacto lo recibieron los nativos que se encontraban de paso por Lima y las principales ciudades del país por el fin del verano y el inicio de los estudios. Muchos jóvenes awajún, por ejemplo, habían decidido regresar de los trabajos agrícolas en Ica cuando se declaró la cuarentena. De manera muy temprana, la situación de todos ellos y muchas otras familias se volvió insostenible ante las dificultades de conseguir recursos para la alimentación, el alojamiento y la compra de medicinas. Las primeras respuestas vinieron de comandos indígenas, colectivos y asociaciones, la mayoría surgidas en la situación de emergencia e integradas por jóvenes nativos, muchos de ellos estudiantes. A través de la denuncia periodística, la movilización de recursos económicos, sanitarios y humanos, o el trabajo institucional, contribuyeron al sostenimiento de esas personas cuyos patrones de residencia urbana son muy variables. Los awajún y wampis, por ejemplo, se encuentran muy dispersos en Lima y en ciudades como Chiclayo, Trujillo o Jaén. Otros, como los shipibos, están más concentrados en núcleos mayores como Cantagallo, en

“ Mi vida en ese territorio, definido por la majestuosa geografía de los últimos contrafuertes orientales de la cordillera andina, me permitió aprender e interiorizar una perspectiva indígena del mundo con la que me siento más completo y peruano. Me pregunto si no debemos abrazar esa diversidad de culturas y paisajes como la personalidad de la gestión del país ”

Lima, y San Francisco, en Ucayali. Se trata de poblaciones, todas ellas, de las que los alcaldes urbanos y selváticos, o las propias organizaciones indígenas, desconocen su ubicación o las actividades que desempeñan.

Las acciones de emergencia que estos grupos han realizado en ciudades y comunidades resultan un entrenamiento, casi una guerra, en la que se curten futuros líderes y que facilitará una necesaria renovación de los órganos y gobiernos indígenas. En muchas de esas plataformas y grupos también se debate la representatividad indígena, la corrupción y la ineficiencia de gobiernos locales, el protagonismo político de los jóvenes o el papel de las organizaciones nativas. El poderío que estas desplegaron en las décadas de los 80 al 2000 se atenúa ante su progresiva atomización –solo en Condorcanqui hay cerca de 25 organizaciones–; la escasa renovación de dirigentes; y las debilidades en los liderazgos.

A las pocas semanas de iniciada la cuarentena, la situación de muchos nativos urbanos se volvió insostenible, lo que les obligó a caminar hacia sus territorios selváticos en jornadas de gran precariedad. Combinaban caminatas con transbordos en los camiones de alimentos de la misma pequeña economía rural que sostuvo al Perú en los meses de cuarentena. La ciudad ya no es el lugar de las oportunidades, así que acuden a sus territorios de origen porque en ellos encuentran el necesario colchón social y, como repetían los caminantes, “donde tienen yuca, plátano y río, y no solo hambre y frío”.

Iquitos fue una de las primeras urbes más castigadas desde el inicio de la cuarentena, una de las cuatro ciudades latinoamericanas más golpeadas, junto a Guayaquil, según la agencia EFE. Al desabastecimiento médico y ausencia de oxígeno en el supuesto pulmón del mundo se unió el colapso de hospitales y centros de salud, como ocurriría después en Tarapoto.

Si esperamos al Estado, morimos

El crecimiento del virus en la Amazonía, y específicamente en territorio awajún y wampis, se volvió exponencial debido a la llegada de casos positivos en los grupos de caminantes, los programas sociales que concentraron a la población para la entrega de bonos o alimentos, la estrategia Aprendo en Casa que conllevaba la visita domiciliaria de profesores debido a la precaria conectividad de las zonas, y la dinámica selvática de relaciones sociales y familiares que no se detuvo. En muchas comunidades, sus pobladores se prepararon aislándose en el interior del bosque, donde habían acondicionado tambos y huertas. Resistieron tomando brebajes a base de matico, limón, kion y los pocos medicamentos que se encuentran en la selva, ante la falta de postas médicas y abastecimiento sanitario de la mayoría de las más de 500 comunidades nativas que conforman el territorio awajún y wampis. No fue suficiente.

Si el sistema de salud amazónico no responde a las necesidades cotidianas de sus habitantes es impensable que lo haga en situación de pandemia. Lo mismo ocurre con la educación, pues apenas dos de cada diez niños accede a algún contenido educativo oficial. Durante estos meses, los profesores enseñan a través de mensajes de texto, parlantes comunales o altavoces, y los centros de estudio envían sus contenidos a las comunidades donde están sus estudiantes a través de mensajes de audio de celular. La sensación de desamparo se tradujo en una frase que circula con fuerza en las redes: “si esperamos al Estado, morimos”.

No debería sorprendernos semejante derrumbe. La pandemia no ha hecho más que mostrar, en toda su brutalidad, la relación que desde la Conquista ha construido el Perú con uno de los paisajes más intrincados, prolíficos y fascinantes de la Tierra. Ahí viven 50 pueblos indígenas diferentes, además de otras sociedades migrantes y mestizas. Esa relación está basada en el

“ Los pueblos indígenas han transformado, enriquecido, usado, vivido y mantenido una de la zonas de vida más complejas del mundo, permitiendo su autoregeneración y pervivencia en el tiempo. Es un conocimiento que deberíamos admirar, aprender e incorporar en los modelos de gestión e intervención pública y privada ”

desconocimiento de sus particularidades culturales y ecológicas, sobre las que los nativos son maestros, y que definen la viabilidad de los proyectos que se desarrollan. La histórica marginación y olvido, –salvo cuando se encuentra un recurso de interés económico–, hace que las brechas sociales sigan sin superarse. También está basada en el expolio, al considerar a la Amazonía como espacio desaprovechado de ilimitadas riquezas cuyos moradores son, o un freno para el desarrollo y el crecimiento económico, o sociedades estancadas y sin progreso a las que se categoriza como “pobres”.

Nos movemos entre el extractivismo más duro –caucho, madera, oro, petróleo, almas o coca–; y el “cementerio de proyectos”, como definía el líder awajún Santiago Manuin a la poca eficiencia de las instituciones públicas y ONG para mejorar la vida de la gente y de los ecosistemas en los que habitan. El sistema actual ha mostrado, en repetidas ocasiones y a lo largo del tiempo, su incapacidad y desorden para responder a los retos de la selva.

Pluriculturales y megadiversos

La radiografía que ha significado la pandemia debería ser la oportunidad para poner fin a la explotación y al olvido de la Amazonía. También nos da la posibilidad de imaginar, y más en el contexto del bicentenario, qué Amazonía queremos y qué significa ser indígena en el siglo XXI, ante la evidencia de que debemos evolucionar hacia un sistema más sostenible y saludable. Se necesita una política nacional para las selvas, multidisciplinaria y con coraje político. Que permita mayores niveles de autonomía territorial para una gestión más eficiente e intercultural de la salud y la educación, y con un enfoque de los territorios más integral, más conectado y menos dividido en parcelas, comunidades o unidades políticas que no acaban de responder a las idiosincrasias locales. Donde la seguridad alimentaria pase por la conservación de los recursos y la economía indígena por los bionegocios.

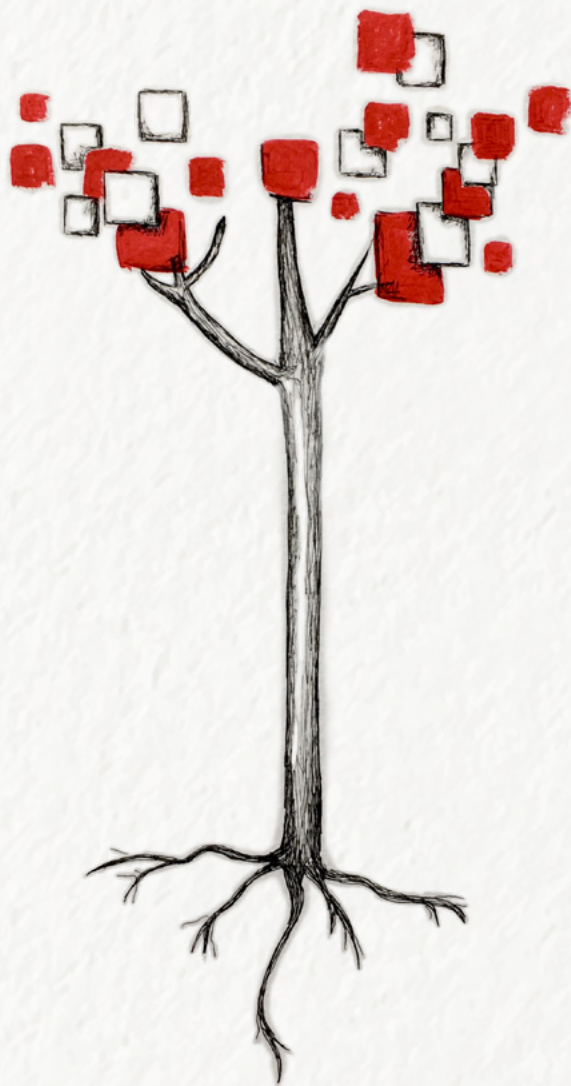
Desde hace por lo menos doce mil años hay presencia humana en la Amazonía. Durante ese tiempo, los pueblos indígenas han entendido las dinámicas ecológicas y los frágiles equilibrios que poseen. Han transformado, enriquecido, usado, vivido y mantenido una de las zonas de vida más complejas del mundo, permitiendo su autoregeneración y pervivencia en el tiempo. Es un conocimiento que deberíamos admirar, aprender e incorporar en los modelos de gestión e intervención pública y privada.

Pero también son los mismos pueblos indígenas quienes deben buscar mayor unidad entre sus organizaciones, una que nazca de la confianza entre clanes, ríos o nacionalidades, así como brindar mayores espacios de participación a los jóvenes. Se requiere formación técnica y visión de mundo, con gobiernos locales más preparados, eficientes y honestos, para responder a los grandes y veloces cambios que viven, vinculados al uso de recursos, el conocimiento, la información, el aumento de la población y las nuevas necesidades.

El bicentenario es una oportunidad para pensar un país que interiorice y que se enamore de lo pluricultural y megadiverso que define al Perú. La oportunidad de analizar de manera crítica nuestro pasado y, como una lluvia de efímeras muertas, deshacerse de aquello que nos condena al subdesarrollo. La oportunidad de incorporar el concepto de “buen vivir” amazónico, es decir, la armonía entre comunidad, entorno y espiritualidad como parte del desarrollo. Y de interiorizar e integrar la multiplicidad y la diferencia, que facilitaría modelos de vida y gestión diversos, tal y como somos.

LIBRES, SEÁMOSLO SIEMPRE

Andrea de la Piedra



A inicios de este 2020 tuve la oportunidad de visitar la bóveda de la Biblioteca Nacional, donde pude ver manuscritos de mujeres admirables como Flora Tristán, Margarita Práxedes Muñoz, Clorinda Matto de Turner y Zoila Aurora Cáceres. Esta visita me dejó impactada, sobre todo por la historia detrás del voto femenino y la vida de personalidades como María Jesús Alvarado y Zoila Aurora Cáceres, líderes y precursoras de los derechos de las mujeres en el país. Ambas crearon asociaciones con el fin de promocionar el rol social de la mujer, pero también con fines sufragistas. Además, trabajaron activamente para que más mujeres tuvieran acceso a la educación y así pudieran tener independencia económica.

Al leer sus textos y su historia, algo me chocó profundamente. El 2021 es un símbolo de independencia y libertad porque se celebra el bicentenario de un país que, a punta de luchas, vidas perdidas, reclamos y batallas, ganó la libertad. Sin embargo, casi 200 años después de la independencia del Perú, muchas mujeres seguimos buscándola. Las mujeres somos libres, pero no lo somos siempre. Nos enfrentamos a una violencia que nos impide la libertad, incluso, en nuestros propios hogares: 7 de cada 10 mujeres en el país dice haber sufrido algún tipo de violencia y el 63,2%²¹ de mujeres de entre 15 y 49 años ha sido víctima de violencia psicológica, económica, física o sexual alguna vez por parte de sus parejas.

Muchas cosas han cambiado desde 1821: ahora tenemos derecho a votar, a divorciarnos, podemos acceder a métodos anticonceptivos y cada vez somos más las que estudiamos y trabajamos. Sin embargo, muchas mujeres todavía no pueden ejercer sus derechos. Es decir, todavía no somos del todo libres.

21 Encuesta Demográfica y de Salud Familiar (ENDES), 2018.

“ El 52% de la población considera que la mujer debe cumplir el rol de madre y esposa antes que sus sueños. ¿Cuándo podremos las peruanas priorizar nuestros sueños más allá de los estereotipos que nos impone la sociedad? ”

Vivimos en una sociedad machista. Una sociedad hecha por y para los hombres. De alguna u otra forma, lo vemos todos los días. En el Perú de hoy, a puertas del bicentenario y en plena pandemia, el 31% de la población considera que una mujer que viste “provocativamente” busca que la acosen sexualmente. En el 2019, el 52% de mujeres había sufrido violencia económica y señalaba que su compañero/esposo les prohibía trabajar²².

Justamente por esas barreras, las mujeres aún no accedemos a puestos de toma de decisiones. Hoy, ninguna mujer es gobernadora regional en el Perú, un país en el que solo ocupamos el 5% de cargos en los gobiernos regionales, el 28% de escaños en el Congreso y el 19% de posiciones de CEO en las empresas (Ranking PAR, 2019), más allá de que existe una brecha salarial del 29%.

En la pandemia, estas cifras solo se han incrementado. Según Ipsos Perú, el 54% de las mujeres encuestadas que contaban con trabajo antes de la emergencia lo ha perdido durante la cuarentena, en comparación con un 48% de los hombres. Antes de la emergencia sanitaria, las mujeres ya dedicaban tres veces más que los hombres al trabajo doméstico no remunerado. Esta carga de trabajo ha aumentado ante el cierre de las escuelas y la supervisión del hogar, así que las consecuencias de la crisis han sido más perjudiciales para las mujeres y afectan nuestra posibilidad de competir en el mercado laboral.

Quizás uno de los datos más impactantes tiene que ver con el hecho de que el 52% de la población considera que la mujer debe cumplir el rol de madre y esposa antes que sus sueños²³. ¿Cuándo podremos las peruanas priorizar nuestros sueños más allá de los estereotipos que nos impone la sociedad?

22 ENARES 2020.

23 ENARES 2020

“ En el Perú, creo que el futuro tiene cara de mujer. Vivimos en un país líder en emprendimiento femenino, donde cada vez más hombres y mujeres hablamos y actuamos para romper estos estereotipos. Nos queda la enorme responsabilidad de preguntarnos, en el marco del bicentenario, cuál es el futuro que queremos. Yo sé lo que quiero: un futuro en el que el género de mi hijo o hija no marque su destino ”

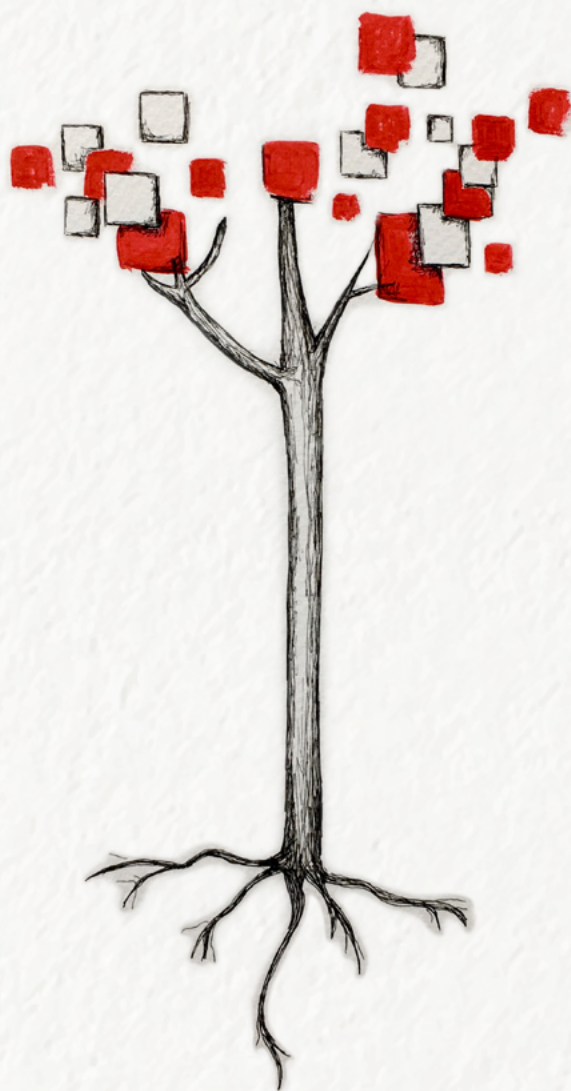
El machismo está tan arraigado en el Perú que hay algo en común que tendrán los niños y niñas que nacieron en 1821 con los niños y niñas que nacerán en el 2021: la sociedad les dirá qué hacer en función de su género y eso marcará las decisiones que tomen a lo largo de su vida, para siempre. Las niñas nacidas en el 2021 probablemente serán menos libres de andar por las calles o de sentarse en la mesa de grandes directorios solo porque son mujeres.

Regalémosle libertad a las mujeres en este bicentenario. Mi pedido para quien lea esto de cara al 2021 es que tome acción para que, cuando celebremos nuestra independencia, celebremos la independencia de todos y todas. Desde cómo nos dividimos las tareas en casa hasta qué carreras fomentamos que estudien nuestras hijas y qué “piropos” desaparecemos de nuestro día a día.

En el Perú, creo que el futuro tiene cara de mujer. Vivimos en un país líder en emprendimiento femenino, donde cada vez más hombres y mujeres hablamos y actuamos para romper estos estereotipos. Y también tenemos el legado de mujeres luchadoras que han marcado la historia de nuestro país. Nos queda la enorme responsabilidad de preguntarnos, en el marco del bicentenario, cuál es el futuro que queremos. Yo sé lo que quiero: un futuro en el que el género de mi hijo o hija no marque su destino. Quiero que sea libre y que lo sea siempre.

AGENDA SOCIAL PARA EL BICENTENARIO

Norma Correa



Mi generación -los nacidos en la década de 1980- pasamos nuestra niñez en un país golpeado por una triple crisis: económica, política y social. La hiperinflación destruía empleos, negocios, ahorros pero, sobre todo, sueños. La pobreza aumentaba vertiginosamente y se extendía el hambre. La sociedad se desangraba por la violencia terrorista, que dejó heridas que aún no hemos cerrado. Muchos vimos a nuestras familias dividirse por la migración y aprendimos a reconstruir los afectos a distancia en un mundo sin internet. Fueron tiempos muy difíciles que, si bien no afectaron a todos por igual, marcaron nuestra experiencia colectiva como peruanos.

Iniciamos la juventud en un país distinto, cuya economía pasó de la hiperinflación galopante al crecimiento expectante. De ser el país del cual muchos buscaban salir como pudieran para acceder a un futuro mejor, pasamos a ser el hogar de migrantes y refugiados que anhelaban mejores oportunidades, al igual que los parientes y amigos que vimos despedirse de la patria.

Los peruanos hemos sido parte de una historia de progreso en los últimos 30 años. La tasa de pobreza pasó de 49,1% en el 2006 a 20,2% en el 2016. Eso significó que, aproximadamente, siete millones de personas dejaron de ser pobres monetarios, un logro por el cual el Perú ha sido reconocido a nivel internacional. Esto se consiguió gracias al crecimiento económico, que permitió la expansión de la inversión, del empleo y de los programas sociales dirigidos a los más vulnerables. Esta historia de progreso nacional no debe ser subestimada y, más bien, requiere ser mejor comprendida.

Sin embargo, se trató de un progreso precario y con muchas contradicciones. Los notables logros económicos no se tradujeron en progreso para todos, nuestro mercado laboral se expandió sobre la base de la informalidad y del trabajo precario disfrazado de emprendedurismo. Las millones de personas que superaron

“ Decir que la pandemia reveló la persistencia de la desigualdad y de la exclusión en nuestra sociedad es una forma de autoengaño colectivo. Sinceremos la discusión: mientras vivíamos los años de bonanza económica, la mayor parte de la sociedad optó por mirar de costado ”

la línea de la pobreza no se convirtieron en clase media, sino en población vulnerable sin acceso a empleo, salud, educación y vivienda de calidad. Las desigualdades se mantuvieron entre lo urbano y lo rural, los hombres y las mujeres, así como persistieron las exclusiones que afectan históricamente a la población indígena y afrodescendiente. Avanzamos mucho en la mejora de sendos indicadores económicos y sociales, pero no hicimos todo lo que pudimos para llegar al bicentenario con una república con más igualdad y justicia. En el Perú del siglo XXI, la cuna, el lugar de nacimiento, el color de piel, el género, la etnicidad y el nivel de ingresos siguen siendo determinantes para el ejercicio de derechos y acceso a oportunidades, lo cual no es muy diferente de lo que sucedía en el Perú del siglo XIX.

Decir que la pandemia reveló la persistencia de la desigualdad y de la exclusión en nuestra sociedad es una forma de autoengaño colectivo. Sinceremos la discusión: mientras vivíamos los años de bonanza económica, la mayor parte de la sociedad optó por mirar de costado. Terminamos normalizando un modelo de desarrollo basado en la desigualdad. Instalamos la lógica del sálvese quién pueda, como pueda y con el tamaño de billetera que tuviera. Ampliamos servicios públicos pero no mejoramos su calidad. La agenda social fue perdiendo peso en los discursos presidenciales de los últimos años. La sociedad tampoco se movilizó demandando más y mejores respuestas para responder a la desigualdad y la pobreza. ¿Nos ganó la autocomplacencia?

Como consecuencia del impacto económico de la pandemia, recibiremos el bicentenario con mayor pobreza y desigualdad. Se incrementará el hambre, el desempleo y la vulnerabilidad afectará tanto a los sectores pobres como a las clases medias precarizadas. Revertir esa situación y retomar la senda de reducción de la pobreza debe ser uno de los principales objetivos que oriente la acción ciudadana en los próximos años. Para ello se requiere relanzar la agenda social en un contexto en el que

“ Nos hemos acostumbrado a discutir sobre los avances en las políticas de desarrollo e inclusión desde una retórica basada en millones y porcentajes pero hemos prestado menor atención a las voces, experiencias y estrategias de los compatriotas que luchan día a día por salir adelante ”

los recursos fiscales serán escasos. Esto supone cambios en las mentalidades sociales y en las políticas públicas.

En cuanto a las mentalidades, el debate público sobre desigualdad y pobreza sigue girando alrededor de prejuicios y dogmas que son insostenibles. Prejuicios como aquel que asume que los pobres son pobres porque quieren, ignorando la dificultad de salir de las trampas de pobreza. Dogmas como aquel que evita darle al empleo la centralidad que merece en las estrategias de superación de la pobreza, asumiendo equivocadamente que con bonos y programas sociales se podrá salir de ella. Si bien existe amplia evidencia que demuestra que los programas sociales han sido fundamentales para mejorar la seguridad alimentaria, inyectar liquidez en las economías domésticas y mejorar el acceso a educación y salud no son suficientes para impulsar una salida sostenible de la pobreza. Lo que se requiere es la generación de ingresos autónomos y el acceso a oportunidades de educación y empleo de calidad. Finalmente, es clave que comprendamos que la lucha contra la pobreza no es un asunto de caridad o de filantropía, sino que es crítica para fortalecer la democracia y la economía.

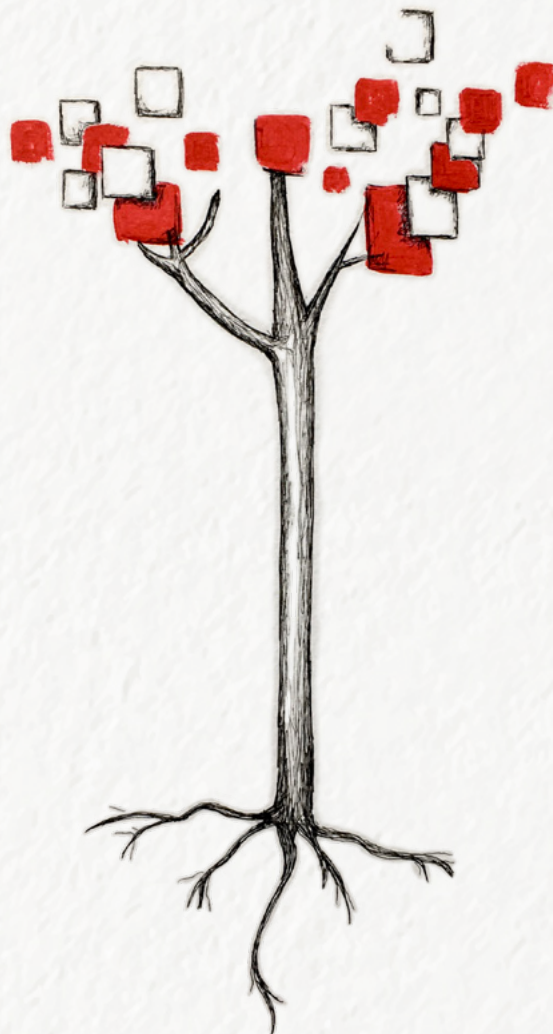
En el frente de las políticas públicas es necesario innovar y generar nuevas soluciones para avanzar en dos rutas: la primera es adaptar los programas y estrategias que tenemos a los nuevos retos; la segunda es responder a vacíos y pendientes históricos de la política social. En cuanto a la primera, debemos fortalecer la capacidad estatal a nivel nacional y subnacional para el diseño e implementación de intervenciones de protección social e inclusión económica, siendo un tema crucial mejorar la identificación de los sectores más vulnerables. En cuanto a la segunda, el Perú no cuenta con estrategias e instrumentos dirigidos a la atención de la pobreza y la vulnerabilidad urbana, los cuales nos han hecho gran falta durante la emergencia sanitaria.

Por otro lado, si bien el Estado cuenta con mayor experiencia acumulada respondiendo a la pobreza en el ámbito rural, existen territorios como la Amazonía que requieren estrategias específicas a sus necesidades y que han sido largamente incomprendidas por la gestión pública. Asimismo, será clave impulsar plataformas de cooperación público-privadas para responder a los retos sociales que enfrentará el país, como la inseguridad alimentaria, el incremento del hambre y el acceso de los jóvenes vulnerables al empleo y la educación. Finalmente, nos hemos acostumbrado a discutir sobre los avances en las políticas de desarrollo e inclusión desde una retórica basada en millones y porcentajes pero hemos prestado menor atención a las voces, experiencias y estrategias de los compatriotas que luchan día a día por salir adelante. Escucharlos y conocer su realidad desde el terreno, no desde el escritorio, y comprender sus aspiraciones y desafíos nos permitirá diseñar mejores soluciones desde el sector público y desde el sector privado.

El bicentenario es una oportunidad para consolidar los avances en materia de desarrollo e inclusión social, pero también para salir de nuestra zona de confort y asumir nuevos retos en la agenda social. Tenemos la responsabilidad colectiva de evitar que el choque temporal de la pandemia genere impactos de largo plazo que limiten las oportunidades de desarrollo de los ciudadanos. Construyamos una nueva historia de progreso nacional en la que nadie se quede atrás y el bienestar sea posible para todos.

LEGADO DEL PUEBLO HARAKBUT

Héctor Sneyo



La conmemoración de los 200 años de la independencia del Perú debe significar la visibilización y revaloración de los saberes ancestrales de los pueblos indígenas u originarios porque también forman parte de las culturas vivas de un país multicultural y multilingüe. Esa revaloración necesita respaldarse con acciones concretas del Estado: políticas nacionales para la transversalización del enfoque intercultural, una política nacional de lenguas indígenas, tradición oral e interculturalidad; y otros aspectos que forman parte de los derechos colectivos que deben ser implementados en los tres niveles de gobierno (nacional, regional y local). Es decir, necesitamos institucionalizar a nuestros pueblos originarios no solo para reconocer su aporte en la construcción de nuestras identidades, sino para proteger sus derechos y promover la participación de sus miembros en el ejercicio público de la democracia.

Por eso, aprovecho estas páginas para visibilizar los saberes ancestrales del pueblo Harakbut al cual pertenecemos. La palabra Harakbut se traduce como “gente” o “humanidad” y sirve para nombrar a un pueblo que cuenta con siete identidades culturales o subgrupos: Arakbut o Amarakaeri, Wachiperi, Arazaeri, Pukirieri, Sapiteri, Toyoeri y Kisamberi. Con el objetivo de acercarnos y reconocernos mutuamente, comparto una breve referencia sobre nuestra cultura.

Ubicación. El pueblo Harakbut se encuentra en la región Madre de Dios, en las provincias de Manu y Tambopata, distritos de Manu, Fitzcarrald, Madre de Dios, Inambari y Laberinto. Las comunidades Queros y Santa Rosa de Huacaria se ubican en la región Cusco, provincia de Paucartambo y distrito de Kosñipata.

Número de comunidades nativas Harakbut. Son trece: Puerto Luz, Boca Inambari, Arazaeri, Kotsimba, Barranco Chico, San José de Karene, Masenawa, Boca Isiriwe, Puerto Azul, Shintuya y Shiringayoc en la región de Madre de Dios. En la región Cusco, Queros y Santa Rosa de Huacaria.

Formas de organización. Se dividen en dos organizaciones: clanes y malocas. Los clanes son siete: Indsikambu, Masejnawa, Saweron, Ebieri, Simperi, Wadidnpana y Yaromba. Tradicionalmente, residían en las cabeceras de los ríos y quebradas en diez malocas: Achitoweri, kupodn nerit tapoeri, Kupijbedntapoeri-Edowe oteri o Kupodnweri, Wadakweri o Suijtapoeri, Atayoteri o Peyowidnberi, Wakutadn eri, Sabijberi, Yawidnboteri, Kukaberi, Chisöëri y Kapiteri.

Autoridad tradicional. Ancestralmente, la autoridad era el wayorokeri, chamán o soñador que veía el futuro del pueblo. La siguiente autoridad era el o'po, quien era el jefe guerrero militar cuando existían conflictos. La última autoridad era el wantupa o wairi, que es el jefe civil del pueblo.

Normas sociales. Todo el pueblo respeta a los sabios ancianos y no se puede escupir, murmurar ni burlarse ante ellos.

Vestimenta. Los varones llevan pintura corporal en brazos, pecho y piernas, utilizando tintes naturales como el huito verde (Genipa americana) y el achiote (Bixa Orellana). Las mujeres usan una cushma elaborada con la corteza de llanchama para cubrir la parte inferior de su cuerpo, quedando el busto descubierto y adornado con collares elaborados por ellas mismas con colmillos de animales o alas de coleópteros. También pintan sus brazos con huito y achiote.

Costumbres principales. La pintura corporal epijkae (grafismos) y la forma de llevar el cabello: los varones lo conservan largo y las mujeres corto, usando la llanchama solo en la parte inferior de su cuerpo.

Artesanía. Confección de machinoe o tombij (adorno de plumas); kusipe (pesebre portátil de tronco de madera de topa o portabebé del recién nacido); kiodn ("canguro" para cargar niños durante viajes largos); wempu (bolsos elaborados con fibras de cetico) y

cinco tipos de flechas: Piyä (flecha para picar peces); widak (flecha con paca o bambú para picar animales grandes); kusoro (flecha de cuatro puntas para picar palomas y perdices); Kutodn (flecha para picar pajaritos multicolores cuyas plumas se usan en las coronas) y eidnbet´a (flecha para picar animales pequeños).

Tecnologías productivas. La principal actividad es la agricultura, que va acompañada de conjuros en sus diferentes procesos (la siembra, la cosecha y el autoconsumo). Otras actividades de subsistencia son la caza, pesca, recolección y agricultura migratoria.

Caza. Es la actividad diaria para alimentar a la familia y a veces se realiza por varios días. Para ello confeccionan varios tipos de flechas: warakpi (de chonta para pescado); widak (de paca para animales grandes); kutodn (con una bola al medio para pajaritos); kusoro (con cuatro puntas para paloma); y eidnbet´a (de hueso para animales). No está permitido cazar animales con cría ni de baja estatura. Generalmente, antes de cazar se debe soñar con los espíritus del animal. Las flechas con plumas de águila arpía son para sachavaca y existe una planificación para emboscar a las huanganas. El animal grande se come en grupo y se intercambian las presas: no puedes comer tu propia presa porque estarías comiendo tu espíritu. La esposa del cazador hace la repartición de platos de pona y pate (chivatoro y baend) con la presa cocida y le van agradeciendo de forma ordenada al cazador. Hay un peligro de exceso de caza (enokirempe´) que puede llevarse su espíritu y, por ende, conducir a la muerte. Una forma de cazar es usando un escondite maspute en la copa del árbol llamado wachak, para cazar todo tipo de aves. El espíritu de los animales es el Duberi.

Pesca. Se realiza con las raíces de la planta del barbasco (Dequelia utilis), que a su vez es biodegradable. Hay cantos durante la siembra, cosecha y pesca. Esta actividad se realizaba en los ríos Kupodnwe, Chisöë, Wadakwe y ahora en Karene. Usaban trampas como Opadnga eka y echoktatea (colocación de esteras

de cañabrava para encerrar peces), que estaban a cargo del propietario del barbasco. Hay una interrelación de productos con los peces, por ejemplo: Yuca (tare') = zúngaro; zapallo (karudnpe) = palometa; piña (kä'a'') = sábalo; pallar (owadn) = sardina; papa del monte (tai) = lisa.

Recolección. Se recolectan los frutos silvestres: wäyä, tompiku, sorokpo, potodn, araka, wëö', koradn, wadey y viritochi. Se recolectan los hongos blancos (wape) para el aderezo con presas. Se recolecta rana: okuen kuen, wara', burudn, wamoy, piudn y wäwä. Comían las siguientes larvas u orugas que se reproducen en un árbol, sogá o palmera: tonkodu (árbol del cetico); jondu (plamera de pijuayo); chidnkes (árbol de cumala); pöri' (árbol de topa); kapiwidndu (árbol de wacapú); totudu (árbol del diablo); api (árbol de wachaweri o mabuk); dapat (paca o bambú); ik kidu (árbol del chimbillo); wiwidu (planta de cañabrava); wakuson (palmera de shapaja); pinto'du (sobra de fruto pijuayo); ojtodn (árbol de guaba); kupi'du' (árbol kupimey); Mököndu (árbol de wepet); newanewadu (árbol de tapijbedn); sujpindu (árbol de baridnke); kutapaypaydu (soga en árbol grande); tawajdu (árbol de tawajmey); chicharras grandes, coleóptero de cañabrada (oj'po); larvas de avispa campana (kusodn); caracoles de quebrada y monte: pöyödn y tototpönö

Agricultura migratoria. Esta se apertura en chacra de altura con los productos: pijuayo, caña, trece variedades de piña, barbasco, bajjal, yuca, papaya, zapallo, papa del monte, ashipa, dale dale, waset y plátano. Una chacra grande tenía divisiones wakpay (parcelas) y cada producto tenía conjuros (chindidn) para la siembra. Había una reciprocidad para la utilización de estos productos y usaban el Bitedn (cuchillo de picuro mama) para pelar yuca y plátano. Existen especies de tubérculos en extinción como el suki i', utudnojpa, wirë y Söre. El maíz molido tostado (kuyuy) metido en paca se llevaba como fiambre al monte. Wawin es la bebida de maíz.

“ Para ejercer nuestra ciudadanía necesitamos que ese proyecto de desarrollo se realice en una alianza estratégica con el Estado y en el marco de la modernización de la gestión pública. Es decir, que incluya una verdadera participación indígena en los gobiernos regionales y locales ”

Gastronomía. Poseemos siete platos típicos principales: emaney (pescado en paca, propuesto para Marca Perú y que está siendo promocionado por el Gobierno Regional de Madre de Dios); ewidnbe (pescado en paca para comer en varias semanas); enchipakka (pescado ahumado en cañabrava); wasot (tamal de maíz en paca); ektatun´a (tacacho en paca con maní y castaña); ektawiso (sopa de pescado sábalo) y edopowe´ (juane de sardinas). Una forma de comer el plátano es el wataoy (chapo Arakbut) de plátano enterrado (echío) que se introduce en la paca o bambú.

Permiso para ingresar al bosque primario. Después de breves palabras del sabio se prendía el fuego con Paypi. En ella, según la gota del fuego, se podía pronosticar la picadura de serpiente, la caída de un árbol, la emboscada del enemigo, una buena caza, el ataque del otorongo, perderse en el monte o una picadura de raya.

Medicina tradicional. Los sabios brindaban sus cantos curativos (chindidn) con hierbas específicas para cada enfermedad. Por ejemplo, para el Ebakchua se usaba la hoja de tabaco seco (payba) y latigazos con hojas de la ishanga u hortiga (machirik).

Conjuros. Realizan conjuros o cantos curativos como el Emampoj (para crecer alto y corpulento); ó´te (para crecer rápido); ekboa (para desviar la lluvia); ekjuruk (para sanación rápida); emak oyönkae (para cicatrizar la herida); payba´ (para tener fuerza); ebakchuwa (para curar males de la naturaleza); wapedak ea (para la protección familiar ante una pared de roca); chindidn (para curar enfermedades naturales). El canto de las aves vaticinan lo que va a ocurrir al instante o en pocos días: el búho pronostica la muerte (mëötö); los pájaros pueden anticipar el atraso (pikwa o chöchö), la huída de la pareja (mondmodn) y el pájaro carpintero anuncia el embarazo (bednko o burutëtë).

Tradición oral. Los principales mitos son el de wanamëi o Anamëy (árbol que salvó a la humanidad) y Marinke o Amarinke (héroe cultural Harakbut).

Fiesta ritual. La principal fiesta ritual ancestral era el Sine' (rito de iniciación de un adolescente, el paso de la adolescencia a la juventud). Se realizaba con cantos relacionados a los animales, danzas individuales y grupales. En la actualidad se ha institucionalizado el festival Sine' don end dari, que significa "Fiesta de mi tierra", mediante la Ordenanza Regional N° 016-2008-GRMDD/CR del Gobierno Regional de Madre de Dios. Este se celebra cada año el día 27 de setiembre y está a cargo de una comisión multisectorial. En el 2021 se realizará en una comunidad Harakbut como parte de las actividades del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Sine'. Era una gran fiesta ritual de iniciación que se planificaba con anticipación. Asistían solo los adolescentes, jóvenes y personas adultas de las 10 malocas principales de una población total de 30 mil habitantes, aproximadamente: Achitoweri, kupodn nerit tapoeri, Kupijbedntapoeri-Edowe oteri o Kupodnweri, Wadakweri o Suijtapoeri, Atayoteri o Peyowidnberi, Wakutadneri, Sabijberi, Yawidnboteri, Kukaberi, Chisöeri y Kapiteri. Recalco que estas se ubicaban en las cabeceras de los ríos Chisoë' abukwë, kupodnwë, wadakwë e isiriwë. La fiesta era organizada por la maloca de donde procedía el adolescente que iba a iniciarse.

Los anfitriones hacían un llamado en las madrugadas al estilo de una trompeta ancestral con el anuncio de Eurika, que era usando una paca o bambú larga metida en una olla blanda de barro. La persona encargada se sentaba encima de la maloca principal, mirando hacia las demás. Entonces soplabla y el eco llegaba hasta las maloca vecinas.

Fases del Sine'. Esta fiesta ritual tenía tres fases. La primera eran los preparativos, que empezaban un año antes e involucraban a todos los miembros del clan en la casa principal ubicada en cerro. El adolescente que se iniciaría era ayudado por sus padres, quienes le echaban huito durante las noches para hacerle crecer el cabello (ekuyawea). Luego debía ponerse un adorno de plumas en

el brazo (ebo'ot) y atravesar el proceso de eojtokoy (la perforación de la nariz y el mentón con una espina de pijuayo para introducir el owäpi o palito y en este las plumas). Más adelante podía chupar tayandpi (coca macerada en paca) y usar el sarokutedn (adorno de plumas de aurora en una chonta). La pintura corporal de los varones era hecha con huito y achiote.

Los parientes ayudaban a cazar y a confeccionar adornos con plumas de loros. Un día antes de asistir al Sine', revisaban su machinoe o tombij (adorno de plumas), penbet (adorno de plumas en la oreja) y mako'to' (maleta para guardar plumas de repuesto). Faltando unas horas para el ritual, realizaban los ensayos de cantos y danzas delante de los familiares, quienes les corregían los pasos.

Mientras tanto, las mujeres adolescentes se cortaban el cabello con colmillo de äpäroidn o bitedn (picuro mama), confeccionaban collares (sakbij) de color blanco y negro con semillas de wanku para lucirlos en el pecho y el cuello y después guardarlos en bolsos de llanchama (kutama). Ellas se pintaban con huito y achiote los senos y los brazos. Algunas señoritas traían una corona tejida con fibra de cetico y un collar de semillas. Antes del Sine', los adolescentes no podían formar una familia.

Entre todos limpiaban los caminos por donde iban a llegar los invitados y seleccionaban los mejores productos: caña, pijuayo, piña y maíz molido cocido en paca tierna para convidar. También elegían las mejores presas de carne ahumada o pescado en paca y preparaban la bebida del Sine': wawin, que es una chicha de maíz sin fermentar.

En la segunda fase de esta fiesta ritual, los anfitriones esperaban en fila y en orden. Generalmente, la primera persona en saludar a los invitados era el adolescente que iba a iniciarse (mobaypak). Luego seguía el resto y algunos ayudaban a guardar sus pertenencias (el kukape o morral) en la kirawa (repisa).

Los anfitriones tenían un moderador, quien daba la bienvenida a todos y presenta al adolescente (mobaypak). Después del saludo se sentaban en kutape (tronquito de palo), cada uno con sus parientes cercanos de la otra maloca, y hacían el saludo canto-ritual, dando la bienvenida o el reencuentro de ambos. En ese momento, los adolescentes y jóvenes también se reconocían para medir fuerza o resistencia para al día siguiente, pues el Sine' duraba toda la noche.

La tercera fase empezaba dentro de la maloca. Se prendía la fogata con buena leña y pacas secas para alumbrar el cuerpo del mobaypak hasta que volviera a salir el sol. Durante la noche, había tres danzas principales:

1. Ebaypak (danza individual). El adolescente mobaypak baila solo usando su atuendos por única vez en su vida: el machinoe, flecha y tayadnpi, corona baokpidn de plumas de pajaritos coloridos, sakwij, burakoy, namobura, una corona tanka (corona de plumas de ave nocturna) y penbet (plumas en la oreja). La danza consiste en dar tres vueltas grandes alrededor de la fogata.
2. Ewak (danza grupal de varones y mujeres, jóvenes y adolescentes). Cada cazador entonaba un tema relacionado a un animal o ave que más había cazado y los demás hacían un coro al final de cada estrofa, mientras que las mujeres adolescentes estaban en la ronda circular de forma intercalada, moviéndose hacia adelante y hacia atrás. En esa ronda se daba el ingreso de las novias durante la danza, ubicándose al costado de su futuro esposo y usando ura' (falda especial tejida para las novias que era propiedad de la maloca).
3. Eba' o Ebacha' (danza de cazadores, personas adultas que cantaban hasta el amanecer). Participaban personas que ya habían pasado por este rito y solo acompañaban con los cantos de los animales toda la noche hasta el amanecer.

“ Amarakaeri significa ‘guerrero o belicoso’, lo cual era considerado como un hito de la organización social. Ese orgullo por quienes somos puede ser un insumo para construir nuestra identidad nacional, en la que la condición de guerrero no tiene que ver con el conflicto sino con la protección de nuestro legado y de nuestros derechos ”

Por la mañana se iban a un wakupen (cancha para medir fuerza) y empezaban a medirse la fuerza entre jóvenes de diferentes malocas, algo que no estaba permitido entre personas de la misma maloca. El objetivo era desmayar al opositor, enfrentándose cuerpo a cuerpo. Terminaban en la tarde y luego se despedían dándose las manos y abrazándose entre los contrincantes hasta la próxima fiesta ritual Sine’.

Entre los saberes ancestrales que mantenemos en la actualidad están las actividades de subsistencia como la caza de animales con flecha y arco; la pesca con barbasco, la recolección de frutos silvestres y de larvas como batracios; la agricultura migratoria y la domesticación de productos. También conservamos tradiciones orales como los mitos Marinke, Wanamey, cuentos de pöpä, aypiküë y leyendas de veneración a las peñas o rocas. La lengua Arakbut o Amarakaeri, el arte de confeccionar los adornos de plumas como el machinoe; cantos relacionados a las aves, animales y a la naturaleza; cantos rituales ebaypak; formas de organización social en las que se respetan los sistemas de clanes o de consanguineidad; tecnologías productivas; los conjuros antes, durante y después de la cosecha; la autoridad tradicional, pues los sabios son consultados sobre el futuro; la gastronomía, que posee más de diez platos ancestrales y plantas medicinales como la hoja de la ishanga y tabaco. Entre los saberes que se han perdido y que están en proceso de revaloración en las comunidades son el ritual sine’, la casa principal o maloca, la cerámica, el ritual funerario y la captura de las aves.

Quiero concluir este breve glosario sobre nuestra cultura compartiendo las lecciones más importantes que aprendí de mi pueblo, pues estoy convencido de que estas pueden ser útiles para todos los peruanos. Primero, la unidad de los clanes: las casas principales de las trece comunidades nativas del pueblo Harakbut, antes del contacto y en la actualidad, se unen para defender su territorio titulado o su territorio ancestral en el área natural

que hoy se conoce como Reserva Comunal Amarakaeri. Esta representa la herencia cultural de los ancestros y de los sabios para las generaciones futuras. Por eso, no solo son territorios reconocidos por el Estado para proteger la flora y fauna, sino para garantizar la sostenibilidad cultural del pueblo Harakbut entre otros pueblos, quienes buscan y quieren llegar al bicentenario con un proyecto de desarrollo que tenga identidad y respeto a sus derechos colectivos. Para mí, el valor de esta unidad no se trata de una idea sino de un ejercicio cultural y emocional que se convierte en acciones concretas.

Sin embargo, para ejercer nuestra ciudadanía necesitamos que ese proyecto de desarrollo se realice en una alianza estratégica con el Estado y en el marco de la modernización de la gestión pública. Es decir, que incluya una verdadera participación indígena en los gobiernos regionales y locales, institucionalizando el tema indígena en el Acuerdo Nacional o en la Política General de Gobierno con visión al 2050. Por lo menos, podríamos llegar al 2021 con la creación de las Gerencias de Desarrollo de los Pueblos Indígenas para la intervención y articulación con otros aliados estratégicos de las comunidades nativas amazónicas.

La segunda lección de mi pueblo tiene que ver con la seguridad alimentaria. Una de las cosas que ha visibilizado la pandemia es la urgencia de repensar nuestra forma de alimentarnos y de revalorar a todas las personas involucradas en la economía de subsistencia. Durante siglos, esta ha sido la única actividad sostenible para los pueblos indígenas: la agricultura migratoria, la pesca, la recolección y la caza. Como los habitantes de varios países asiáticos, pudimos vivir más tiempo gracias al consumo de productos naturales y orgánicos que obteníamos gracias a nuestra relación con el bosque.

La tercera lección es el orgullo que sentimos por nuestra identidad. Amarakaeri significa “guerrero o belicoso”, lo cual era

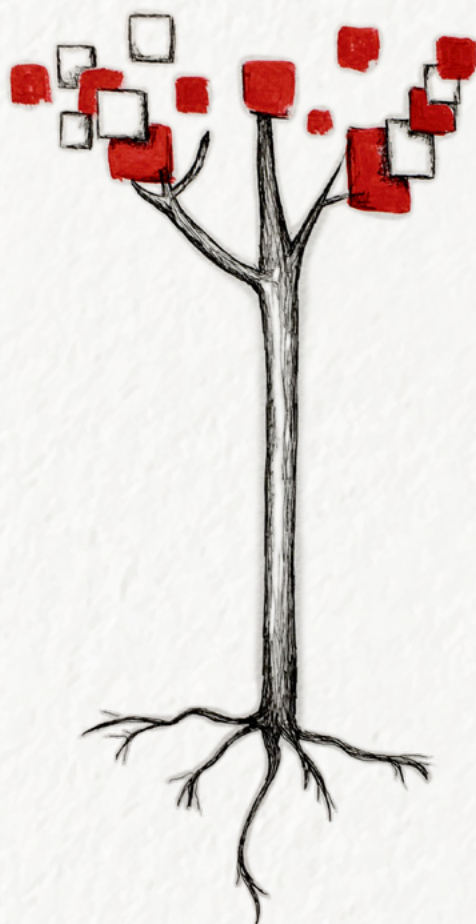
considerado como un hito de la organización social. Ese orgullo por quienes somos puede ser un insumo para construir nuestra identidad nacional, en la que la condición de guerrero no tiene que ver con el conflicto sino con la protección de nuestro legado y de nuestros derechos.

La última lección tiene que ver con la coexistencia. A través del ritual Sine', de las danzas y cantos rituales relacionados a la flora y fauna, se demuestra la convivencia armónica, la relación directa y permanente con la naturaleza y con la comunidad para garantizar la supervivencia como pueblo. Es algo que las medidas de distanciamiento social y el estado de emergencia también nos han obligado a replantearnos y mi pueblo tiene mucho que enseñarnos al respecto.

De esta forma, todos podemos aprender que –como ciudadanos– debemos garantizar el trinomio territorio-economía-organización para luego articular con el Estado y que tanto las demandas como los servicios públicos sean atendidos con pertinencia cultural. Para nosotros, un pueblo sin sus saberes ancestrales es como un árbol shihuahuaco (*Dipteryx micrantha*) sin raíz. El Perú, a pesar de la pandemia, es un país rico, con mucha sabiduría y con muchos árboles shihuahuacos. Gracias a eso tenemos muchas raíces para ir cada uno tejiendo nuestra identidad nacional rumbo al bicentenario.

UN BICENTENARIO DESCENTRALISTA

Paulo Vilca Arpasi



La pandemia de la COVID-19 ha sido comparada en más de una ocasión con la crisis vivida en el país a raíz de la guerra del Pacífico y, sin duda, hay argumentos a nivel económico e institucional que sostienen este paralelo. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en aquel aciago conflicto bélico contra un enemigo externo cuya presencia se desplegó sobre todo en la costa y, en menor medida, en ciertas zonas de los Andes, ahora es el país en su conjunto el que sufre los estragos de los contagios, el colapso de los servicios médicos y el drama económico que pone en riesgo el futuro de millones de nuestros compatriotas.

Si en un inicio fueron lugares como Iquitos, en la Amazonía, o Piura y Lambayeque, en la costa norte, donde cundió la desesperación por no contar con elementos básicos como oxígeno y colapsaron los servicios de salud, poco tiempo después la crisis llegó a Lima o Amazonas, donde la afectación de comunidades como Cantagallo, a escasos metros de Palacio de Gobierno, y las comunidades awajún que habitan en las cuencas aledañas a la cordillera del Cóndor y el río Marañón revelaron, otra vez, el abandono histórico y transversal de los pueblos indígenas. La tragedia pasó luego al sur, que durante unos efímeros meses esquivó lo peor de la pandemia, aunque este tiempo ganado no sirvió de mucho para que en lugares como Arequipa, Tacna o Juliaca se multiplicaran las muertes y los pedidos de auxilio de una población que no encuentra respuestas efectivas y oportunas ni de las autoridades regionales ni de las nacionales.

Pese a que todo indica que nuestro Estado ha sido desbordado en toda línea y muestra las mismas limitaciones en el ámbito central como a nivel subnacional, no son pocas las voces, sobre todo en la capital, que ponen el énfasis en la mala actuación de los gobiernos regionales y locales, achacándoles una mayor responsabilidad en la pobre respuesta a nivel sanitario. A partir de ello proponen dar paso a una recentralización, olvidando que en varios lugares los llamados “comandos COVID-19” son liderados por generales del Ejército nombrados por los representantes del Poder Ejecutivo.

“ El proceso de descentralización que fue parte de la reconstrucción democrática posterior a la caída del fujimorismo tiene indudables fallas y es tal vez la mayor de las promesas incumplidas para la mayoría de peruanos y peruanas que viven más allá de Lima ”

Ciertamente, el proceso de descentralización que fue parte de la reconstrucción democrática posterior a la caída del fujimorismo tiene indudables fallas y es tal vez la mayor de las promesas incumplidas para la mayoría de peruanos y peruanas que viven más allá de Lima. En efecto, la reforma descentralista fue concebida como una respuesta para dejar atrás el histórico centralismo que nos caracteriza y construir un Estado más cercano y eficiente para la gente, pero ninguno de esos objetivos ha sido alcanzado.

Por el contrario, la emergencia ha evidenciado la lejanía de la administración que dirige el Estado desde la capital respecto a las necesidades y problemas cotidianos que atraviesan los demás departamentos. Así lo demuestra la demora en aprobar y ejecutar medidas para atender la emergencia incorporando el enfoque intercultural o el escaso avance en la distribución del bono rural, solo para citar dos ejemplos. Y, por supuesto, también ha quedado patente que quienes conducen los gobiernos regionales no han estado a la altura de las circunstancias, ya sea por carecer de competencias suficientes en gestión pública como por guiarse por la política menuda y, en más de un caso, continuar con las prácticas corruptas que no se detienen ni siquiera cuando está en riesgo la vida de millones de personas.

El Perú no puede seguir persistiendo en la ruta centralista y llegar al bicentenario sin una vocación de superar, de una vez por todas, ese dogma común de que "Lima es el Perú". Esta creencia, que toma como base la llegada a la capital de peruanos y peruanas de todos los territorios -muchos de los cuales han regresado a sus lugares de origen debido a la pandemia- sustenta en buena medida la preponderancia política del centralismo. Y a medida que se van agrandando las distancias demográficas y económicas con el resto del país, la ruta centralista parece más difícil de superar. Lo peor de todo es que, bajo esta concepción, todo lo que ocurre fuera de la metrópoli limeña - en lugares como Madre de Dios, Huánuco o Tumbes - es visto y juzgado como si formara parte

“ Tras 200 años de declaración de nuestra independencia, Lima tiene pendiente, como decía el intelectual puneño Emilio Romero, cumplir su ‘misión de verdadera capital de una nación, dirigiendo sus destinos y logrando el desarrollo armónico de todas sus regiones’... Y desde las regiones urge asumir la responsabilidad de mirar más allá de los límites departamentales y construir una visión de carácter nacional ”

de una realidad ajena o, en el mejor de los casos, como algo periférico y difícil de entender. Asimismo, da sustento a una serie de diferencias de trato entre las burocracias nacionales y regionales, con una clara preponderancia de la primera que nunca mira ni trata como iguales a sus contrapartes del interior y jamás reconoce que puede ser tan negligente como la segunda.

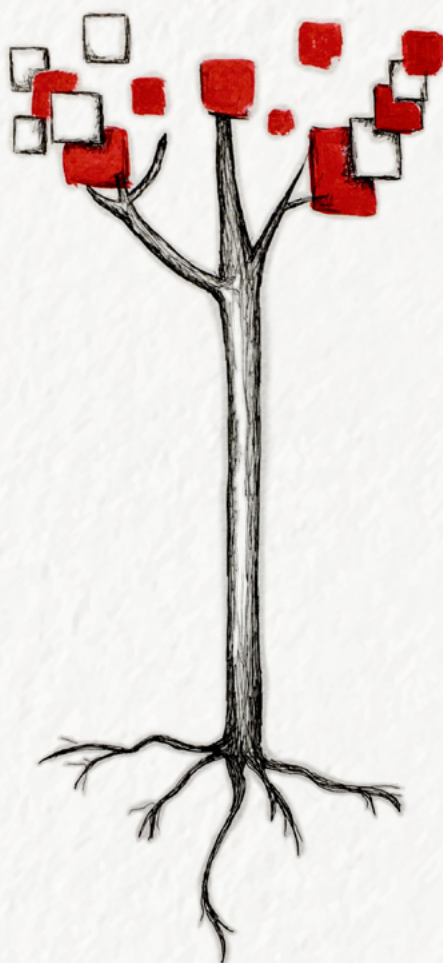
Aunque ha pasado un siglo desde la llegada de los mensajeros aymaras y varayocs cusqueños a Lima, por cuyas calles desfilaban para reunirse con el presidente de la república a fin de solicitarle justicia y comprensión, no existe mucha diferencia con los viajes que deben realizar en la actualidad gobernadores, alcaldes y funcionarios para visitar las oficinas de los ministerios en busca de recursos y atención.

Tras 200 años de declaración de nuestra independencia, Lima tiene pendiente, como decía el intelectual puneño Emilio Romero, cumplir su "misión de verdadera capital de una nación, dirigiendo sus destinos y logrando el desarrollo armónico de todas sus regiones". La capital no puede seguir sentada encima del resto, medrando sus recursos y mirando de lejos al país, como si continuara siendo la cortesana sede central de un inexistente virreinato. Y, por supuesto, desde las regiones urge asumir la responsabilidad de mirar más allá de los límites departamentales y construir una visión de carácter nacional.

Alcanzar la meta de un país con verdadero desarrollo descentralizado y sostenible es uno de los grandes desafíos que nos toca asumir. Un nuevo y verdadero descentralismo debe prevalecer.

MEMORIA COVID-19

José-Carlos Mariátegui



Los vínculos entre el Bicentenario de la Independencia del Perú y la COVID-19 (acrónimo de *Coronavirus disease 2019* por su nombre en inglés) podrían ser elaborados por cada uno de los peruanos individualmente, de acuerdo con las experiencias personales y colectivas vividas durante los meses de pandemia y aislamiento social. El impacto en la vida social generado por el virus pone en duda mucha de la información “objetiva” a la que hemos estado expuestos anteriormente. Por ejemplo, la expansiva cifra de contagios y muertes a causa del virus cuestionan la objetividad de los indicadores y calificadores macroeconómicos que presentaban al Perú frente a los mercados e inversionistas internacionales como un país de economía próspera, en crecimiento y con perspectivas favorables. Todos esos indicadores de estabilidad económica generan desconfianza y cuestionamientos frente a una de las peores crisis sanitarias de nuestra historia. Detrás de los datos de esplendor económico, el deterioro real era muy diferente y favoreció el contexto para que surgiera la epidemia: un país con una infraestructura sanitaria precaria, inoperante y alejada de las carencias, dolores y enfermedades de sus ciudadanos. La falta de estructura hospitalaria y la carencia de acceso al agua potable y desagüe contribuyen al estigma y a la discriminación social en un país de marcadas desigualdades sociales.

Es en esa esfera de enfermedad –que envuelve, también, condiciones de dolor y desesperación– en la que recibiremos la conmemoración del Bicentenario de la Independencia del Perú. Es decir, un periodo comúnmente asociado en el imaginario colectivo con festejos y actividades celebratorias deberá convertirse en un momento de reflexión crítica y discusión sobre nuestra incapacidad de crear, en doscientos años de vida republicana, las más elementales formas institucionales de convivencia, servicio y soporte público.

“ Dentro de las líneas propuestas (por el Ministerio de Cultura) para apoyar a trabajadores y organizaciones culturales existen once modalidades orientadas a la producción, promoción y difusión de memorias comunitarias a partir de tradiciones orales, arte tradicional, danza y música tradicional. Cada una de estas memorias serán reflejo de la creación local en momentos de una pandemia global con múltiples representaciones ”

La objetividad macroeconómica generó la presunción de que un país de “economía sana” se decidió a impulsar reformas estructurales como la privatización de muchos servicios públicos sin importar sus graves consecuencias sociales. La irracionalidad de dicho modelo se funda en que los beneficios obtenidos de tales inversiones y privatizaciones no han permitido crear un Estado eficiente ni moderno. La gestión de libre mercado no ayudó a aliviar las carencias públicas primordiales ni a resolver la muchas veces ineficiente gestión de fondos públicos –cuando no se infiltran en pequeñas o gigantescas operaciones de corrupción–. Muy por el contrario, el Estado suele ofrecer servicios públicos de bajísima calidad, operativamente ineficientes y de poco impacto en la población. Eso aviva la necesidad de una maquinaria “privada” paralela que impulsa un discurso a favor de la “salud individual”, vulnerando y desdibujando el concepto de “salud pública” y promoviendo la desigualdad social. Esta chata visión economista y de *management* promueve la idea de adaptar modelos de otros países sin considerar aspectos de importancia como la cultura y la historia, sobre todo en el Perú, que tiene una configuración de valores y actitudes sociales, étnicos y lingüísticos complejos y variados.

Es en este contexto nada provisorio y desesperanzador –en el que el impacto objetivo de las reformas económicas ha fracasado para enfrentar la actual crisis sanitaria–, que en junio del 2020 el Ministerio de Cultura aprobó la creación de un subsidio público de cincuenta millones de soles como “mecanismo de amortiguamiento para mitigar los efectos económicos en el sector cultura”. Dentro de las líneas propuestas para apoyar a trabajadores y organizaciones culturales existen once modalidades orientadas a la producción, promoción y difusión de memorias comunitarias a partir de tradiciones orales, arte tradicional, danza y música tradicional. En suma, se producirían cerca de seiscientos contenidos que provendrían de todo el país, representando una suerte de archivo de la memoria reciente peruana. Cada una de estas memorias

“ Conocimiento y memoria son dos elementos estructurales que permiten trascender las fronteras de la historia y dan lugar a nuevas ideas que reevalúan las exégesis establecidas, creando nuevos contextos a partir de pequeñas historias locales e interpretaciones subalternas ”

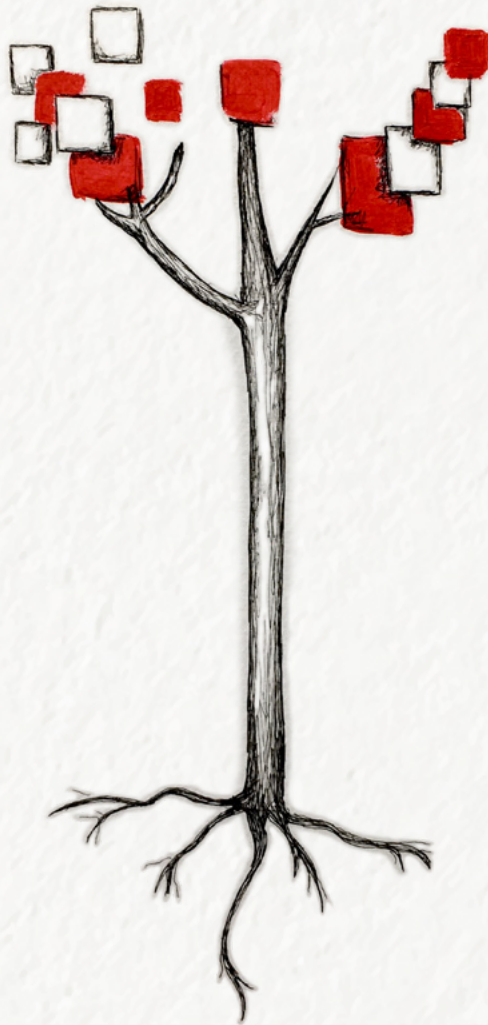
serán reflejo de la creación local en momentos de una pandemia global con múltiples representaciones, ya sea en lenguaje, narración, imagen o sonido. Al llevarlo al espacio del registro y la representación, estas memorias también traerán nostalgias y fragmentos del pasado, delicadas fisuras entre el vivir un evento y recordarlo. Así, estas constituyen un poderoso estimulante para la creatividad cultural y artística.

Conocimiento y memoria son dos elementos estructurales que permiten trascender las fronteras de la historia y dan lugar a nuevas ideas que reevalúan las exégesis establecidas, creando nuevos contextos a partir de pequeñas historias locales e interpretaciones subalternas. Si se logra una diversidad en la selección de beneficiarios al subsidio público establecido por el Ministerio de Cultura, se podría romper con las presunciones históricas arraigadas para proporcionar un espacio que permita reevaluar las interpretaciones y la subjetividad a partir de contextos y narrativas particulares y colectivas. Estos relatos, una suerte de “Memoria COVID-19”, podrían propiciar el reemplazo de un imaginario caduco por múltiples narrativas -flexibles, dinámicas y subjetivas- desde diversas perspectivas, que serán también nuevas formas de ver y comprender el pasado en relación con el presente.

Más que un mero material histórico o archivístico, la memoria es un concepto poderoso. Por eso, al crear este subsidio, el Estado peruano también debe comprometerse a difundir, preservar y estudiar estos aportes de la vida cotidiana para fortalecer la cultura y promover cambios del modelo económico que lo vinculen con los derechos fundamentales de la ciudadanía.

MIRAR A TODOS Y TODO POR IGUAL

Andrés Garay



Los hermanos Courret, fotógrafos franceses que llegaron en los años de 1860, y el fotógrafo y editor portugués Manuel Moral, autor de importantes publicaciones a inicios del siglo XX, hicieron que la fotografía funcionara como vehículo de modernidad ofreciendo imágenes del Perú desde Lima. Sin embargo, el fotógrafo arequipeño Max T. Vargas (1873-1959) fue pionero en construir, de manera sistemática, un relato visual del sur andino, recorriéndolo con el ferrocarril del sur desde que inició su labor fotográfica en 1896. Fotografió el puerto de Mollendo y la costa arequipeña, el cráter del Misti, la catedral y los puentes de Arequipa, el lago Titicaca, calles incaicas y edificios coloniales de Cusco, el valle de Urubamba y sus sitios arqueológicos, y retrató a personas indígenas solas y en grupo, desarrollando distintas actividades.

Aparte de la fama que tuvo como retratista en la región peruano-boliviana, su fotografía documental terminaría siendo la que tuvo mayor presencia en la esfera pública. En sus recorridos fotografiaba pensando en producir y vender “vistas y postales”, dos formatos de demanda creciente entre viajeros, científicos y turistas. Hacia 1908 mandó pintar astutamente, en la pared exterior del tercer piso de su estudio, la frase “Vistas del Perú”, de tal forma que esta pudiera leerse desde toda la Plaza de Armas de Arequipa.

Sus excelentes imágenes se publicaron en las revistas *Variedades e Ilustración Peruana*, en el diario *La Crónica* (fundados por Manuel Moral) y en revistas bolivianas y chilenas. Aunque el archivo fotográfico de Max T. Vargas está perdido, se puede ubicar su obra original en colecciones privadas y centros de investigación en Buenos Aires, Cusco, Lima, Arequipa, La Paz, Santiago de Chile, Berlín, Los Ángeles y París.

En 1908, cuando Vargas estaba en pleno apogeo de su carrera fotográfica, un joven de 17 años de edad llamado Martín Chambi

(1891-1973) tocó la puerta de su estudio para trabajar con él. Chambi provenía de una familia quechuahablante de Coaza, un pueblo ubicado en las alturas de Carabaya, en Puno. Muchos jóvenes de zonas altoandinas migraban a Arequipa porque esta ciudad representaba la esperanza de un futuro mejor: había trabajo y prosperidad. Vargas dejó una huella profunda en él y en otros asistentes, los posteriormente conocidos Vargas Hermanos (Carlos y Miguel, sin parentesco con Max) y Alberto Vargas, su hijo, quien se hizo famoso en Estados Unidos por las *Varga's Girls*. Chambi trabajó con Max T. Vargas hasta 1912, y desde ese año hasta 1917 en el "Estudio de Arte" de los Vargas Hnos., completando una formación artística y profesional sólida y sofisticada.

Chambi se instaló en Cusco en 1920 luego de una corta estancia en Sicuani, en vísperas de las celebraciones por el Centenario de la Independencia y en momentos en los que Cusco empezaba a revelar al mundo moderno su potencial patrimonial. Él sabía que, como lo planteamos con Jorge Villacorta en un ensayo reciente, hacer fotografías exigía inteligencia ante el nuevo contexto, concentración para definir una temática trabajada desde perspectivas singulares y personales, y compromiso estético y ético en la labor cultural de hacer imágenes. En uno de sus primeros avisos, publicados en un diario cusqueño de 1921, afirmaba tener "un inmenso surtido de postales y vistas del Cusco y Arequipa" como repertorio propio. Chambi estaba haciendo del Cusco un destino de interés mundial y un nuevo epicentro de la fotografía peruana y latinoamericana.

De hecho, colaboró con cuanto medio de comunicación nacional e internacional se lo propuso, presentó su obra en exposiciones en el Perú y en el extranjero y produjo y vendió miles de postales y vistas. Su trabajo tuvo una resonancia transversal, siendo los indigenistas quienes atesoraron desde el primer momento el fabuloso y versátil material visual por los contenidos reveladores de ruinas arqueológicas, paisajes, indígenas, costumbres y

“ Su interpretación del pasado desde su origen étnico, y también desde su aceptación mestiza, configuró una visión inédita que fusionaba las herencias incaica y europea. Fotografió talentosamente monumentos prehispánicos y coloniales, y respetó la dignidad de los indígenas y de los mestizos burgueses al retratarlos fuera o dentro del estudio. Al mirar a todos y todo por igual, Chambi hizo posible que su obra se cargara de diversidad, un aspecto esencial de peruanidad ”

fiestas. Pero las fotografías de Chambi también fueron bien recibidas y utilizadas en diversos campos del saber académico, demandadas por turistas, editores, periodistas y artistas. Conectó con todo tipo de públicos, incluido el de Chile, donde expuso personalmente en 1936 (estuvo cuatro meses fotografiando en el país del sur).

Además de su formación arequipeña, Chambi tuvo una cualidad que contribuyó a su brillantez y a descollar frente a sus contemporáneos. Su interpretación del pasado desde su origen étnico, y también desde su aceptación mestiza, configuró una visión inédita que fusionaba las herencias incaica y europea. Fotografió talentosamente monumentos prehispánicos y coloniales, y respetó la dignidad de los indígenas y de los mestizos burgueses al retratarlos fuera o dentro del estudio. Al mirar a todos y todo por igual hizo posible que su obra se cargara de diversidad, un aspecto esencial de peruanidad, como bien ejemplifica el retrato grupal de *Ezequiel Arce con cosecha de papas*. En esa imagen se aprecia que la mujer, en una familia andina, agrícola y trabajadora, es parte central de un discurso visual vigoroso e innovador.

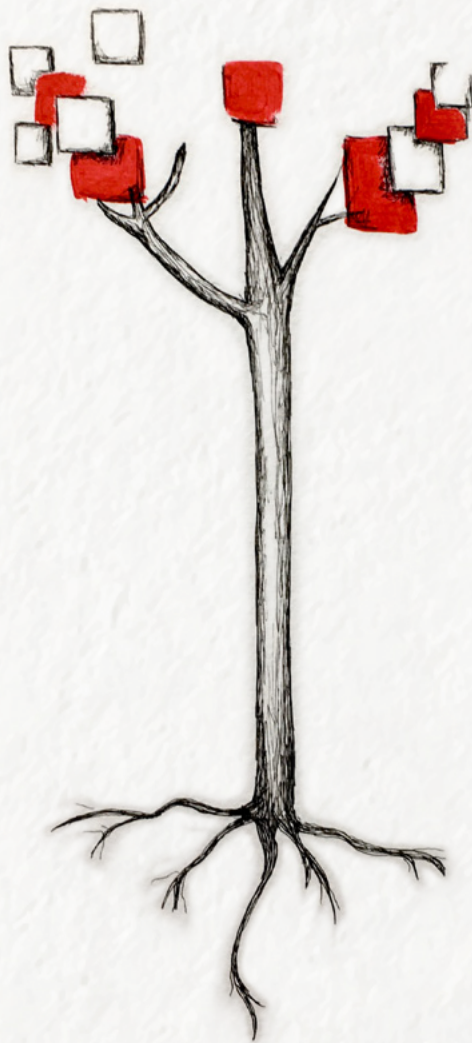
Si Chambi, como él mismo expresó en algún momento de su vida, tuvo el ideal de dar a conocer al mundo la belleza de la patria y del pasado, vale contemplar también *Panorámica de Machu Picchu* o *Campanarios cusqueños* como muestra de ese propósito. Así lo entendió el fotógrafo estadounidense Edward Ranney, responsable junto con los hijos de Chambi, Víctor y Julia (en ella despositó su padre el cuidado del archivo, en cuya labor contó años después con el apoyo de su sobrino nieto Teo Allaín Chambi), de iniciar en la década de 1970 la internacionalización de la obra del maestro en nuestros tiempos.

La acertada declaratoria de la obra fotográfica de Martín Chambi como Patrimonio Cultural de la Nación en el 2019 permite revalorar su visión de peruanidad y también la de Max T. Vargas, quien tuvo

el reconocimiento póstumo como Personalidad Meritoria de la Cultura en el 2016 por su fotografía documental e influencia en artistas destacados. A puertas del bicentenario, las fotografías de estos maestros surandinos nos vuelven a interpelar nítidamente sobre la identidad peruana, fundada en la diversidad en sentido amplio, y nos ofrecen una mirada integradora de nuestras herencias, culturas y geografías.

CIUDADES PARA EL BICENTENARIO

Aldo Facho Dede



“El derecho a la ciudad se manifiesta como forma superior de los derechos: el derecho a la libertad, a la individualización en la socialización, al habitat y al habitar”.

Henry Lefevre, 1969

El bicentenario de nuestra independencia es un periodo de tiempo que genera muchas expectativas, poniendo sobre nuestros hombros una carga subjetiva que nos moviliza hacia determinadas acciones, en el supuesto de que somos los responsables de impregnar la historia de un legado que trascienda a las generaciones venideras. Estas fechas son vistas como hitos de reflexión y proyección, aunque nuestra misma historia nos muestra que se terminan diluyendo entre hechos coyunturales.

Esto podría sucedernos ahora, debido a la crisis económica y social desatada por la expansión de la pandemia de la COVID-19, que ha desnudado las enormes debilidades y limitaciones que tenemos como nación. Sin embargo, debiéramos emprender acciones que nos permitan aprovechar la expectativa puesta en esta celebración para transformar este presente y posibilitar un mejor futuro.

Nuestras ciudades, como construcciones sociales que son, han sido uno de los escenarios donde se han evidenciado con mayor fuerza el egoísmo e indiferencia que nos lastran, así como la solidaridad y la esperanza que nos unen. Lamentablemente, las brechas generadas por lo primero se han tornado, en algunos casos, infranqueables, mostrándonos los grandes retos que, en materia de urbanismo, tenemos que asumir para que la “nueva normalidad” sea más justa e inclusiva que la previa a la pandemia. Podríamos enumerar esos retos, pero considero que hay

“ Debemos exigir el derecho a la ciudad como el legado del Bicentenario. Este es un reconocimiento a la integralidad del bienestar, pues la única forma que tendremos de salir de la pobreza de manera sostenida es con ciudades que nos garanticen el desarrollo de nuestros derechos básicos, exaltados en ese derecho mayor ”

un concepto que los aglutina: el “derecho a la ciudad” como ampliación del “derecho a la vivienda”, que fue eliminado en la Constitución de 1993 pero que está subyacente en la mayoría de derechos fundamentales: al libre desarrollo y bienestar, a la no discriminación, a elegir el lugar de residencia, al disfrute del tiempo libre y al descanso, a gozar de un ambiente equilibrado y adecuado para el desarrollo de la vida, a la educación y a la salud.

¿Por qué es importante que el Estado peruano reconozca el derecho a la ciudad como un derecho fundamental? Porque con ello se estaría evidenciando la integralidad del bienestar, es decir, que toda intervención o inversión del Estado orientada a mejorar la calidad de vida de sus ciudadanos tendría que estar enmarcada en un modelo de desarrollo que la justifique y, por ende, permita maximizar sus beneficios.

Por ejemplo, no deberíamos ver más pistas recién terminadas que son rotas para ampliar la red de agua y desagüe; proyectos de vivienda social sin parques, colegios ni postas médicas; nuevas urbanizaciones sin conexión a la red de transporte público; titulación de viviendas a las que no se puede llegar con una ambulancia o proyectos de teleféricos para viviendas sin servicios básicos.

En el mundo tenemos grandes muestras de este enfoque integral de desarrollo y de su aporte en la reducción de la vulnerabilidad social. Ciudades como Barcelona, Londres, Berlín y París han renovado importantes sectores mediante intervenciones integrales utilizando, incluso, grandes eventos como gatilladores del cambio. En nuestro continente tenemos el destacado ejemplo de la ciudad de Medellín que, con la implementación de los Proyectos Urbanos Integrales, consiguió conectar, equipar y valorar sectores históricamente marginados.

En nuestro país hemos intentado seguir esos ejemplos con escasos o nulos resultados, principalmente porque el Estado no reconoce

“ Necesitamos apostar de forma decidida por la planificación urbana como instrumento técnico que nos permita visibilizar la complejidad del habitar, proponiendo acciones y proyectos bajo un enfoque sistémico, estratégico y adaptativo que garantice su impacto transversal en el bienestar de los ciudadanos ”

a la ciudad como una unidad espacial y social en la que cada acción impacta de forma transversal en la vida de las personas, sino como un tablero en el que puede lanzar proyectos siguiendo agendas políticas o sectoriales.

En el caso de Lima tenemos proyectos millonarios de movilidad como el Metro Línea 2; de vivienda social como los de Carabayllo, Comas y Ancón; o de recreación y deporte como algunos parques zonales y el legado de los Juegos Panamericanos. Todos están desconectados de la ciudad, desperdiciados o muy poco aprovechados por no haber sido pensados bajo un enfoque urbano integral. No lo debemos permitir más.

Debemos exigir el derecho a la ciudad como el legado del Bicentenario. Este es un reconocimiento a la integralidad del bienestar, pues la única forma que tendremos de salir de la pobreza de manera sostenida es con ciudades que nos garanticen el desarrollo de nuestros derechos básicos, exaltados en ese derecho mayor.

Ninguna persona debería limitar su vida y sus capacidades por no tener acceso a la red de agua potable, electricidad e internet, por la dificultad de llegar a su centro de estudios, de salud y de trabajo; o por carecer de espacios de recreación y ocio cerca de su casa en los que puedan desarrollarse a plenitud y en contacto con la naturaleza.

Para ello necesitamos apostar de forma decidida por la planificación urbana como instrumento técnico que nos permita visibilizar la complejidad del habitar, proponiendo acciones y proyectos bajo un enfoque sistémico, estratégico y adaptativo que garantice su impacto transversal en el bienestar de los ciudadanos.

Debemos poner un freno definitivo a la informalidad y a la irresponsabilidad de dar títulos sin antes garantizar o exigir una

ciudad que los soporte, pues de lo contrario estamos trabajando indirectamente para que traficantes y especuladores se llenen los bolsillos con el esfuerzo de todos los peruanos.

Dejemos de pensar que el problema es la falta de vivienda y que este se soluciona estimulando la generación de viviendas sin ciudad, cuando el problema de fondo es la falta de ciudad. Una ciudad en la que puedan desarrollarse ofertas diversas para vivir dignamente.

La historia nos ha puesto sobre la mesa la oportunidad de hacer de estas fechas un evento histórico y significativo. Está en nosotros asumir la complejidad del reto y trabajar para consolidarlo en las políticas que guíen el accionar del Estado en la construcción de ciudades saludables, inclusivas y seguras para los ciudadanos del siglo XXI.

COVID -19 Y CULTURA CÍVICA

Boris Espezuía Salmón



La cultura, que en un sentido amplio es sinónimo de toda elevación, capacidad, predisposición por lo bueno y lo construible para beneficio de la humanidad, también tiene que ver con nuestra manera de ver la realidad. La cultura le da forma a las apreciaciones positivas o negativas que tenemos de los hechos y de las actitudes de las personas en determinado momento, siendo un lente propicio para mostrarnos cómo somos y entendernos en el tiempo que vivimos. Siendo aciago, adverso, sufriente e imprevisible, es un tiempo que nos interpela para revelarnos muchos retos y configurar el rostro de un nuevo país.

Ahora vemos palmariamente que somos una caja de pandora. Hemos dado muestras de cuánto de lo bueno, pero también cuánto de lo malo, se ha instalado en nosotros. Cuánta carga colonial, decolonial y postcolonial tenemos en nuestras actitudes. Esta prueba de fuego nos ha desnudado y su impacto tiene que ver con una cultura adquirida, ya que las actitudes no son sino fruto de la educación que recibimos en nuestra familia, en la educación básica y superior. La cultura, siendo un término polisémico, también incluye valores, el equilibrio de la salud mental, el cuidado personal y colectivo, las nociones mínimas de salud pública y las formas de resiliencia que tenemos para salir de crisis como la que afrontamos hoy.

La COVID-19 se ha instalado a nivel mundial de forma impredecible y no sabemos cuánto tiempo estará cerca de nosotros. Se ha vuelto parte de nuestra convivencia y nos ha permitido constatar y visibilizar las carencias y debilidades que tenemos en nuestra ciudadanía, pero también las fortalezas y la confianza en una unidad solidaria que pueda emerger del fondo de nuestro ser como peruanos. Somos conscientes de que la imprevisibilidad no tiene fronteras, que somos seres humanos muy vulnerables y que la vida y la muerte están sujetas a eventos imprevistos como una pandemia, que puede hacernos desaparecer en poco tiempo de este mundo. Pero, por otro lado, esta pandemia nos hace revalorar

el hondo significado de la solidaridad humana como criterio colectivo y contrario a la individualidad. Es la base para construir un mundo más justo, pues sin ella y sin la empatía de nuestros semejantes es imposible levantarnos como personas sociales.

Este escenario, que parece una película de ciencia ficción cada vez que salimos a la calle y vemos a todos con su mascarilla, nos deja la sensación deprimente de que debemos actuar con mucho reparo e imponernos otro tipo de interacción social. Sin embargo, algo interesante que ha reaparecido en nuestro país al cabo de cuatro meses de emergencia sanitaria ha sido el auge de las ollas comunes. Estas significan cocinar alianzas y fortalecer la solidaridad como forma de sobrevivencia, como mecanismo de defensa y resistencia que nos permite crear vínculos comunitarios para restaurar las fuerzas perdidas. Los actos solidarios que allí sí se manifiestan nos ayudan a fortalecer la salud mental y emocional para que no se rompa el equilibrio y no nos vayamos al abismo. Este aspecto ha simbolizado la cooperación comunitaria, familiar e intrafamiliar que tenemos como legado de nuestros ancestros peruanos. Ellos consagraban valores comunitarios a través del ayni y la minka, que eran prácticas ejemplares de cohesión y apoyo comunitario y son referentes extraordinarios para que el peruano pueda cultivar la predisposición a unificarse, a forjar vínculos colectivos, a convivir y salir adelante con sus conciudadanos.

No menos importante ha sido la labor individual de algunos ciudadanos, que fueron conscientes de aportar con una porción de solidaridad. Uno de ellos fue el empresario Mario Romero Pérez, que vendía balones de oxígeno a precio justo en el distrito limeño de San Juan de Miraflores mientras otros se aprovechan de la demanda y ponían precios exorbitantes. Murió de COVID-19 el 19 de julio del 2020, dejando una gran lección de humanidad y solidaridad que nos ha permitido confiar en que el Perú posee caudales no extinguidos de valores colectivos.

Aunque esta solidaridad no se manifieste en una significativa cantidad de personas, por lo menos nos queda la consciencia de que sin ella no podemos llamarnos personas en sociedad. Y así como se ha demostrado al mundo que es lo más elevado que llevamos en nuestro plexo de subjetividad hacia la acción, también se ha visibilizado lo peor que tenemos: el egoísmo, el hecho de pensar y hacer por nosotros sin hacer nada por los demás. Es un signo propio de nuestro tiempo y hace que podamos ser tendenciosos, perjudicar a nuestros semejantes y ponerles obstáculos sin importar que puedan morir. Hemos perdido la fe en el bien común.

Lamentablemente, la predisposición peruana a la transgresión hizo que muchos rompieran el aislamiento social obligatorio a pesar de que esta medida, impuesta durante el estado de emergencia, podía evitar que los ciudadanos se contagiaran o propagaran el virus. Su incumplimiento demostró lo difícil que es para nosotros "cumplir la legalidad", pues ha sido algo "normal" en la vida cotidiana, en contextos de actividades normales y formales. Ojalá, más bien, se hubiera transgredido el egoísmo, una característica que está muy arraigada entre nosotros y que nos hace distantes de nuestros semejantes. Por más que sintamos que la aflicción de los demás nos emplaza, nos resistimos a ser solidarios, fraternos y humanos. Así, una de las lecciones aprendidas de esta realidad es que la obligatoriedad de un decreto de estado de emergencia no es suficiente cuando nuestra personalidad y conciencia infraterna están instaladas. Eso es algo que debemos cambiar.

También se ha evidenciado que, en plena pandemia, la corrupción y los feminicidios continúan. No solo se roban donaciones sino pruebas rápidas, los alcaldes hacen de las suyas y la Policía Nacional hace lo mismo con la compra de alimentos que deben entregar. Además, hemos comprobado que, en una situación de aislamiento, el juego patriarcal en el que el varón coarta con sus reglas verticales a su familia puede convertirlo en un potencial

“ Algo interesante que ha reaparecido en nuestro país al cabo de cuatro meses de emergencia sanitaria ha sido el auge de las ollas comunes... Los actos solidarios que allí sí se manifiestan nos ayudan a fortalecer la salud mental y emocional para que no se rompa el equilibrio y no nos vayamos al abismo ”

femicida capaz de eliminar a una mujer de su casa. Este mal se mantiene como un virus en nuestro país y constituye para todos, pero sobre todo para las mujeres, un peligro que no tiene fin. Muchas solo esperan resignarse o morir para salvarse de estas amenazas y de estas desigualdades porque, parafraseando a Dylan Thomas, producida la muerte esta deja de tener señorío.

La inmensa cantidad de mujeres desaparecidas, sobre todo niñas, nos pinta grotescamente un aspecto de nosotros sobre el cual tenemos mucho que trabajar y superar, ya que es uno de los lastres que nos rezaga como país íntegro. A nivel global, la COVID-19 nos ha enseñado a comprender que la comunidad humana es frágil y que la discriminación viene de la desigualdad social, no de un virus. Ahora somos testigos de que es urgente erradicarla y reducir las brechas de pobreza para abrir las puertas de la solidaridad global.

Un virus ha revelado cuán enfermos estábamos de desigualdad, de imprevisión, de separación e informalidad. Se ha informado que más del 75% de trabajadores en el Perú es informal y un evento imprevisto ha hecho que millones puedan caer en el desempleo. De un gran porcentaje de pobreza podemos subir a un significativo porcentaje de pobres extremos, mientras que la corrupción sigue creciendo a pesar de las circunstancias y sin importarnos la vida ni la muerte de los demás. Tanto en la compra de insumos de salud como de alimentos, además de su correcta distribución, nuestra ética se ha mostrado tristemente ausente, reafirmando que el peruano puede ser enemigo de otro peruano y que, si tiene la oportunidad de robar lo poco que ese otro tiene o despojarlo aun estando desnudo, lo hará sin dudarlo.

Son peruanos que se aprovechan de situaciones de fragilidad, como la de muchas madres que deben trasladarse para trabajar y son atacadas por un puñado de violadores desalmados que, además de ultrajarlas, las golpean. Son peruanos que tienen profundas hendiduras de odio, de embrollos, de nudos no desatados;

que sufren de rupturas y revueltas nada fútiles ni efímeras, de vacíos permanentes que los estremecen con una intranquilidad y ferocidad sin salvaguarda, ni siquiera de un ángel de la guarda. Por ello, el tema de la salud mental es urgente y lo será aún más cuando culmine la pandemia, ya que las familias que han perdido a sus miembros y la sociedad que se ha venido desmembrando son como un cuerpo humano que necesitará recuperarse de a pocos, tanto moral como psicológicamente.

Esta experiencia nos ha servido para decirnos, como una palmada en la espalda, que tenemos que elevar el sentido de la responsabilidad individual y colectiva. Basta de envolvernos en egolatrías. Debemos asumir el sacrificio, tanto en la preservación personal como en las relaciones con los demás, para crear una verdadera estima social. En ese proceso no podemos olvidar que también hay que fortalecer nuestra débil democracia, la cual debe basarse en la pluralidad y en la igualdad social. Asimismo, es necesario reforzar la ética pública si queremos ser una sociedad capaz de entenderse y mantenerse armonizada.

La pandemia se ha disparado y, con ella, nuestra apuesta al azar. Aquellos fantasmas que nos hacían sentir perdedores se han vuelto a asomar, haciéndonos dar de bruces porque creímos que podíamos vencer el virus y constatamos -una vez más- que nuestra incapacidad de hacerlo es resultado de nuestros propios descuidos y de nuestra falta de previsión. Son nudos que no hemos desatado y que nos producen ansiedad.

Esta crisis sanitaria nos ha unificado con un enemigo invisible ante el cual nos sentimos indefensos, pero nos ha dado muchas enseñanzas. Por ejemplo, ahora estamos más convencidos de que hay que cuidar la naturaleza y hemos confirmado que no podemos minimizarla, sino que debemos hacer todo lo posible para evitar depredarla y considerarla parte fundamental de nuestra existencia. Esta es una fuente de vida que nos permite

“ Si logramos que una cultura formativa y del entendimiento ciudadano se manifieste en nuestra cotidianidad, podremos reflexionar en conjunto sobre nuestros atrasos, reparar nuestros errores y reconocer nuestros aciertos en ese proceso de peruanización honda y elevada que entendemos por un nuevo país ”

asegurar la salud y la existencia breve que tenemos: dependemos de toda levedad y todo azar es proporcional a nuestra vida, que se parece a una burbuja o a un gemido que en cualquier momento se puede apagar.

Hemos comprobado, además, que el presente ha sido interferido por el ensombrecido futuro que padecemos. De estos frágiles y volátiles signos estamos hechos, de nervios y pulsiones irreductibles que ahora nos obligan a volver a nosotros, a revalorar la vida como una unidad que habíamos fragmentado pero que es lo único que merece ser considerado como esencial. Sin ella, todo lo demás es innecesario y debemos agotar las posibilidades de vivir como verbo progresivo para darle razón a la existencia. Como nos enseña la novela de José Saramago *Ensayo sobre la ceguera*, cuyo contenido tiene que ver con una pandemia que ensombrece la vista, nuestra única posesión y por lo que realmente debemos luchar es la vida misma. Es un regalo que se nos ha dado para aprovecharlo o dejarlo ir. La decisión depende de nosotros mismos.

El momento histórico que vivimos implica un antes y un después. Nuestra sociedad cambiará de muchas formas y tendrá que tomar recaudos para menguar las consecuencias del impacto. La reconstrucción de la salud física, moral y psicológica demorará algún tiempo, pero debemos conseguirla. El futuro no se improvisa, el futuro se construye. Por eso, esta crisis ha significado que la sociedad, en general, debe tomar consciencia de que la salud es lo más importante porque sin ella no habrá progreso económico, social ni familiar. Hoy, nadie duda de que es un aspecto estructural que siempre debió tener una atención vertebral por parte del Estado y de la sociedad, y que su soslayamiento nos está costando caro.

Por otro lado, en este aislamiento social nos hemos predispuesto a recurrir a la utilidad de la informática y a las vías virtuales como alternativa de comunicación, incluso, para salvar la educación de

los escolares. Sería muy enriquecedor que la tecnología también fuera útil para la naturaleza, haciendo que la vida que esta sostiene tuviera el primer lugar que se merece. La vida no solo es el disfrute de los bienes que ofrece la tecnología moderna o el hacer dinero para comprarlos, pues su valor no se define por la pulsión a la materialidad instrumental. En suma, todo lo material e instrumental no nos sirve si no se acerca al corazón humano.

Una lección que obtenemos de crisis es que hay que ponerle un alto a la forma invasiva del dinero, que se apropia de nosotros a costa de lo que sea y hasta de la propia vida. Es cierto que la economía es determinante para la sobrevivencia y que es primordial para un sector mayoritario en el Perú. Sin embargo, una estrategia inteligente es conciliar estas dos prioridades: la salud y la economía. Las condiciones, las restricciones y las liberalidades deben ser aspectos que tanto el Estado como la sociedad tengan en cuenta en un contexto áspero como este. También hay que considerar que la ética nos permite construir una ciudadanía más madura y humana, dispuesta a optar por la unidad en la diversidad. Para lograrlo se requiere un trabajo conjunto de todos los saberes y de todas las identidades. Es un deber moral dar razones fundadas a la esperanza. Como dice Adela Cortina: “hay que sacar todos nuestros arrestos éticos y morales para enfrentarnos al futuro con gallardía”.

Todo lo dicho anteriormente son rasgos propios de nuestra forma de ser que nos sirven para ir construyendo un nuevo país. De eso se trata, en parte, la presente reflexión. De poner en cuestión lo que somos en el marco de una ciudadanía plural y crítica. De propender hacia una nación más nuestra para los próximos años, avanzando en una ciudadanía intercultural que defienda el derecho de cada una de las personas a vivir su cultura y su lengua; cuidando a aquellos colectivos olvidados, como las minorías étnicas, las poblaciones originarias y los afrodescendientes; reconociendo el desigual estatus de las mujeres, que viven mayores deberes

y menos derechos. Todas estas situaciones de diversidad y desigualdad son un enorme desafío, pero también una exigencia para las políticas públicas y el conjunto de la sociedad.

Los temas de nación y ciudadanía pueden parecer gastados y hasta trillados, pero son parte de un futuro irrecusable que debemos abordar para vislumbrar mejores horizontes y mejores tiempos de redención. Aunque no nos gusten mucho en el presente, son términos que se abren como ventanas para cohesionarnos como sociedad, para ir superando desigualdades, recobrando valores colectivos, mejorando nuestro ser peruano y rompiendo el individualismo.

La cultura peruana es heterogénea y compleja, pero también enriquecedora. Por eso, necesitamos asumir su diversidad como nuestra para revalorarla y darle una legítima atención, superando nuestros prejuicios y rompiendo las barreras que nos separan y que nos impiden aceptarnos. Desde hace mucho tiempo estamos esperando un salto significativo en materia cultural por parte del Estado y de la sociedad. Sin embargo, somos los peruanos los que tenemos que cambiar.

El trabajo de civismo pleno pasa por educarnos en valores, en fraternidad social, en inclusión y en lo que requiere nuestro país a gritos: igualdad y equidad, ya que nuestras brechas nos separan cada día más y nos polarizan como peruanos. Si logramos que una cultura formativa y del entendimiento ciudadano se manifieste en nuestra cotidianeidad, podremos reflexionar en conjunto sobre nuestros atrasos, reparar nuestros errores y reconocer nuestros aciertos en ese proceso de peruanización honda y elevada que entendemos por un nuevo país.

UNA EDUCACIÓN CON PROPÓSITO

Inés Kudó



En 199 años de vida republicana, la educación peruana ha recorrido un largo trecho. De ser un privilegio de pocos se volvió gratuita, luego obligatoria y, poco a poco, universal: promesa de movilidad social. Desde inicial hasta secundaria, cada vez más jóvenes completan doce años de educación básica, varones y mujeres, finalmente, por igual. Pero la expansión masiva del sistema hacia finales del siglo XX no fue acompañada del financiamiento que se requería para sostener su calidad. Quienes pudieron, escaparon a un sistema privado de élite mientras el sistema público se deterioraba. Huelgas de meses y el riesgo de perder el año, sumadas a una liberalización del “mercado educativo”, hicieron que más y más familias buscaran una opción privada al alcance de sus bolsillos, aunque esto abriera la puerta a más problemas.

El Perú entró al siglo XXI con uno de los sistemas educativos más desiguales y de peor desempeño del planeta. Así lo mostró nuestro debut en las pruebas PISA el año 2000. La última década, sin embargo, hemos visto un importante giro de timón. Más presupuesto educativo orientado a resultados, con evaluación y basado en evidencias. Reforma de la carrera docente, incremento de salarios y reconocimiento al desempeño. Atención a la gestión escolar, selección, capacitación y evaluación de directores. Promoción de un enfoque curricular por competencias, de la educación sociemocional, el bienestar y la mejora del clima escolar. Formación de docentes bilingües, elaboración de materiales y evaluación de aprendizajes en diversas lenguas originarias. Elaboración y puesta en marcha de un plan nacional de infraestructura educativa basado en datos censales. Becas universitarias para estudiantes de menos recursos y una reforma sin precedentes para exigir estándares mínimos de calidad a universidades y carreras.

Estas son solo algunas de las políticas impulsadas en la última década bajo tres presidentes y siete ministros y ministras. Pero no nos engañemos, arrastramos los lastres de un sistema deteriorado y obsoleto. Al igual que con el sector salud, los casi 30 años de bonanza económica no se han traducido en una educación a la altura de nuestras aspiraciones. El gasto educativo sigue siendo demasiado bajo para nuestros ingresos y eso se refleja en bajos aprendizajes²⁴. Entre el 2000 y el 2012, el Perú fue el país con mayor progreso en las pruebas PISA²⁵, pero a pesar del esfuerzo reciente, en los últimos años hemos perdido impulso y seguimos entre los últimos²⁶. ¿Por qué? Las intervenciones con impacto en el margen no bastan cuando el gasto es tan bajo y el modelo, en esencia, obsoleto. La estructura diseñada hace casi 150 años (grados, clases, exámenes, notas, aulas, horarios, timbres) ya no responde a los retos de estos tiempos. Hoy, la pandemia ha arrasado con esa estructura y nos deja en el aire. Lo alentador es que las reformas de la última década nos han preparado -un poco, al menos- para el salto que tenemos que dar.

Llegada la COVID-19, en menos de un mes, el gobierno puso en marcha una estrategia multiplataforma de educación a distancia en castellano, nueve lenguas originarias y lenguaje de señas. El uso de Aprendo en Casa fue masivo desde el inicio (95% de cobertura y récords de rating sin apoyo de medios privados)²⁷. El principal reto fue la comunicación y, específicamente, el acceso a

24 Kudó y Ñopo (2018). *Revisión del Gasto Público en Educación: Mejores Aprendizajes para Todos*. Examen del gasto público Nro 131976. Lima: Banco Mundial.

25 Patrinos, H. (2013). *PISA Results: Which Countries Improved Most?* En: World Bank Blogs. Washington: World Bank.

26 OECD (2019). *PISA 2018 Results (Volume I) : What Students Know and Can Do. Chapter 9. Which countries have improved and which countries have declined in performance over their participation in PISA?*. Versión impresa: <https://doi.org/10.1787/5f07c754-en>

27 Los datos que se presentan aquí y a continuación provienen de encuestas telefónicas realizadas por el Minedu, mes a mes, a muestras nacionales de directores, docentes y familias. Los resultados están publicados aquí: <https://tinyurl.com/osee-use-aec2020>

“ No tiene sentido pedir que todos aprendan lo mismo al mismo tiempo, pero sí esperar un aprendizaje al 100%: nadie debe avanzar al siguiente tema sin haber entendido bien el anterior; nadie debe repetir un grado por un par de cursos jalados... En este nuevo sistema, centrado en las personas, cualquiera podría certificar sus competencias cuando lo desee y seguir su ruta ”

internet²⁸. Pero eso no amilanó a cientos de miles de docentes que, con creatividad, esfuerzo y mucho compromiso, lograron llegar a sus estudiantes y contactarlos cada semana²⁹. Ante la urgencia de cerrar la brecha digital, el gobierno decidió entregar tablets a estudiantes y docentes en zonas rurales.

Y así, la resistencia a la tecnología fue derribada de golpe. Con la pandemia, el aprendizaje mixto (analógico y digital) llegó para quedarse y con este se ha “volteado la clase”: al tener que aprender en casa por su cuenta, los estudiantes tratan de usar el tiempo con sus docentes para aclarar dudas y recibir retroalimentación. Luego del miedo inicial, docentes de varias partes del país se descubrieron capaces de asumir el reto y se sienten no solo más cómodas³⁰ con el entorno digital, sino más motivadas. Ven el potencial que tiene la tecnología para facilitar su labor y ayudar a sus estudiantes, incluso, más allá de la pandemia.

No solo eso. Han descubierto su capacidad de reinventarse, de asumir nuevos retos y autocapacitarse: cualquier cosa que deseen aprender está disponible, hay redes, recursos y videos. Han formado comunidades virtuales de intercambio que no dependen de autoridades alimentando verticalmente contenidos o resolviendo problemas desde Lima, porque no hay tiempo para eso. Las familias son testigos, día a día, de ese compromiso. Y en el camino, las docentes se ganaron el respeto, admiración y gratitud del país.

28 Apenas 15% de las familias a las que se busca atender con Aprendo en Casa tiene computadora o laptop, y solo la mitad de docentes y directores accede usando una computadora. Ver: <https://tinyurl.com/osee-use-aec2020>

29 85% de las familias son contactadas por un docente cada semana, la gran mayoría a diario o interdiariamente.

30 Hablo en femenino para incluir a las y los docentes, siendo que la gran mayoría son mujeres. Este diálogo se llevó a cabo en vivo con alrededor de 680 docentes y directivos de instituciones públicas de todo el país el 14 de junio del 2020, organizado por la ONG VIVA Vive Valores.

De cara al bicentenario, la nueva educación debe preparar a los estudiantes para una vida creativa y con propósito. El mundo ha cambiado. El conocimiento crece exponencialmente y puede estar en nuestras manos en segundos, si tenemos conexión. Lo que hoy se aprende, pronto será obsoleto. Serán obsoletos hasta los perfiles de egreso e incluso las carreras mismas. Ya algunas universidades permiten que cada quien invente su propia carrera a partir de la combinación particular de talentos e intereses personales que le diferencian del resto. La educación, gracias a la tecnología, ya puede ser un viaje personalizado, a la medida de cada quien. La ineficiencia de lo masivo y el tedio de lo uniforme abrirán paso al dinamismo de la diversidad y a la ilusión de lo creativo, desde kinder hasta el doctorado y más allá.

No tiene sentido pedir que todos aprendan lo mismo al mismo tiempo, pero sí esperar un aprendizaje al 100%: nadie debe avanzar al siguiente tema sin haber entendido bien el anterior; nadie debe repetir un grado por un par de cursos jalados. Ambas prácticas traen un gran costo personal y público, y deben ser erradicadas. Un estudiante puede tener un nivel de tercer grado en matemática pero de quinto en lectura, avanzar dos grados en un año o en vacaciones. En este nuevo sistema, centrado en las personas, cualquiera debería poder certificar sus competencias cuando lo desee y seguir su ruta. Más movilidad y fluidez. Menos tramitomanía.

El uso del enfoque mixto, todavía más promesa que realidad, permitiría que los estudiantes que viven lejos de su escuela intercalaran el aprendizaje en casa con sesiones presenciales y eviten horas de caminatas diarias, permaneciendo siempre conectados. Por eso, invertir en conexión a internet en todo el territorio y dispositivos para estudiantes y docentes es una prioridad, junto con nuevos sistemas de alimentación comunitaria para las poblaciones en extrema pobreza durante el teleaprendizaje. Y los locales escolares ya no se organizarían en rígidos pabellones de

“ La clave de todo será el nuevo rol de las docentes: inspirar y orientar a sus estudiantes en un mar de opciones, brindar aliento y herramientas sin regalar respuestas. La proactividad, motivación y creatividad que han desplegado en esta crisis deberían inspirar la redefinición de su rol y de su relación con el Estado y con las familias ”

salones y pasadizos, sino en estructuras flexibles que promuevan el intercambio entre grupos y el aprendizaje autónomo.

Pero la clave de todo será el nuevo rol de las docentes: inspirar y orientar a sus estudiantes en un mar de opciones, brindar aliento y herramientas sin regalar respuestas. La proactividad, motivación y creatividad que han desplegado en esta crisis deberían inspirar la redefinición de su rol y de su relación con el Estado y con las familias. Dejar atrás el esquema de control, microgestión y desconfianza. Sostener la motivación y el buen desempeño a partir de la confianza, la autonomía y la retroalimentación de familias, colegas y estudiantes. Es, por eso, una prioridad nacional impostergable invertir en elevar los salarios docentes a niveles competitivos, para que quienes sientan esa vocación no se desanimen ante el temor de una vida de carencias y sacrificios.

Finalmente, como sociedad tenemos que entender las promesas de este cambio de modelo y lo que exige de nosotros, en especial entre madres y padres de familia. Aceptar que las docentes ya no deben dar cátedra puede sentirse casi tan drástico como hace unos años lo fue aceptar que no debían pegarle a sus hijos. Pero hemos visto que es posible. Es necesario. No se puede avanzar sin confiar en los docentes; y menos aún sin confiar en los estudiantes. En una nueva educación, docentes y estudiantes aprenden con autonomía, desarrollan sus talentos con ilusión y creatividad, construyen su propia ruta y se inspiran mutuamente.

CLASES, ESTADO Y SAZÓN EN EL PERÚ

José Carlos Requena



El Perú está próximo a cumplir 200 años de vida independiente. El hito se veía como emblemático hace algunos meses, pero hoy -con la pandemia auestas-luce desangelado y hasta inoportuno. ¿Vale la pena darle una mirada a una efeméride especial y evaluar lo recorrido en estos dos siglos? El ejercicio solo tendrá cierto sentido si se realiza con realismo y se transmite con franqueza.

Clases: dime de dónde eres y te diré quién eres

Existe un término de mucho uso en el lenguaje coloquial que resume, irónicamente, una situación de falta de equidad ante la ley: "igualado". Aún cuando se le ponga en lenguaje inclusivo, el adjetivo denota muy bien uno de los principales asuntos pendientes de la república bicentenaria: el concebir a todos sus ciudadanos como iguales, independientemente de su origen o actual ubicación social, o de las diversas posiciones que sostengan.

La desigualdad económica es un fenómeno que cada vez tiene más cobertura mediática³¹. Pero es, quizás, menos acendrada que aquella que diferencia a los ciudadanos no solo por sus ingresos, sino por los grupos a los que pertenece: sus pertenencias, entendiendo estas como los grupos de los que se siente parte y no como los objetos que posee.

Contra lo que pueda pensarse, no tiene un efecto solamente discriminatorio: también promueve el sectarismo. No es solamente mirar de arriba hacia abajo a quienes tienen alguna diferencia, pues resulta casi imposible conversar con quien piensa distinto. Sentarse a dialogar con personas de posiciones discrepantes es un exotismo, cuando no una ingenuidad.

31 Entre marzo y mayo del 2020, en medio de la pandemia y al enfrentar los estragos económicos que esta origina, se planteó implementar un impuesto a la riqueza. Al hacerlo, se solía citar al economista francés Thomas Piketty, autor del influyente libro *El capital en el siglo XXI*.

Hace algún tiempo, un empresario retirado se preguntaba en privado cuál era el objetivo del país. Pero es complicado hallar alguno mientras las diferencias sean el punto de partida para encontrar un rumbo compartido. Y sin una mirada que promueva el acercamiento desprejuiciado, es difícil construir una visión común.

Estado: el ogro burocrático

Frente a las diferencias, se ha recurrido al Estado como esperado nivelador. Las políticas que promovían acceso a educación y salud de calidad son objeto recurrente de los distintos planes de gobierno en todo proceso electoral. Cuando algún problema se convierte en emblemático, se invoca la formulación de una ley o la creación de un organismo estatal.

El Estado de las últimas décadas se creyó postergado tras las reformas de los años noventa. El proceso de privatización de aquellos años significó el cese de la actividad estatal en distintos campos y redujo considerablemente la dotación de servicios básicos por parte del Estado. Pero, al margen de algunas islas, el aparato estatal no se hizo eficiente ni cedió su lugar por completo a la actividad privada. Tampoco se alcanzó a plenitud la flexibilidad laboral, unas de las demandas frecuentes que se suele mencionar en los ámbitos empresariales y legales.

Como lo evidenció la corrupción sistémica de aquella época, lo que primó fue el patrimonialismo: el uso del Estado como una extensión de los intereses patrimoniales de algunos individuos. Se creyó que con el final del régimen autoritario fujimorista se pondrían límites a ese patrón, pero cada caso de corrupción que se devela trae consigo una odiosa constatación: más Estado no significa, necesariamente, más derechos.

“ Al mirar atrás, tocará observar aquellos hitos que han marcado gran parte de nuestra actualidad. Las añejas consideraciones de clase o pertenencia no han dejado de tener un rol: los juicios se elaboran según el origen o la ubicación ideológica del emisor, considerando pocas veces los argumentos que trae ”

Con el ingreso al nuevo milenio ha crecido considerablemente el aparato burocrático. Según cifras oficiales, el número de servidores públicos aumentó desde el 2004 en un 41%, llegando a 1,45 millones a diciembre del 2019. Como referente, el incremento poblacional en el mismo periodo fue de 20,7%. La cifra tiene sentido si se anota que el proceso de descentralización iniciado en el 2002 significó un nivel adicional de gobierno y que se han creado tres ministerios desde el año 2008³². Irónicamente, siempre que explota algún conflicto socioambiental en una zona minera o hidrocarburífera se habla de “la ausencia del Estado”. Pero cuando el Estado se hace presente en la vida del ciudadano que aspira a la formalidad, lo hace para incurrir en engorrosos procedimientos o cuando una denuncia de corrupción recuerda que hay personas gestionando bienes públicos para beneficio privado.

La mirada que se tiene sobre el Estado puede aspirar a uno pequeño y eficiente (una aspiración propia del liberalismo clásico) o a uno más grande, dotador de distintos bienes y servicios (anhelando emular el Estado de bienestar de varios países de Europa, forjado regularmente por regímenes socialdemócratas). Pero al margen de la posición que se tenga es evidente que el Estado necesita una mirada que despeje el patrimonialismo reinante -burocrático, gremial, sindical- y ubique al ciudadano como centro de sus esfuerzos.

Al menos en aquellos servicios en los que el Estado es un agente monopólico (justicia, seguridad, regulación, tributos), este debe aspirar a una dotación adecuada. En otros sectores en los que es el proveedor primordial de necesidades básicas (educación y salud) debería buscar la empatía como eje de acción: ponerse en los

32 Los ministerios de Ambiente y Cultura fueron creados en la segunda gestión de Alan García (mayo del 2008 y setiembre del 2010, respectivamente), mientras que en el gobierno de Ollanta Humala se creó el de Inclusión Social (octubre del 2011).

zapatos de quien recibe los servicios. Solo así será posible pensar en un país medianamente funcional y desterrar la presencia hostil que constituye el Estado del Perú actual.

Sazón: el Perú como cocina

En medio de los desencuentros que plantean el abismo social y el Estado empírico³³, las décadas recientes han visto el surgimiento de un fenómeno que, como el fútbol, ha hecho olvidar -al menos momentáneamente- las diferencias que atrapan el día a día: la gastronomía. Consolidada como joya del sector servicios hacia finales de los 90, vio su pico en años recientes con tours gastronómicos y ferias de diversa envergadura en distintos espacios geográficos.

Los chefs se convirtieron en figuras públicas y hasta fueron invitados a dar discursos de apertura en prestigiosas universidades³⁴. Gastón Acurio, el principal promotor del *boom*, alcanzó en el saber popular el espacio y la notoriedad que su padre y homónimo, político acciopopulista, nunca tuvo.

De pronto, la comida casera con la que muchas generaciones crecieron tuvo un espacio privilegiado en la escena turística global. El peruano promedio, por lo menos aquel que habita en zonas urbanas, tiene un orgullo que puede llegar hasta el acoso al visitante. En los ámbitos periodísticos se hizo famosa la pregunta de rigor a todo invitado ilustre: “¿te gusta el pisco sour?”.

33 Felipe Ortiz de Zavallos citaba a Jorge Basadre al hacer esta referencia. Diario *Perú 21*, 28 de julio del 2020.

34 El más conocido es el dado por Gastón Acurio en la apertura del año académico 2006 de la Universidad de Pacífico. Los recogen y comentan Manuel Fernández y Fred Rohner en *7 discursos de interpretación del siglo XX y un epílogo para sobrevivir en tiempos de pandemia*. Lima, 2020: Planeta. Pp 131-153.

“Camino al bicentenario, lo que necesitamos alimentar es la certeza de la razón y la convicción de las tareas pendientes. Más que el derecho al deleite del paladar, se debe aspirar a lograr el derecho a un Estado empático y eficiente, que tenga al ciudadano como eje de sus preocupaciones”

Como en todo *boom*, hay ganadores y perdedores. A los espacios que ostentan las figuras gastronómicas en los medios de comunicación se suman secretos a voces sobre las condiciones en las que trabaja el personal de los restaurantes. El crítico gastronómico Ignacio Medina, aliado en la promoción del *boom*, lo resumía con crudeza: “El milagro de la cocina peruana se construye sobre el esfuerzo de los más débiles”³⁵.

Lamentablemente, la pandemia ha despertado al país del sueño gastronómico. Las cifras correspondientes a abril del 2020 graficaban el cierre casi total del rubro restaurantes debido a las medidas de aislamiento social dictadas por el gobierno, lo cual tuvo la consecuente pérdida de ingresos y empleos.

El derecho a comer rico

En menos de doce meses, el Perú conmemorará el bicentenario de aquel nacimiento “a trompicones” al que se refería Antonio Zapata en el prólogo de un trabajo de Alejandro Rey de Castro que hablaba de las limitaciones de plantear un proyecto liberal teniendo condicionantes sociales tan arraigadas. Para Rey de Castro, la modernización política tuvo un ritmo más intenso que la modernización social debido, principalmente, a la presencia de remanentes de las instituciones y tradiciones aristocráticas que sobrevivieron al virreinato y a la organización estamental y jerarquizada de la sociedad peruana a inicios de la independencia³⁶.

Al mirar atrás, tocará observar aquellos hitos que han marcado gran parte de nuestra actualidad. Las añejas consideraciones

35 *El País*, 19 de julio del 2019. Disponible en <https://ignaciomedina.net/jesus-que-precios/>

36 Alejandro Rey de Castro, *Republicanism, nación y democracia. La modernidad política en el Perú, 1821-1846*. Lima, 2010: Fondo Editorial de la UNMSM. Pp. 35-37.

de clase o pertenencia no han dejado de tener un rol: los juicios se elaboran según el origen o la ubicación ideológica del emisor, considerando pocas veces los argumentos que trae.

En tanto, el Estado -en todos sus niveles y espacios- persiste en perderse en marañas burocráticas que se activan según quien demande algo, un patrón que resulta perverso cuando la urgencia clama por una acción estatal rápida. Parafraseando una frase infame que se atribuye a un presidente del siglo XX, se podría decir que los portapliegos y funcionarios de turno se mueven bajo el dicho “a mis amigos todo; a mis enemigos, el trámite”.

Mientras todo eso ocurre, una enésima encuesta en Twitter activa el nacionalismo gastronómico: aquel que llevaría a quitar la nacionalidad a quien ose criticar el ají de gallina o señalar lo nutricionalmente incorrecto que puede resultar un plato de carapulcra con arroz y yuca. El cebiche casi gana una competencia, mientras el hambre anuncia su visita, alentada por el desastre económico que deja la pandemia.

¿Llega el Perú a consolidarse como una nación? Hace algunos años, en medio del debate en torno al separatismo catalán, el historiador Juan Álvarez Junco aseguró: “lo que de verdad define a la nación es un elemento subjetivo: son grupos de individuos que creen compartir ciertos rasgos culturales y viven sobre un territorio al que consideran propio. El factor clave es, por tanto, la creencia, la voluntad, la adhesión emocional de sus componentes”³⁷.

En el caso peruano, ¿tal adhesión existe? Difícil hallar una respuesta concluyente. Para el liderazgo del país, el camino parece encontrarse a través del estómago, teniendo como guía una publicidad oficial de tiempos recientes de la que no han renegado

37 Diario *El País*, 14 de septiembre del 2015.

las sucesivas administraciones. Un video del 2011, que formaba parte de la primera etapa del esfuerzo por forjar una “marca Perú”, presentaba a distintas personalidades de la cultura popular visitando Peru, un pequeño poblado en Nebraska, Estados Unidos. Al hacerlo, los visitantes alentaban a los lugareños a disfrutar de las bondades de nuestro país, cada uno en su propio quehacer: música, deporte, turismo. El chef Christian Bravo los animaba: “Ustedes son de Perú... tienen derecho a comer rico”³⁸.

Camino al bicentenario, lo que necesitamos alimentar es la certeza de la razón y la convicción de las tareas pendientes. Más que el derecho al deleite del paladar, se debe aspirar a lograr el derecho a un Estado empático y eficiente, que tenga al ciudadano como eje de sus preocupaciones. Al concebir este derecho vale la pena aspirar a una ciudadanía dialogante y a un sentido de pertenencia que nos permitan abrazar una adhesión que por ahora, lamentablemente, parece ausente.

38 El video está disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=8joXlwKMrk>

CÓMO FORMAR CIUDADANOS DESDE LA COCINA

Karissa Becerra



Uno de los temas imprescindibles de revisar con miras al bicentenario, y más aún dada la coyuntura que vivimos, es el de la alimentación y los sistemas alimentarios. El bienestar se sostiene, fundamentalmente, en un sistema alimentario que pueda proveer de salud a la población y que conserve, a su vez, saberes y patrimonio inmaterial necesario para formar nuestra identidad y, por consiguiente, una noción de ciudadanía integradora, sólida y conciliadora.

Para la construcción de nuestra ciudadanía es indispensable tener en cuenta componentes como la literacidad alimentaria y la ciudadanía alimentaria³⁹. Esta última es entendida como el derecho de los ciudadanos a una alimentación suficiente, accesible y de buena calidad, y el deber de ser un consumidor responsable, consciente del impacto de sus elecciones en el sistema alimentario global y en los ecosistemas.

Uno de los factores a considerar sobre la ciudadanía alimentaria en países biodiversos como el nuestro es el concepto de diversidad. No solo nuestra salud se sostiene en la diversidad de alimentos, sino la salud de nuestro entorno y de los otros seres que viven en él. Además, es una condición imprescindible para sobrellevar la emergencia climática que, sumada a la pandemia que vivimos y las que viviremos, pondrá nuestra capacidad de supervivencia a prueba. La resiliencia de nuestros sistemas se basará en su habilidad para conservar la diversidad, para ser flexibles y adaptarse.

Cuando hablamos del concepto de ciudadanía y de nación es inevitable preguntarse qué es lo que nos hace peruanos. Luego de pensarlo mucho, la única respuesta que encontré es la diversidad: el cómo nos relacionamos y nos encontramos en ella es lo que

39 Gómez-Benito C., Lozano C. (2014). *Constructing Food Citizenship: Theoretical Premises and Social Practices*. *Italian Sociological Review*, 4 (2), 135-156. Retrieved from: http://www.italiansociologicalreview.org/attachments/article/174/2%20Constructing%20Food%20Citizenship_Gomez-Benito_Lozano.pdf

“ Parece ser que nosotros logramos encontrarnos en la comida y que esta nos ha permitido ver con más claridad el valor del otro, de sus costumbres, de su cultura y de sus creencias. Si es así, esforcémonos en evidenciar la importancia que tienen los alimentos para nosotros, no solo visibilizando ‘un plato’, sino reconociendo el sistema alimentario que hay detrás y dándole valor a cada actor de esa cadena ”

definirá nuestra ciudadanía y cómo construiremos una nación que requiere un sentimiento de pertenencia.

Muchos coincidimos en que la diversidad es nuestra fortaleza. Sin embargo, creo que en las últimas décadas también ha sido nuestra debilidad. La ciudadanía no puede ni siquiera pensarse si no reconocemos el valor del otro que convive con nosotros en un mismo territorio. ¿Pero cómo reconozco a ese “otro” desconocido, lejano en distancias, físicamente diferente, con pensamientos, saberes, tradiciones, lenguas y costumbres distintas a las mías como alguien importante y valioso con el que construyo una nación?

Parece ser que nosotros logramos encontrarnos en la comida y que esta nos ha permitido ver con más claridad el valor del otro, de sus costumbres, de su cultura y de sus creencias. Si es así, esforcémonos en evidenciar la importancia que tienen los alimentos para nosotros, no solo visibilizando “un plato”, sino reconociendo el sistema alimentario que hay detrás y dándole valor a cada actor de esa cadena.

Si empezamos en la escuela y con los niños, la tarea será más fácil. Cuando somos pequeños valoramos más la diversidad, pero a medida que crecemos vamos incorporando prejuicios a nuestra forma de ver la vida. Para crear una nación sólida necesitamos creer que nuestros niños son el presente y que nosotros somos responsables de su educación y del futuro. Entonces, empecemos por integrar la alimentación a todas las dimensiones de la vida y de la educación. Rescatemos el espacio de la cocina para enseñarles no solo a cocinar, sino las diferentes tradiciones, insumos y saberes que tenemos en nuestro país. Enseñémosles a viajar con la mente, probando sabores y olores nuevos que se relacionan con espacios geográficos y con personas que pusieron las semillas en la tierra para que crezcan nuestros alimentos. Usemos la cocina como espacio para transmitir saberes e historias sobre nuestras

“ Usemos la cocina como espacio para transmitir saberes e historias sobre nuestras familias, para saber quiénes somos y de dónde venimos. Para resaltar que venimos de la diversidad y que ese es nuestro valor... Contémosles a los niños que pueden cambiarlo todo, que pueden mejorarlo todo, que pueden soñar y construir ese país que siempre hemos querido ”

familias, para saber quiénes somos y de dónde venimos. Para resaltar que venimos de la diversidad y que ese es nuestro valor. Comamos juntos y usemos las sobremesas para hablar sobre cómo queremos ser, qué queremos lograr, cómo aportaremos a que todos seamos y estemos mejor. Contémosles a los niños que pueden cambiarlo todo, que pueden mejorarlo todo, que pueden soñar y construir ese país que siempre hemos querido. La construcción de nuestra identidad como ciudadanos de este país y la reconciliación con nuestra diversidad puede empezar en nuestras cocinas. Solo necesitamos la voluntad de hacerlo.

Depende de nosotros, los adultos, que los niños tengan la oportunidad de ser la mejor versión de “peruanos” que puedan ser. Para lograrlo tenemos varias tareas pendientes: necesitamos garantizar que a ningún niño le falte alimentación de calidad para que pueda desarrollar todo su potencial; necesitamos dedicar tiempo a nuestros niños para quererlos, para verlos crecer y enseñarles lo que sabemos; necesitamos darles la mejor educación que puedan recibir, contextualizada a sus territorios y a sus costumbres.

Reconocer el valor de nuestra diversidad implica que los niños puedan pensar con libertad, con creatividad y que se sientan orgullosos de quiénes son. Si logramos trazar una ruta que nos permita lograr esas metas, estaremos en el camino correcto para construir el país que imaginamos. Es verdad que el Perú es tarea de todos, pero podemos empezar a remendarlo desde nuestras cocinas.

SOMOS NUESTROS ALIMENTOS

Elmo León



Pocos días atrás, sentado frente a la pantalla de mi ordenador, impartía una clase virtual para la Pontificia Universidad Católica del Perú abordando el tema de nuestros recursos naturales, su origen, su potencial. Una de mis estudiantes me preguntó sobre la famosa ruta del cacao, popularizada por nuestra maravillosa gastronomía, y sentí que era una buena oportunidad para brindar a mi joven auditorio un panorama de la riqueza de nuestro medio. Hablé de su historia, la gesta humana que se inició hace unos 16 mil años y que, en un proceso de error-acierto, le permitió a los primeros peruanos dominar nuestro agreste medio y lograr estabilidad. Hablé de la domesticación de plantas y animales, la ecología, los biomas, las propiedades nutricionales de algunos productos naturales nativos e, inclusive, de sus propiedades bioactivas en nuestra salud.

Hasta diciembre del año 2019 solía leer en *The Lancet*, uno de los *journals* médicos más importantes en el mundo, acerca de las tasas de mortalidad de enfermedades crónicas no transmisibles: cáncer, enfermedades cardiovasculares, diabetes, entre otras. Lo vengo haciendo dado mi interés científico en la relación entre los productos naturales que los peruanos consumimos día a día y el rol que estos pueden jugar en la prevención de enfermedades. Este hecho no es gratuito. Se debe a la enfermedad y muerte de mi esposa, Nancy Chávez, debido a un cáncer que la arrancó de este mundo, llena de planes, de vida de mujer, de madre. Desde entonces, mi compromiso en adelante es la prevención y la eventual terapia, científicamente comprobada, a partir de nuestros productos naturales. Es un compromiso que asumo de por vida para evitar que se repita esa historia, para que estemos sanos y tengamos una vida plena con nuestra familia. Lo hago dentro del concepto de “peruanidad” en el sentido de identificación con nuestro Perú, sus raíces y nuestra afinidad con lo nuestro, como lo sugería la etérea obra de nuestro Víctor Andrés Belaunde. Es una palabra que puede cobrar función de motor en el momento

“ La papa, el maíz y la quinua nos han regalado premios y el reconocimiento como un país con superalimentos. Esto parece paradójico ante la preocupante y creciente obesidad mórbida en nuestra población... *Deliveries*, teletrabajo, poca actividad física y el miedo que ha generado la pandemia nos conducen a ser candidatos a enfermedades crónicas que incluyen la hipertensión, nada menos que el imán para la COVID-19 ”

que vivimos y llevarnos hacia una visión de país que genere un verdadero despegue en el 2021.

El foco de atención ha virado de las enfermedades crónicas hacia una sola: la COVID-19, que ha sitiado a la humanidad entera en cuanto no se dispone todavía de vacuna, aun cuando hay fármacos que la traten. Es la bofetada de un virus altamente versátil y con una velocidad de propagación notable, que viene cobrando millones de infectados y más de medio millón de muertos al momento en el que redacto este texto. Y si bien hemos enfrentado epidemias que han diezmando a nuestra población, la historia nos recuerda que la peruanidad a la que he hecho alusión, finalmente, ha salido adelante. Para demostrarlo, tal vez convenga traer algún ejemplo de vida.

Aunque suene trillado, algo de verdad existe en el dicho popular de que cada crisis representa una oportunidad para incrementar nuestras capacidades de desarrollo. Muchos años de mi vida han transcurrido en Alemania, junto a mi esposa, mi compañera, mujer guerrera peruana que me acompañó a donde la ciencia y becas de investigación científica me llevaron. Ella siempre concluía que, no siendo un país particularmente rico en recursos naturales, su riqueza residía en la organización de su gente viviendo en un territorio pobre con un clima complicado, lo cual probablemente fue un acicate permanente para el empuje de su sociedad, su orden, su ahorro, su organización. Siempre que regresábamos al Perú nos preguntábamos qué ocurriría si tuviéramos semejante organización y, por añadidura, el manejo tecnológico de nuestros recursos. Pero teniendo aún una educación precaria, la plaga de la corrupción y la falta de ética -es decir, la ausencia de un sistema-, no es fácil construir un país así tengamos los recursos.

Es este, pues, un *checkpoint* en el que se impone una reflexión frente a semejante acontecimiento: 200 años de un joven país

que debe enmendar rumbo, no precisamente para destacar sino para construir un armazón, una plataforma para nuestros hijos que nos permita dejarlos en una barca más segura, con un motor más estable que los lleve a un destino que esperamos desde hace mucho tiempo. Parte de esta reflexión se halla en la relación entre los alimentos y la salud. Es una base que no solo va a garantizar que estemos sanos, sino que se hallen en mejores condiciones frente a enfermedades crónicas e infecciosas como las que atravesamos hoy.

La papa, el maíz y la quinua nos han regalado premios y el reconocimiento como un país con superalimentos. Sin embargo, esto parece paradójico cuando observamos la preocupante y creciente obesidad mórbida en nuestra población: casi un tercio de nuestros niños son obesos, lo cual los hace potenciales diabéticos. *Deliveries*, banca virtual, teletrabajo, poca actividad física y el miedo que ha generado la pandemia nos conducen a ser perfectos candidatos a enfermedades crónicas que incluyen la hipertensión, nada menos que el imán para la COVID-19. ¿Pero qué hacer?

Doce años llevo ya investigando la ciencia de los alimentos, y cuando la gente me pregunta sobre lo más importante para prevenir enfermedades en este campo, mi respuesta siempre se dirige a lo más sencillo: “no pregunte qué debe comer, sino qué no debe comer y dónde no comprar. Es preferible consumir el producto fresco, del mercado, no envasado ni enlatado. Reducir azúcar, sal, grasas, harinas y, algo importante, cocinar en casa y comer en familia”. Y si la “peruanidad” equivale al consumo de abundantes carbohidratos y grasas, tal vez sea momento de anteponer un poco de razón a la pasión.

No apunto a las dietas recomendables, sino a demostrar que algunos, si no muchos de nuestros alimentos y despensa verde, pueden

“ Con miras al bicentenario de su independencia, la reinvención del Perú necesita incluir el rescate de los alimentos que proceden de nuestra maravillosa biodiversidad. Son recursos llenos de potencial que han sido maltratados por la industria e intereses particulares y que, sin embargo, se niegan a extinguirse a pesar de la reiterada destrucción que les causamos los humanos ”

ofrecernos un modo de vida diferente. No me refiero al de muchos de nuestros países occidentales sino al de Asia, donde una serie de agentes gubernamentales y no gubernamentales se congregan en torno a un único objetivo: los pacientes, las personas y la salud, que es el bien supremo y nuestro derecho en la Carta Magna.

Tenemos la oportunidad de enfrentar un bicentenario diferente, mejor preparados en salud. Por eso, hoy es necesario tomar en cuenta nuestra despensa natural y no solo hacer una reflexión y un reconocimiento de la misma. Acabo de terminar un nuevo libro que versa sobre alimentos y propiedades bioactivas preventivas que, eventualmente, pueden ser terapéuticas. Si bien hay abundante literatura científica que lo demuestra -inclusive en medios clínicos-, lamentablemente, los productos naturales suelen ser estudiados por instituciones internacionales y no peruanas. Un bicentenario se vería fortalecido si se destinara presupuesto a estudios clínicos en los que se demostraran dichas propiedades en nuestra población, lo cual no solo daría trabajo a más peruanos sino que beneficiaría su salud. Me refiero a la medicina tradicional pero también a los alimentos de la vida diaria, pues la ciencia confirma que la forma de alimentarnos puede prevenir varias enfermedades. Para hacerlo, el Estado debe invertir en ciencia y lograr alianzas clave con el ámbito privado.

No esperemos que la muerte nos enfrente cuando es posible prevenirla. Una carne de bonito puede ser tan rica como una hamburguesa, tal como un amigo cocinero ha demostrado, y tiene el valor añadido de beneficiar la salud cardiovascular de quienes la consumen. Con miras al bicentenario de su independencia, la reinención del Perú necesita incluir el rescate de los alimentos que proceden de nuestra maravillosa biodiversidad. Son recursos llenos de potencial que han sido maltratados por la industria e intereses particulares y que, sin embargo, se niegan a extinguirse a pesar de la reiterada destrucción que les causamos los humanos.

Los alimentos peruanos pueden ofrecernos salud. No es un *fata morgana*⁴⁰. El espejismo desaparece si ponemos manos a la obra y nuestros recursos nos esperan para crear una realidad mejor, un Perú con una mirada social más abierta y comprometida. No miremos atrás, el reto se halla hoy frente a nuestros ojos.

40 Según el diccionario de la Real Academia Española, es un "fenómeno de espejismo que la gente de mar atribuía al hada Morgana" que también puede usarse para referirse a una ilusión.

EL PERÚ COMO CREACIÓN COLECTIVA

Paloma Carpio Valdeavellano



Hace casi 15 años dirigí mi primera creación colectiva como profesional de las artes escénicas. Junto a unas queridas compañeras de la universidad, en el año 2005 decidimos crear un grupo de teatro motivadas por la influencia de los miembros de Yuyachkani, a quienes habíamos tenido el privilegio de tener como maestros y maestras. Con la visión de lograr que “la acción del espectador en la convención teatral motive su acción en la sociedad” fundamos Tránsito- Vías de Comunicación Escénica y nos aventuramos a imaginar formas en las que nuestro “ser artista” se integrara con nuestro “ser ciudadano”.

Nuestra primera obra, estrenada pocas semanas antes de las elecciones generales del 2006, se llamó *Partido Perú Partido*. Llevaba ese título porque cruzaba varias ideas recurrentes en esos tiempos: la fragmentación y debilidad de los partidos políticos (ese año se presentaron a la presidencia alrededor de 20 candidatos); la sensación de estar “partidos” como sociedad, de no percibir a ninguna opción política como un “buen partido” y de que la mayoría de candidaturas tenía como fin “sacarle partido” al país. Este primer proyecto nos marcó y nos llevó a preguntarnos ¿cómo el Perú ha marcado nuestra identidad como artistas?

Una vez más, a inicios del 2020 nos dispusimos trazar el camino para una nueva creación, teniendo el bicentenario como horizonte. Estábamos en plena etapa de exploración sobre el movimiento y la relación entre los cuerpos para hallar rutas expresivas que nos desafiaran. Trabajamos ejercicios corales y de escucha, desarrollando acciones que nos permitieran identificar nuestros sesgos inconscientes y alertar sobre las visiones dicotómicas del mundo en relación a temas de los que queríamos hablar. Estábamos en medio de ese proceso cuando llegó la pandemia.

Tuvimos que frenar en seco e ir descubriendo -con miedo y lidiando con la incertidumbre- qué pasos nos tocaba dar. ¿Cómo mantener

“ ¿Cómo mantener nuestras premisas de trabajo vivas y crear sin la presencia física? ¿Cómo hacer que esta crisis no anule nuestras posibilidades de vivir haciendo arte? Las únicas respuestas posibles vinieron de reconocer el ‘movimiento’, el ‘cuerpo’, la ‘escucha’ y la ‘acción’, ya no pensándonos como un grupo de teatro en particular, sino como sector cultura ”

nuestras premisas de trabajo vivas y crear sin la presencia física? ¿Cómo ofrecer una respuesta artística a la complejidad de los tiempos que venimos atravesando? ¿Cómo hacer que esta crisis no anule nuestras posibilidades de vivir haciendo arte? Las únicas respuestas posibles vinieron de reconocer el “movimiento”, el “cuerpo”, la “escucha” y la “acción”, ya no pensándonos como un grupo de teatro en particular, sino como sector cultura.

Es así que comenzamos a compartir con otros compañeros y compañeras trabajadores de las artes las inquietudes y preguntas que nosotros nos veníamos haciendo. Paso a paso, en medio de esta crisis, se ha dado impulso a movimientos y redes culturales que, de manera organizada, han logrado incidir en que el Ministerio de Cultura asumiera su rol y propusiera estrategias y acciones para atender la situación de abandono de los trabajadores culturales. Nos propusimos, más allá de los clichés, hacer que esta situación fuera la oportunidad de que el sector cultura se integrara y que saliéramos del continuo estado de precariedad y marginalidad en el que vivimos. Con un Ministerio de Cultura que venía cambiando de cabeza cada cuatro meses; con un Estado que usa indistintamente las palabras “cultura” y “entretenimiento”; con alcaldes que se toman la atribución de desaparecer obras de arte público impunemente; y con la paralización total de nuestras actividades, solo nos quedaba organizarnos para hacer frente a la nueva realidad y sentar bases sólidas para el desarrollo cultural del país.

Son tiempos de preocupación, pérdidas, duelo e incertidumbre. Pero también pueden ser tiempos para repensar y reconsiderar nuestras prioridades como país. La crisis sanitaria, la crisis económica, las próximas elecciones generales sin partidos políticos sólidos y las celebraciones del bicentenario configuran un escenario contradictorio y paradójico. Sin embargo, quizá sea el escenario propicio para hacernos preguntas que no

“ Si en el Perú persisten el autoritarismo, la corrupción, el abandono de lo público y lo común, el machismo y el clasismo, entre otras taras que caracterizan a nuestra sociedad, es por factores culturales que debemos atender, sí o sí, en este nuevo escenario social ”

solemos hacernos como país porque pensamos que las únicas respuestas válidas están en indicadores como el PBI o el grado de inversión.

Desde el sector cultura nos preguntamos ¿cuál es el papel que debemos jugar para reconstituir las bases de nuestro país? ¿Cómo nuestras sensibilidades, nuestras formas de comprender la vida y de relacionarnos están cambiando y hacia dónde nos deben llevar? ¿Bajo qué condiciones nos toca encontrarnos, mirarnos y reconocernos hoy en día? ¿Cómo lograr que la democracia garantice oportunidades de desarrollo para todos los peruanos y peruanas?

Si en el Perú persisten el autoritarismo, la corrupción, el abandono de lo público y lo común, el machismo y el clasismo, entre otras taras que caracterizan a nuestra sociedad, es por factores culturales que debemos atender, sí o sí, en este nuevo escenario social. La valoración de la vida y la familia debe ser un consenso que no busque polarizar y dividir a la sociedad, como lo hacen algunos grupos conservadores, sino que nos lleve a reorientar nuestras prioridades como sociedad. Atender a lo sensible, pensar en cómo convivimos, en cómo nos cuidamos los unos a los otros, imaginar y construir un mundo en el que todos, todas, todes tengamos un lugar y que no se sostenga en base a desigualdades e injusticias es el desafío que tenemos por delante. Un mundo en el que nos respetemos y escuchemos. En el que el poder sea ejercido desde la confianza y la transparencia, y entendido como la capacidad de hacer y crear colectivamente.

Como artista escénica, todavía no sé cómo será la obra de Tránsito en el marco del bicentenario. No sé en qué plataforma podremos realizarla. Si podrá ser en un teatro, en la calle, en nuestras casas, en video... no tengo idea. Pero deseo que, después de todo lo que estamos viviendo en estos tiempos, pudiera expresar que ya no estamos tan "partidos" como en los años de nuestra

primera creación. Que, superando el miedo y procesando el duelo, podamos recuperar la confianza, acercarnos y reafirmarnos en que vale la pena darnos un espacio para pensar y sentir como colectividad, reconociendo la riqueza de nuestras diferencias. Que nos animemos a mirar el futuro como un escenario en el que cada peruano y peruana se sienta protagonista y creador de una historia en común.

MI VIEJO 28: UN DIÁLOGO ENTRE NIÑOS Y ANCIANOS

Manuel Eyzaguirre



Terminé el 2019 escribiendo un proyecto de documental sobre el bicentenario llamado *Mi viejo 28*. Volví a revisar el archivo en el 2020, después del primer aislamiento social obligatorio por la COVID-19. Leo la sinopsis y reparo en la figura del personaje principal:

“Benjamín es un profesor jubilado que cuestiona la importancia del Bicentenario de la Independencia del Perú. Empieza a dictar talleres para escolares y ancianos. Les explica el evento de la manera más sencilla y les propone realizar dibujos alusivos a la celebración para obtener testimonios espontáneos que terminan encendiendo el patriotismo del profesor. A causa del taller, una niña vendedora y un viejo solitario descubren el significado de la celebración”.

En medio de la crisis sanitaria, enfrento los mismos miedos y cuestionamientos de Benjamín, el protagonista de mi película. ¿Los niños y ancianos del país entienden el valor de celebrar doscientos años de república? ¿Este virus apagará el fuego de un hecho fundamental para transitar hacia el futuro? ¿La pandemia hundió el bicentenario porque hizo emerger nuestras miserias sociales, políticas, económicas y culturales?

En el largometraje, Benjamín recuerda su pasado glorioso como profesor apasionado por la enseñanza de Historia del Perú y Educación Cívica. De un viejo armario recupera fotografías de su juventud, vigoroso y creyente en su capacidad de cambiar a sus alumnos, de hacerlos mejores personas a través de sus clases e iniciativas. Está desilusionado de la gran fiesta patria, pero su hija lo anima a regresar a ese primer amor. A enseñar de nuevo.

Benjamín Farfán Mendizábal existe. Es un profesor lambayecano a punto de jubilarse que convoqué al proyecto para que se reinterpretara. En una de las conversaciones previas a la escritura del guion discutimos sobre el sinsentido de la celebración del

“ Este ‘bicentenario pandémico’, en el que seguiremos luchando contra la enfermedad, la desigualdad y la corrupción, replantea la idea que teníamos de nuestros héroes. A pesar de las circunstancias, los docentes se adaptaron para seguir enseñando y les toca inculcar nuevos ideales en los próceres del futuro, esos niños y niñas de la educación primaria. Hoy, los profesores son los nuevos precursores de la independencia ”

bicentenario para millones de peruanos. Me dijo, incluso, que muchos no saben el significado de la palabra y que otros solo piensan en el aspecto comercial, en “aprovechar las Fiestas Patrias simplemente para vender”. Es una frase irónica en la actualidad, cuando el dinero parece estar por encima de las personas y la reactivación económica importa mucho más que la salud de millones de ciudadanos y la vida de los miles que nos han dejado.

Las charlas de preproducción nos llenaron de optimismo. “El bicentenario es una gran oportunidad para reiniciar con vigor”, nos decíamos. Con la pandemia ese ideal no cambia, se fortalece. Conmemorar los 200 años de nuestra independencia no es desarrollar un spot propagandístico lleno de frases cliché para levantar el ánimo de un país destrozado por un virus. Es trabajar con personas desesperanzadas y en el anonimato, las mismas que se convierten en personajes destinados a exteriorizar, con realismo, su mirada sobre la celebración patriótica.

Los protagonistas del bicentenario

El guion de *Mi viejo 28* se ha convertido en un manifiesto de intenciones aplicadas a nuestra sociedad para reavivar el bicentenario. Como hace Benjamín en el taller que dicta en el documental, hay que atacar dos frentes: el de los niños y el de los ancianos. Sí es posible sembrar en nuestros menores el ideal de ser independientes, ejercitando acciones cotidianas en las que la igualdad, la honestidad y la tolerancia sean baluartes fundamentales para vivir en comunidad. En ese frente, los profesores deben exigir la práctica de esa teoría de civismo -almacenada en utópicos textos escolares- no solo en los colegios, sino en las casas y en los barrios de todas las regiones de nuestro Perú.

“ Durante la pandemia se han conectado dos poblaciones de eterna vulnerabilidad. Los pequeños, creciendo con miedo al virus y tratando de entenderlo gracias a sus profesores. Y nuestros viejos, con el mismo temor pero con el peso de haber soportado el egoísmo y la violencia durante décadas. Son ellos los que ahora pueden decirnos qué hacer y qué significado tiene el derecho a ser peruanos, a ser libres y realmente independientes ”

Este “bicentenario pandémico”, en el que seguiremos luchando contra la enfermedad, la desigualdad y la corrupción, replantea la idea que teníamos de nuestros héroes. A pesar de las circunstancias, los docentes se adaptaron para seguir enseñando y ahora les toca inculcar nuevos ideales en los próceres del futuro, esos niños y niñas de la educación primaria. Su lucha está en mantener vivos los principios que nos hicieron república: ser libres por encima de una élite dominante que contamina nuestra nación con ideas de un capitalismo deforme. Hoy, los profesores son los nuevos precursores de la independencia.

El bicentenario le pertenece a esos niños. Pero también a nuestros ancianos, que en tiempos de COVID-19 han recibido la etiqueta de “población de riesgo”. En este punto debo regresar a Benjamín. En el guion, y en la vida real, emprende el dictado de talleres para explicar la importancia de conmemorar 200 años de república a un grupo de niños de primaria y a los ancianos de un asilo. En los diálogos previos, a mediados del 2019, nos propusimos usar al cine para visibilizar el aprendizaje de los adultos mayores, esos viejos sabios que ya experimentaron los momentos más duros del país. Que sobrevivieron a la pobreza, a los gobiernos militares, a las dictaduras, a la inflación y a las guerras, tanto la interna como la de su propia existencia.

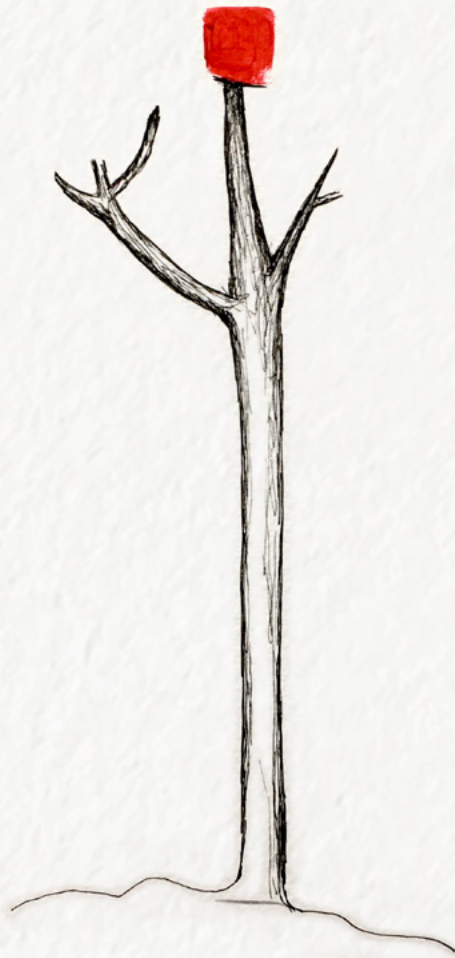
El testimonio de nuestros ancianos es fundamental para educar a esos niños, a quienes considero el verdadero porvenir de nuestra patria. Es durante la pandemia, a vísperas del bicentenario, cuando se conectan estas dos poblaciones de eterna vulnerabilidad. Los pequeños, creciendo con miedo al virus y tratando de entenderlo gracias a sus profesores. Y nuestros viejos, con el mismo temor pero con el peso de haber soportado el egoísmo y la violencia durante décadas. Son ellos los que ahora pueden decirnos qué hacer, a dónde ir y qué significado tiene el derecho a ser peruanos, a ser libres y realmente independientes.

Coda

28 de julio. Exterior. Perú, atardecer sin pandemia. Un grupo de niños y ancianos conversa, sentados en las banquitas de un desgastado colegio nacional, con una bandera del Perú que flamea reluciente. Comparten historias y dibujos después del taller, habiendo superado la pandemia. Benjamín, a lo lejos, los observa sosteniendo una escarapela. Resuenan los testimonios: el Perú es más que su gastronomía, que sus paisajes, que su flora y fauna. Es un grupo de pequeños y adultos mayores que creen en ser libres gracias a la educación. En ser precursores y próceres del Perú post bicentenario, cuestionando a sus autoridades, luchando por la justicia, la igualdad, cuidando al vecino y creyendo en un ideal libertario en el que el único himno nacional es el bien común.

LA PATRIA ES ESO QUE NOS UNE

Rafaella León



A mediados de 1980, la maestra de escuela Luisa Pinto le contó a su amigo, el poeta Marco Martos, que buscaba la forma de que sus alumnos le dijese por qué querían al Perú. Pensó si acaso con un poema se podría responder a una pregunta que todos alguna vez en la vida nos hemos hecho, y quizá muchos aún no hemos sabido cómo contestar. A Martos le pareció una tarea difícilísima. Durante años creyó que era imposible. Se negó, pero nunca se fue de su mente aquella pregunta que lo colocaba delante de su propio origen y de su pasado. Finalmente, en 1990, se sentó a escribir *El Perú*:

*“No es este tu país
porque conozcas sus linderos,
ni por el idioma común,
ni por los nombres de los muertos.
Es este tu país,
porque si tuvieras que hacerlo,
lo elegirías de nuevo
para construir aquí
todos tus sueños”.*

Veintinueve años después, estos versos fueron traducidos a 44 lenguas peruanas y evocados como parte de la ceremonia de inauguración de los Juegos Panamericanos Lima 2019. El evento deportivo más importante, después de los Juegos Olímpicos, se realizaba en nuestro país con estándares de primer mundo, y solo los pocos aguafiestas de siempre se quejaban por gastos y pérdida de tiempo del gobierno y los organizadores. El resto de nosotros experimentamos una sensación extraña, un calor insólito ese medio año. Podría decirse que era orgullo, pero no era solo eso. Comprobábamos que sí era posible creernos invencibles.

Nadie imaginaba que solo ocho meses más tarde la humanidad quedaría detenida por el avance mortal de la COVID-19, un monstruo

con forma esférica y exuberantes púas, 10 mil veces más pequeño que un milímetro. Una mañana de abril del 2020, con la pandemia en flor, ocurrió lo que no estamos acostumbrados a ver: una neuróloga y política recurría a la poesía en un discurso desesperado sobre la guerra en la que ya estábamos inmersos. Pilar Mazzetti, en ese entonces jefa del Comando de Operaciones COVID-19, tomó la palabra frente a las autoridades políticas y sanitarias de Arequipa y los conminó a “guardarse en el bolsillo” su inmadurez y sus diferencias. “Esto es una guerra, se nos está muriendo la gente... todo falta, maldición, todo falta”, les remarcó. Desde el enojo y la urgencia, lanzaba como dardos afilados sus palabras: había que contagiar la preocupación o los arequipeños pagarían un alto precio. “Se tienen que unir con su peor enemigo, esta es una oportunidad única de cambiar nuestra sociedad.... De pensar en el país que siempre hemos querido”, continuó. En ese instante bajó un poco la voz pero se volvió más potente el mensaje: “como dijo Marco Martos, este es el país que yo escogería si volviera a nacer...”.

El mundo que conocíamos –el país que teníamos- se agotaba y a Mazzetti le asombraba que aquello no se comprendiera. Este era el momento de responder a la pregunta de esa maestra de escuela: ¿por qué queremos al Perú? Si sabíamos qué era patria, ahí teníamos la solución. ¿Pero acaso lo sabíamos?

Un tiempo después conocí a Pilar Mazzetti y conversamos sobre ese discurso decisivo. Para ella, hablar de patria implicaba, primero, describir una de sus esquinas más oscuras: la traición. El que algunas empresas hayan exportado equipos y material médico que necesitábamos en la pandemia; que los negociantes de oxígeno y medicinas hayan sacado provecho de la tragedia para enriquecerse; que algunos políticos usaran como bandera la muerte de sus paisanos para ir construyendo sus propias candidaturas a algo; tener equipos de ventilación asistida guardados en un almacén y no usarlos en las personas que llegaban ahogándose

“ Quizá la patria es un pensamiento y puede que esté en cada una de las partes que componen el cerebro, el objeto de estudio de la doctora Mazzetti. Ese día recomendó a su gente que hiciera lo posible por liberar sus endorfinas y fabricó, sin proponérselo, un verso a la resistencia: “que con la fuerza que dan las endorfinas a través del cerebro a nuestro cuerpo, ya cansado de todos estos meses, tengamos el coraje de salir adelante...” ”

a los hospitales. En esta guerra, todo eso era traición a la patria, afirmaba Mazzetti. “Es duro tener que enfrentar una especie de enemigo interno... perdemos la perspectiva de nuestro objetivo en común. En estas circunstancias uno ve gente que no está dispuesta a sacrificar algo por la patria”, comentaba con pesar.

Y, sin embargo, decía que Marco Martos tenía toda la razón: “uno tiene la patria que tiene y debe sacar de ella lo que realmente le ayude a seguir adelante”. Con una sonrisa, describió a la nuestra correctamente: “es medio laberintosa”. Nieta de abuelos europeos y abuelas peruanas, recordó que de niña oía a sus mayores decir “este país... qué gente...”. Su hermana y ella, en cambio, siempre dijeron: “nuestro país, nuestra gente”. Su origen híbrido y su identidad, labrada en una infancia provinciana por todo el Perú, la hicieron ser ella. “La patria es eso que nos une, que nos hace avanzar todos juntos”.

En julio, Pilar Mazzetti fue nombrada ministra de Salud. Sin tiempo que perder, preguntó a sus colegas y equipos del ministerio qué era esta pandemia, aparte de una desgracia y un reto para todos. “Es también una oportunidad. El objetivo es resistir a esta pandemia, cambiar lo que podamos cambiar”, les dijo ella. La guerra contra el virus no había terminado y, con la autoridad de una generala, hacía un llamado a reunir nuevamente las fuerzas, otra vez, a pesar del cansancio, del agobio y del miedo. Quizá la patria es un pensamiento y puede que esté en cada una de las partes que componen el cerebro, el objeto de estudio de la doctora Mazzetti a lo largo de toda su vida. Ese día recomendó a su gente que hiciera todo lo posible por liberar sus endorfinas y fabricó, sin proponérselo, un verso a la resistencia: “que con la fuerza que dan las endorfinas a través del cerebro a nuestro cuerpo, ya cansado de todos estos meses, tengamos el coraje de salir adelante...”.

UN NUEVO COMIENZO

Bruno Rubio



Vienen a mi memoria imágenes de abuelos, abuelas, jóvenes y señoritas con sonrisas inmensas. Algunos llevan paneros con vasijas, otros llevan hamacas con niños de madres jóvenes. Es muy temprano y los jóvenes caminan con sus rostros brillantes como una mañana de sol resplandeciente, haciendo sentirse orgullosos a los mayores.

Fue un día sábado, en noviembre de 1992, tiempo de días nublados y lluviosos. Yo tenía nueve años y los sabios nos decían que teníamos que cumplir con la invitación a la fiesta de pedido de frutas. Así empezamos todos a caminar en fila hasta desaparecer del límite del pueblo; algunos tenían botas y otros iban descalzos, zigzageando por los caminos húmedos, caminando entre risas y conversaciones rumbo al pueblo de Nuevo Perú. A mitad del camino nos encontramos con una tormenta torrencial con lluvia, rayos y vientos fuertes. Todavía no habíamos cruzado la tercera quebrada y en un instante ya estábamos todos empapados.

Llovía tanto que el agua desbordaba totalmente el terreno, se formaron tahuampas y no se podía divisar dónde estaba la quebrada. Los jóvenes se zambulleron para encontrar el puente y hacer cruzar a las madres y a los niños. Justo frente a nosotros había un morrito de tierra y allí encontraron y atraparon a una carachupa. Ya eran como las 3 de la tarde y todavía nos faltaba una hora más para llegar al pueblo, y así seguimos andando en plena tormenta. Recuerdo ese sacrificio, todos caminando con frío y hambre para cumplir el mandato de agradecer la producción de la tierra.

Cuando ya estábamos todos reunidos en la maloca, las mamás y los más niños se quedaron dormidos, agotados por la larga caminata y el engarrotamiento de la lluvia. La celebración empezó con el sonido del manguaré golpeando y ya se escuchaban a viva voz las canciones ancestrales que cantaban los jóvenes y los

“Hasta hoy seguimos luchando por recuperar nuestra autonomía usando todos los medios posibles. Para mí, esa lucha es a través del arte, el diálogo y la cultura, pero somos una cultura en proceso y hay momentos de choque, cuando se rompe el diálogo”

ancianos, el chasquido de los pies bailando en la tierra húmeda dentro de la maloca, el intenso olor a monte, y así cantamos y bailamos toda la noche. La naturaleza nos había puesto a prueba, para hacernos sentir y sacar toda la fuerza de quienes somos. Ya al amanecer levantaron el jotoco, un recipiente hecho de piel de madera, y lo sacaron rodando hasta el patio de la maloca, consagrando y cerrando la fiesta como símbolo de triunfo y de bendición, y así quedó sellada esa hermosa experiencia para los niños, adolescentes y todos. Las mamás, los niños y los ancianos regresamos en canoa y los demás caminaron de vuelta a Pucaurquillo.

En el viaje de canoa seguía vibrando en nuestros oídos el canto de los ancianos y todos sentíamos esa plena libertad y salud, surcando el río, recordando las anécdotas de la fiesta. Esa experiencia siempre está conmigo, es parte vital del legado cultural y el derecho imprescriptible que es propio de nuestro origen.

Pero ese hermoso mundo de mis ancestros fue cruelmente destruido a inicios del siglo XX por la ambición industrial cauchera. Las vidas de nuestros abuelos murui, bora, ocaina, resígaro y otros pueblos se convirtieron en una horrible pesadilla cuando fueron esclavizados, torturados y asesinados durante más de 40 años por los caucheros. Además de asesinar a más de 30 mil personas y destruir las estructuras organizativas de los pueblos indígenas, el genocidio del caucho también generó un exilio masivo. Muchos huyeron de sus tierras para salvarse de la barbarie, otros fueron llevados a la fuerza por los mismos caucheros. Las caravanas de vida que celebraban la abundancia se convirtieron en caravanas de la muerte: los sabios fueron dejando en el camino sus cosas sagradas, el manguaré, sus coronas y collares, sus maronas de madera, sus shacapas y tiestos sagrados. Los jóvenes iban enterrando a sus sabios, a sus cantores, sus doctores, filósofos, sus artistas y constructores de

“ Ahora es tiempo de hacer una revisión completa que incluya a todos los pueblos indígenas y a los que están comprometidos con la supervivencia y el futuro de la Amazonía. Es tiempo de un nuevo comienzo que también respire nuestra sabiduría ”

casas y malocas, a las ancianas sabedoras que moldeaban la tierra, que conocían los secretos del parto, las artes del sembrío. Así murieron muchos, agotados y accidentados por la larga travesía desde el Putumayo hasta el Ampiyacu.

Cuando fueron llegando no había aldea, algunos construían sus casas donde podían, al borde de un lago, al azar. Muchos adolescentes huérfanos llegaban por barco. Todo era un desorden y un caos, además de las enfermedades y epidemias como el sarampión, que arrasaron con cientos y miles de nuestros abuelos. Esa debilidad la aprovecharon los caucheros y los nuevos extractores de recursos naturales para seguir explotando y abusando de los abuelos, que se encontraban en una realidad y un sistema político totalmente ajeno. De esta forma se fueron creando muchos pueblos en la cuenca del Ampiyacu, incluyendo mi pueblo de Pucaurquillo. Con el paso del tiempo, el Estado hizo convenios con instituciones religiosas que utilizaron nuestras lenguas originarias para negar nuestros conocimientos ancestrales. Luego vino el sistema escolar nacional, que impuso el castellano y censuró nuestras lenguas.

Recién desde los años setenta el movimiento indígena cobró fuerza para organizar a los pueblos y reclamar nuestros derechos territoriales, el reconocimiento de nuestras lenguas, la sabiduría ancestral, los lugares sagrados. Hasta hoy seguimos luchando por recuperar nuestra autonomía usando todos los medios posibles. Para mí, esa lucha es a través del arte, el diálogo y la cultura, pero somos una cultura en proceso y hay momentos de choque, cuando se rompe el diálogo. El Estado tiene que reforzar la transparencia y la sinceridad, vigilar a las instituciones gubernamentales y no gubernamentales que en algunos casos manipulan a la población y van minando la democracia.

Y ahora todos estos problemas históricos nos aquejan con mayor urgencia. Ahora, durante la pandemia de la COVID-19, sentimos en

nuestro cuerpo el duro golpe de todos los abusos, la discriminación, el abandono y la negligencia histórica que nos ha puesto en terrible desventaja y ahora, nuevamente, están muriendo muchos de nuestros abuelos y sabios, así como durante la caravana de la muerte de los tiempos del caucho. Somos una parte del cuerpo de la nación que no está siendo atendida; no están siendo curadas esas venas que dan vida a nuestra cultura como nación viviente. Ahora es tiempo de hacer una revisión completa que incluya a todos los pueblos indígenas y a los que están comprometidos con la supervivencia y el futuro de la Amazonía. Es tiempo de un nuevo comienzo que también respire nuestra sabiduría.

2054: BICENTENARIO AFROPERUANO

Mónica Cavillo



La promesa no cumplida de abolición del yugo. Eso significó para el pueblo afroperuano la independencia del Perú en 1821, cuando luego de habernos sumado a las huestes libertadoras con la promesa de la libertad, se nos traicionó al no incluirnos como parte de los nuevos ciudadanos y ciudadanas de esta prometedora patria independiente. Solo se declararon libres a los descendientes de las personas esclavizadas que nacieran luego de 1821. Pasaron 33 años para que llegara el decreto de libertad el 3 de diciembre de 1854, que declaró la manumisión de todas las personas esclavizadas en el Perú.

¿Hubo propuestas de reparación ante este crimen? A diferencia de la población originaria, no teníamos mayores referencias de libertad que las memorias preservadas en la tradición oral. En la costa peruana no tuvimos un apu que nos abrazara ni el Amazonas, solo la frente en alto pero descubierta hacia el horizonte desértico. Muchos libres por haber comprado nuestra libertad y otros fugitivos por haber escapado y vivir en los caminos, ya que no existía la geografía protectora de las montañas verdes de los palenques (comunidades fugitivas) de otras regiones de América. Nos quedó acomodarnos a los nuevos devenires de esa futura república, con discursos fundacionales desdeñantes de nuestras contribuciones.

Es así que a lo largo de estos 199 años logramos redefinir nuestro rol en la historia peruana a partir de un trabajo muchas veces silencioso e intencionalmente silenciado. En los pueblos rurales y urbanos creamos nuevos sistemas de organización comunitaria que mantuvieron espacios de apoyo mutuo, solidaridad y respeto a los vínculos familiares, recordados a partir de evocar los apellidos de los ancestros y ancestras, para así trazar la historia de la ascendencia.

“ La promesa no cumplida de abolición del yugo. Eso significó para el pueblo afroperuano la independencia del Perú en 1821, cuando luego de habernos sumado a las huestes libertadoras con la promesa de la libertad, se nos traicionó al no incluirnos como parte de los nuevos ciudadanos y ciudadanas de esta prometedora patria independiente ”

En los años sesenta se hicieron las primeras fiestas llamadas “La Tribu” en Lima, organizadas por José “Cheche Campos” y la Asociación Cultural de la Juventud Negra Peruana (ACEJUNEP), donde jóvenes afroperuanos de Lima y migrantes de otras regiones se reencontraban y compartían ideas sobre los movimientos de derechos sociales y políticos en Estados Unidos. Este y otros colectivos de barrio también debatían sobre la colonización africana, reflexionaban sobre la visión panafricanista de Marcus Garvey y el rastafarismo y, no menos importante, llevaban una estética de vestido y cabello que afirmaba esta identidad afro. Luego, en los ochenta y noventa, aparecieron otros espacios de conexión como “La Descarga en el Barrio”, de Omar Córdova, y “Rumba Caliente”, de Aldo Alarcón, donde la música afrocubana y la salsa tenían un rol unificador. Allí también compartíamos las recetas culinarias de las tías y comadres que solo cocinaban en estas ocasiones especiales.

En zonas campesinas como El Carmen, las tradiciones se mantuvieron en celebraciones comunitarias como la Yunza, la Danza de Pallitas y el Atajo de Negritos. En comunidades como La Quebrada, en Cañete, se recuperó la preservación del culto a la Santa Efigenia quien, según la memoria local, era hija de un rey etíope. En otras zonas de Chincha como Puquio Santo, de donde proviene mi madre y sus hermanos, las familias vivieron sin electricidad ni agua potable hasta inicios del nuevo milenio. Nos reuníamos todas las noches a la luz de la luna, del fogón o de los lamparines para compartir las historias del pueblo o de los “aparecidos” en los caminos. De niña, esperaba cada verano la llegada de los migrantes itinerantes de Huancavelica, que levantaban polvareda cuando arriban con sus numerosos rebaños de ovejas y cabras para pastear los rastrojos de la cosecha en Puquio Santo, asentándose en chozas de paja construidas temporalmente al lado del río Matagente. Estos momentos, repletos de intercambios interculturales,

no estaban extintos de conflictos racistas. Durante los años más agudos de la guerra interna, las visitas temporales se convirtieron en permanentes, reconfigurándose racialmente gran parte de Puquio Santo, El Carmen, Cañete y otras zonas rurales afroperuanas.

¿Cómo esta historia nos puede brindar una ruta para enfrentar un contexto tan grave como el ocasionado por la COVID-19? Pues esta crónica no brinda consejos ni ejemplos de situaciones similares enfrentadas por los pueblos afroperuanos anteriormente. Pero tal vez permita ver algunas de las capacidades que tenemos para resurgir de contextos complejos y desfavorables.

Familia afroperuana

Como parte del pueblo afroperuano y desde mi experiencia de vida urbana y rural, considero que uno de los principales valores de mi gente es el concepto de la familia extendida. El desmembramiento familiar nos llevó a estar atentos al apellido como manera de trazar una ruta para encontrar a algún familiar perdido o separado por el sistema colonial. Lamentablemente, muchas personas no afroperuanas usan la frase “familia” o “vamos pa’ Chincha familia” de manera despectiva y con una entonación que denota burla por el acento afroperuano. Este sentido de familia extendida se vive en los barrios y pueblos rurales afroperuanos, donde se crean lazos de apoyo mutuo que acompañan a los adultos mayores, que cuidan a los niños o niñas y que, hasta hace algunos años implicaba, incluso, la lactancia compartida. Por eso, es importante que defendamos ese valor de familia extendida, garantizando la permanencia de nuestros sistemas de apoyo y cuidado.

“ La historia afroperuana se sigue reconstruyendo. Continuemos hurgando en nuestras memorias ancestrales, hablemos con nuestros abuelos y abuelas sobre las formas de colaboración comunitaria que tenían décadas atrás. Recojamos información sobre las medicinas naturales, escuchemos las canciones tradicionales y preguntémosle a las abuelas si conocen las historias detrás de esas canciones ”

Territorio y soberanía alimentaria

Nuestra relación con el territorio ha sido compleja y diferente de otros países donde los pueblos afros luchan hasta ahora por no ser desplazados. En el Perú, gran parte del pueblo afroperuano tomó posesión de tierras durante el proceso de la Reforma Agraria. Sin embargo, se mantuvo o agravó la presencia de monocultivos, dejando poco o nulo espacio para los sembríos que garantizaran la seguridad y soberanía alimentaria de las familias afroperuanas. Además, se forzó el uso indiscriminado de agrotóxicos, afectando la salud de varias generaciones de los años sesenta, setenta y ochenta, ocasionando muertes tempranas mucho antes de que se difundiera de manera apropiada la información sobre la real letalidad de estos pesticidas.

Recordemos que la mayoría de las 828 mil 894 personas que se reconocieron como afroperuanas en el Censo Nacional del 2017 se ubican en la costa peruana, cuyo extenso territorio es desértico o semidesértico. Esa geografía genera como urgencia la distribución equitativa del agua entre los pequeños agricultores y los nuevos feudales, tal y como manifiestan las asociaciones de regantes de San José de los Molinos, Nazca, Yapatera y Zaña.

Reconstruyamos nuestra historia

La historia afroperuana se sigue reconstruyendo. Continuemos hurgando en nuestras memorias ancestrales, hablemos con nuestros abuelos y abuelas sobre las formas de colaboración comunitaria que tenían décadas atrás. Recojamos información sobre las medicinas naturales, escuchemos las canciones tradicionales y preguntémosle a las abuelas si conocen las historias detrás de esas canciones.

Esa información será nuestra referencia para seguir reconstruyendo nuestra historia y así llegar a conmemorar el bicentenario de nuestra libertad. Usemos los 33 años de desventaja como una oportunidad para transformar nuestras utopías en transformaciones políticas y culturales.

2054: Bicentenario de la Abolición de la Esclavitud en el Perú. Allá vamos en carrera percutiva.

LUCHAS DE AMOR Y ORGULLLO

Vero Ferrari



Este escrito empieza con la decisión del Consejo Ejecutivo del Poder Judicial de adherirse a las 100 Reglas de Brasilia sobre Acceso a la Justicia de Personas en Condición de Vulnerabilidad, un pacto internacional para que todos aquellos a los que se les dificulta, limita y/o niega alcanzar justicia puedan tener protocolos de atención que ayuden a que se repare, en parte, el daño causado por la exclusión, la discriminación y la violencia a la que fueron sometidos.

En junio, los siete miembros de este Consejo Ejecutivo, todos jueces supremos y el presidente del Poder Judicial, decidieron que sería bueno firmarlo excluyendo a la población LGTBIQ+. En los “argumentos” que sustentan el voto de uno de estos magistrados para refrendar esta aberración, nos dicen “anormales” y aseguran que tenemos alguna afectación mental (patología) o social (trauma) para ser como somos, haciéndonos retroceder un par de siglos.

No importa que el Observatorio de Derechos Humanos LGBT haya registrado 20 crímenes de odio en el 2019 ni que, en su última encuesta sobre derechos humanos, Ipsos Perú haya revelado que más del 70% de peruanos asegura que los LGTBIQ+ son más discriminados que la población indígena o afrodescendiente. No importa que el Tribunal Constitucional haya sentenciado dos veces que es inconstitucional discriminar a las personas LGTBIQ+ y que la Defensoría del Pueblo, en el Informe N° 175, haya descrito todo lo que nos falta para alcanzar una ciudadanía real. Nuevamente, la pandemia del fascismo nos golpea.

Esto es casi un *deja vu* del Congreso en el 2017, que decidió derogar el Decreto Legislativo N° 1323 que sancionaba, por fin, los crímenes de odio. Una derogación parcial, pero una decisión fatal. O cuando el gobierno de Ollanta Humala, para vergüenza nacional e internacional, decidió excluir a las personas LGTBIQ+

“ El Estado peruano no se ha cansado de aplastar a las ciudadanías sexuales a pesar de ser, en números austeros, casi dos millones de peruanos y peruanas, aunque nosotros sabemos que somos más. El activismo LGTBIQ+ ha intentado arrancar sus derechos a como dé lugar al fuero estatal, mientras sigue librando una batalla en la sociedad civil para que no se recorten los mínimos avanzados ”

del Plan Nacional de Derechos Humanos 2014-2016, algo a lo que ni el gobierno de Alejandro Toledo se atrevió.

Con Toledo nos convertimos en una fórmula extraña en todo el parafraseo de las poblaciones dignas de protección. El Plan Nacional de Derechos Humanos 2006-2011 nombraba así a las poblaciones en situación de vulnerabilidad: “1) Garantizar los derechos de las mujeres. 2) Garantizar los derechos de los pueblos indígenas y afroperuanos. 3) Garantizar los derechos de las personas con discapacidad. 4) Garantizar los derechos de la niñez y la adolescencia. 5) Garantizar los derechos de los adultos mayores. 6) Fomentar acciones para promover una cultura social de respeto a las diferencias, que evite el trato denigrante o violento por motivos de orientación sexual, en el marco de la Constitución y la Ley. 7) Garantizar los derechos de los migrantes. 8) Garantizar los derechos de las personas con VIH/Sida”.

Hace quince años, en el ítem número 6, el Estado no se atrevió a decir: “Garantizar los derechos de las personas lesbianas, gays, trans, bisexuales, intersexuales, queers y más”, como hizo con todos los demás. Tampoco olvidemos que en el primer gobierno de Alan García no hubo un solo avance en derechos LGTBIQ+ y que, en el segundo, se negaron a firmar pactos internacionales que incluyeran protecciones para nosotros. Además, se penalizó la homosexualidad en la Policía y la Ley de Igualdad de Oportunidades tuvo como condición excluir a las lesbianas para que se aprobara.

El Estado peruano no se ha cansado de aplastar a las ciudadanías sexuales a pesar de ser, en números austeros, casi dos millones de peruanos y peruanas, aunque nosotros sabemos que somos más. El activismo LGTBIQ+ ha intentado arrancar sus derechos a como dé lugar al fuero estatal, mientras sigue librando una batalla en la sociedad civil para que no se recorten los mínimos avanzados. Uno de ellos es el enfoque de género en la educación,

“ Lo nuestro no es una causa perdida. Es una batalla constante contra el pesimismo, una apuesta de resistencia por la dignidad, una estrategia sostenida hacia la felicidad para que lo injusto no nos atraviere, para que la indiferencia no nos avasalle, para que nuestras vidas sean reconocidas, protegidas y, cuando nos alcance la muerte, lloradas por la sociedad, porque tuvieron tanto valor como cualquier otra vida ”

que es la única posibilidad de que las y los más pequeños no reproduzcan los prejuicios de sus padres y puedan abrazar la diversidad y abrazarse a sí mismos. Porque todos nosotros hemos sido niñas, niños y niños que carecimos de referentes sobre nuestra vida, que nunca escuchamos decir a nuestros profesores que no había nada malo en ser como somos ni sentimos el orgullo de nuestros padres por resistir a la homofobia y transfobia diaria. Nunca encontramos nada de eso en ningún libro escolar. Nosotros, a diferencia de la historia de las mujeres, no estamos ni en cuentagotas.

No es posible celebrar el bicentenario de un país que sigue excluyendo a millones por el color de su piel, por su género, por su lugar de procedencia, por la lengua que habla, por defender sus territorios, por el dinero que tiene en los bolsillos, por el colegio en el que ha estudiado, por la universidad que puede pagar, por no identificarse con el género que le fue asignado o por amar a quien la sociedad no quiere que ame.

Necesitamos un bicentenario en el que nuestra memoria tenga un espacio no solo en nuestros recuerdos, sino en la realidad. Un espacio físico en el que podamos encontrar nuestras historias y bibliotecas que las contengan en forma de libros para que las infancias LGTBQ+ puedan acceder a ellas. Una sociedad en el que las personas trans lleguen a cumplir más de 40 años y vivan sin que nadie cuestione su identidad, y en la que ningún LGTBQ+ tenga que escapar de sus hogares y sus ciudades para llegar a Lima y poder vivir. Un país en el que la abogada de mujeres, obreros y yanaconas, Miguelina Acosta, tenga un busto en la alameda 28 de Julio junto a Pedro Huilca y José Carlos Mariátegui; y en el que exista el Parque Giovanni Romero Infante, detrás del local del Movimiento Homosexual de Lima, en honor a nuestro activista más joven y más sabio.

Lo nuestro no es una causa perdida. Es una batalla constante contra el pesimismo, una apuesta de resistencia por la dignidad, una estrategia sostenida hacia la felicidad para que lo injusto no nos atravesase, para que la indiferencia no nos avasalle, para que nuestras vidas sean reconocidas, contadas, protegidas y, cuando nos alcance la muerte, lloradas por la sociedad, porque tuvieron tanto valor como cualquier otra vida. No tengo duda de que cuando eso suceda, el Perú será un país mejor.

BICENTENARIO, KUYAYLLAPAQ ASUYKAMUY

(Carta de bienvenida al Bicentenario)

Luz Gladis Vila



Querido Bicentenario:

Desde nuestras múltiples voces del Abya-Yala⁴¹, desde los cuatros suyus de este país llamado Perú, hombres y mujeres indígenas hemos corazonado y queremos expresarte nuestros mejores sentimientos y pensamientos.

No sabía cómo iniciar esta carta. Pensamos escribir en primera persona plural, es decir, desde un nosotros. Sin embargo, en la lengua española es complejo. En nuestro idioma runa-simi hay dos formas de decir nosotros: ñuqanchik, que es un nosotros inclusivo (yo + tú + otros); y ñuqayku, que es un nosotros exclusivo (yo + otro(s) pero sin tú). Hace doscientos años se fundó esta república desde un ñuqayku sin nosotros. Ahora, esta república tiene la gran tarea de construir un ñuqanchik de todas las sangres, como dijera nuestro hermano mayor José María Arguedas.

Por ello, cual facilitadora intercultural, he hecho el esfuerzo de escribirte lo que pensamos que necesita tu atención con nuestra firme intención de aportar. Aún no te conozco, pero me han comentado que tu personalidad tiene una perfecta combinación entre la modernidad de los nuevos tiempos y la sabiduría ancestral propia de quienes han vivido una larga vida. Eso me llena de esperanza y expectativa, así que quiero transmitirte aquellos sentimientos, pensamientos y vivencias de nuestros pueblos indígenas, quienes quieren transitar de un ñuqayku (exclusivo) a un ñuqanchik (inclusivo). También quiero compartirte la sabiduría y la fuerza de la mujer indígena en complementariedad con lo masculino.

41 Abya-Yala, en la lengua Kuna de Panamá y del Caribe, designa al nombre prehispánico de América y que significa: "Territorio de todos los climas y de todos los sentimientos" y que alude a la diversidad natural y a la diversidad sociocultural de los pueblos.

“ En nuestro idioma runa-simi hay dos formas de decir nosotros: ñuqanchik, que es un nosotros inclusivo; y ñuqayku, que es un nosotros exclusivo. Hace doscientos años se fundó esta república desde un ñuqayku sin nosotros. Ahora, esta república tiene la gran tarea de construir un ñuqanchik de todas las sangres, como dijera nuestro hermano mayor José María Arguedas ”

Deberás enterarte que los representantes que enviaste como presidentes decidieron priorizar sus necesidades particulares antes de pensar en el pueblo, arrebatando al futuro una vida digna. No supieron que tenían una misión trascendental, y en vez de ser líderes de la historia prefirieron llenarse de objetos banales que nunca disfrutaron. Tampoco supieron la maravillosa sensación de compartir, aquella que te hermana y te permite avanzar con resolución.

No te preocupes, entiendo que ha sido un período de aprendizaje. También a nosotros nos ha tocado andar por estos caminos y aquellos pasos nos han transformado. Como te dije antes, nosotros (los pueblos originarios) caminamos mucho en el sentido más amplio de la palabra. La vida es caminar para avanzar, por eso tenemos el Qhapaq Ñan (camino de los justos). Sin embargo, nuestras huellas no pudieron ser entendidas, se demoraron en comprenderlas y quiero pensar que la tecnología de análisis les falló. Una evidencia de que estaban empezando a seguir nuestros pasos sucedió en el 2011, lo recuerdo muy bien porque se reconocieron 48 idiomas oficiales del Perú y se aprobó la ley de lenguas, la Ley N° 29735 que manda que los servicios públicos se desarrollen en la lengua predominante de los territorios. Después de muchas idas y venidas, en el 2017 logramos incorporar la pregunta de autoidentificación en los Censos Nacionales, la que nos ha permitido ser “visibles” a los ojos de aquellos que no quieren ver. Según sus resultados, el 25% de peruanos y peruanas mayores de 12 años se autoreconocieron como indígenas y 3 millones 799 mil 780 como quechuas en el Perú.

Espero, con mucho anhelo, concretar el sueño de los indígenas: contar con un Instituto Nacional de Lenguas Originarias e incorporar la interculturalidad de manera transversal en cada uno de estos brazos. Así, iniciaremos un largo camino de valoración de nuestra diversidad, que es la mayor de nuestras riquezas, y construir un nosotros diverso.

“ Cuando llegues, te propongo una reunión circular en la que nadie se siente adelante ni atrás, sino que todos podamos vernos a los ojos, sonreírnos con franqueza, escucharnos sinceramente, comunicarnos asertivamente y, a la vez, dar el paso de respetarnos en nuestra diversidad y particularidad ”

Nosotros también tuvimos un error de datos. Nos hicieron creer que no podíamos soñar ciertos sueños, pero mientras reflexionábamos en las asambleas comunitarias y hoy por videollamadas recogimos esos datos con mayor precisión: había muchos hermanos y hermanas congresistas, alcaldesas y presidentas de comunidad. Además, vemos que se van valorando nuestros conocimientos, pues tenemos plantas que curan, piedras que energizan, prácticas solidarias que permiten protegernos y apoyarnos. Entonces, haciendo caso a las tendencias, ahora nos permitimos soñar y construir nuevas realidades. Una llamada Ñuqanchik, en la que incluyamos a todos y todas, sin distinción de ningún tipo.

Mientras seguíamos con pasos sólidos llegó la pandemia hasta nuestros caminos y nos colocó a todos en igualdad de condiciones a nivel sanitario. La pregunta es ¿todos estamos afrontando del mismo modo esta situación? La respuesta es no, porque en nuestras comunidades no existe el Estado. Por falta de personal y medicinas estamos perdiendo a sabios y sabias, y lo único a lo que apelamos es a nuestro sistema de salud basado en las plantas medicinales y a nuestro sistema de solidaridad, pues nuestras comunidades se han organizado para enviar alimentos a familiares que se encuentran en las ciudades. De esta manera también estamos fomentando nuevas formas de comercio local, más justo y equitativo, reconociendo que el 71% de alimentos los producimos nosotros, la pequeña agricultura. Así vamos aportando desde nuestras raíces, compartiendo nuestros alimentos con quienes los necesitan a pesar de no contar con políticas agrarias, que son urgentes en estos momentos.

Líneas arriba te comenté sobre los avances respecto a nuestras lenguas, pero la riqueza y diversidad en esta casa llamada Perú es inimaginable. A grandes rasgos, hablamos 48 lenguas, tenemos diversos pisos ecológicos, somos un país megadiverso, tenemos agua dulce y nuestra tierra está protegida por nuestros ayllus y

familias indígenas. Sin embargo, su mayor riqueza radica en sus fieles guardianes, Ñuqayku, que seguimos dejando huellas en este camino futuro.

Cuando llegues, te propongo una reunión circular en la que nadie se siente adelante ni atrás, sino que todos podamos vernos a los ojos, sonreírnos con franqueza, escucharnos sinceramente, comunicarnos asertivamente y, a la vez, dar el paso de respetarnos en nuestra diversidad y particularidad.

Querido Bicentenario, quise adelantar estas líneas antes de nuestro encuentro para brindarte alcances de nuestros aportes. Ya a tu llegada estaremos todos y todas tomados de la mano, construyendo nuevas realidades y respetando la red de la vida.

Tinkunanchikama, kachkarikuraqmi
Hasta nuestro encuentro, ¡¡¡aún existimos!!!

Luz Gladis Vila Pihue
Quechua de Huancavelica

Ilustración: Diana Kisner



El árbol de la quina (*Cinchona officinalis*) es una especie originaria de la Amazonía y un símbolo patrio desde 1825. Sus propiedades medicinales fueron conocidas por los antiguos peruanos y sirvieron para curar al mundo de la malaria. Sus perfumadas flores son hermafroditas, lo cual les permite reproducirse con mayor facilidad. Hoy, esta especie se encuentra en peligro de extinción pero sigue representando la posibilidad de la vida, la salud y una identidad que necesitamos proteger.

**ENSAYOS DESDE LA PANDEMIA PARA
IMAGINAR EL PERÚ BICENTENARIO.
SEGUNDO VOLUMEN**

Setiembre 2020

Editado por:

© Unidad Ejecutora N° 019 -
Bicentenario de la Independencia del Perú
Calle Schell 310, Miraflores, Lima - Perú
<https://bicentariodelperu.pe>

Directora ejecutiva

Gabriela Perona Zevallos

Directoras

Teresina Muñoz-Nájar
Sandra Salcedo

Edición y dirección gráfica

Diana Kisner

Diseño

Apollo Studio



BICENTENARIO
DEL PERÚ

www.bicentariodelperu.pe



Bicentenario del Perú